

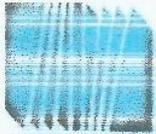
**REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO “RAFAEL ALBERTO ESCOBAR LARA”**

**METÁFORAS Y ARQUETIPOS DE LA
TEMPORALIDAD MODERNA**

Autor: Enmanuel Maracara

Tutora: Dra. Isabel Gómez

Maracay, Junio 2020



REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL LIBERTADOR
"INSTITUTO PEDAGÓGICO RAFAEL ALBERTO ESCOBAR LARA"
SUBDIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN Y POSTGRADO
COORDINACIÓN GENERAL DE ESTUDIOS DE POSTGRADO



ACTA DE APROBACIÓN

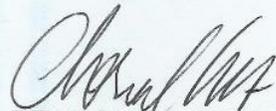
METAFORAS Y ARQUETIPOS DE LA TEMPORALIDAD MODERNA Presentado
por el Profesor: **ENMANUEL MARACARA ESCOBAR**

C.I N° **V-20.760.678.**

Trabajo de Grado en Educación Mención Enseñanza de la Historia **APROBADO** en
nombre de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, por el siguiente jurado.
En Maracay a los 15 días del mes de Febrero del año 2021


MSC ALEXANDER CARMONA
C.I 16.128.702




DRA YSABEL GOMEZ
C.I 9.655.268


MSC RELI HIDALGO
C.I: V- 12.339.706

DEDICATORIA

A la presencia de mi madre y la memoria de mi padre

AGRADECIMIENTOS

Familiares: Magaly Escobar; Elizabeth Escobar; Giovanni Maitín; Andrés Maitín

Profesores/as: Isabel Gómez (incitadora de la temática); Irelis Hidalgo; Alexander Carmona; Silvio Di Bernardo; Pamela Rodríguez.

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA EXPERIMENTAL LIBERTADOR
INSTITUTO PEDAGÓGICO “RAFAEL ALBERTO ESCOBAR LARA”

Autor: Enmanuel Maracara

Tutora: Dra. Isabel Gómez

Metáforas y arquetipos de la temporalidad moderna

RESUMEN

Los tejidos discursivos de la temporalidad moderna se han soportado en una serie de metáforas y arquetipos que condicionan los modos de afrontar el devenir en función de los requerimientos operativos del imaginario tecno-científico. Los sujetos han sido temporalizados mediante las analogías y modelos primarios de un secuencia de colisiones epistémicas con paradójicas unidades de sentido. Los reductos configurativos de una ambigua trama socio-histórica modelan a los movimientos de conjunto bajo la estela simbólica de un tiempo relativo y multiforme. El presente estudio procura estudiarla semiosis motriz y perceptiva del entramado metafórico-arquetipal que ha estructurado a las principales morfología temporales de la modernidad. Este despliegue intelectual se encuentra versado por las herramientas teóricas del análisis estructural (en sus diversas modalidades) y el deconstruccionismo.

Descriptores: temporalidad, metáforas, arquetipos, morfologías temporales, semiosis, modernidad.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
CAPÍTULO I: PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.....	11
La emergencia figurativa la temporalidad.....	11
El entramado metafórico arquetipal.....	14
Sinopsis histórica de las formas temporales.....	19
Obertura de la temporalización ingenieril.....	23
Objetivo General.....	27
Objetivos Específicos.....	27
Justificación.....	28
CAPÍTULO II: MARCO TEÓRICO.....	31
Enfoque Arqueológico	31
La Metáfora.....	33
El Arquetipo.....	35
La Cronoplasia.....	36
CAPÍTULO III: MARCO METODOLÓGICO.....	39
Tipo de Investigación.....	39
Método estructural.....	39
Procedimientos básicos del método estructural.....	40
CAPÍTULO IV: LAS TRANSLACIONES DEL TIMEPO.....	42
Ingeniería social de la temporalidad.....	42
Morfologías Temporales.....	47
Ontologías del sujeto temporalizado.....	52
La Dualidad intrínseca del Tempus.....	56
Dominio del Teino.....	59
Morfologías Mecánicas.....	59
<i>El reloj</i>	59

<i>El ferrocarril</i>	61
Morfologías Biológicas	63
<i>Los estados etarios</i>	64
<i>El organismo vivo</i>	66
Morfologías Económicas	68
<i>El Dinero</i>	68
<i>La Propiedad</i>	70
Morfologías Productivas	72
<i>El trabajo</i>	72
<i>La creación</i>	74
Morfologías Fluviales	76
<i>La fluidez</i>	76
<i>El aluvión</i>	79
Morfologías Cíclicas	81
<i>La espiral creciente</i>	81
<i>La cicloide</i>	83
Transición Morfológica: la taquiarquía	85
Morfologías Inmutativas	87
<i>La fugacidad</i>	87
<i>Lo perecedero</i>	89
El concierto teleológico	91
Escenario-I: Finalidades supeditadas a leyes históricas	92
Escenario-II: Finalidades supeditadas a proyectos utópico	92
Escenario-III: Finalidades supeditadas a estadios acumulativos	93
Escenario-IV: Finalidades sujetas a patrones naturales	93
Temporalización de la obra-I: la cohesión extendida	94
Matriz de inscripción: el libro absoluto	94

Matriz de sonoridad: <i>el leitmotiv</i>	94
Temporalización del cambio-I: La revolución social	95
Fase-I: <i>lo cíclico</i>	95
Fase-II: <i>lo lineal</i>	96
Conversiones Mórficas--I	96
<i>El hombre-máquina</i>	97
<i>El obrero-militar</i>	97
<i>El engranaje-biótico</i>	98
<i>Los martillos-antropomórficos</i>	99
La cronoplasia en la marcha de los cuerpos dóciles	99
Dominio del Temno	101
Morfologías Post-óptimas	101
<i>La decadencia</i>	101
<i>La montaña de ruinas</i>	103
Morfologías Bifurcadas	105
<i>El laberinto</i>	106
<i>El rompecabezas anarco-episódico</i>	108
Morfologías simultáneas	110
<i>El caleidoscopio</i>	111
<i>Las espirales traslativas</i>	113
Morfologías Amorfas	116
<i>Los relojes blandos</i>	116
<i>La liquidez evanescente</i>	118
Morfologías Efusivas	120
<i>El desborde</i>	120
<i>La explosión</i>	122

Morfologías reductivas.....	124
<i>La mutilación</i>	124
<i>La destrucción</i>	126
Transición morfológica: la eonotomía.....	128
Morfologías puntuales.....	130
<i>Los puntos dispersos</i>	131
<i>La atomización</i>	133
Desconcierto post-teleológico.....	135
Escenario-I: <i>procesos sin finalidades</i>	135
Escenario-II: <i>finalidades sin proceso</i>	136
Escenario-III: <i>el conflicto de las finalidades</i>	136
Escenario-IV: <i>las finalidades catastróficas</i>	137
Temporalización de la obra: <i>la disociación fragmentaria</i>	137
Matriz de inscripción: <i>El texto aforístico</i>	138
Sonoridad: <i>El single</i>	138
Temporalización del Cambio-II: <i>la reconfiguración total</i>	138
Fase-I: <i>lo lineal</i>	138
Fase-II: <i>lo puntual</i>	139
Conversiones Mórficas-II.....	140
<i>El esquizoide- hiperconectado</i>	140
<i>El personaje-nómada</i>	141
<i>El maniquí-ambulante</i>	141
<i>El átomo sin rumbo</i>	142
La cronoplasia en las dubitaciones de los cuerpos desorientados.....	142
CAPÍTULO-V: CONSIDERACIONES FINALES	145
Las ilusiones cerradas.....	145
La prisión del tiempo.....	147

Simulaciones residuales.....	148
La emergencia ontológica de la atemporalidad.....	150
Referencias bibliográficas.....	153

INTRODUCCIÓN

"No podemos comparar ningún proceso con el "discurso del tiempo" -éste no existe-, sino sólo con otro proceso (con la marcha del cronometro, por ejemplo). De ahí que la descripción del discurso temporal sólo resulta posible apoyándose en otros procesos." (Wittgenstein L, 2009, p. 130)

El discurso del tiempo no puede sostenerse sobre-sí. La enunciación de los fenómenos temporales requiere de otros procesos para lograr desplegar sus sentidos y significados. Pero la direccionalidad discursiva de las manifestaciones temporarias está fuera de las pretensiones de la primera etapa del pensamiento de Wittgenstein L (2009) [contextos del epígrafe]. Lo temporal se encuentra minado de juicios de valor (no verificables) y “seres” predicables. La pureza del lenguaje —quimérica pretensión del Círculo de Viena— se encuentra ausente en el desarrollo analógico y modélico de la temporalidad. El pasado y el futuro son tensionados por la presencia de un complejo e indeterminado entramado metafórico-arquetipal.

Las metáforas y los arquetipos de la temporalidad moderna constituyen el objeto de este estudio. Las analogías y los modelos primarios se convierten en cuasi-personajes de un decurso matizado por un sujeto eclipsado. La subjetividad cede ante las operaciones y funciones de un conjunto de parodias estructurales. Las estructuras subyacentes fungen como ejes catalizadores de los movimientos y las percepciones de los entes-humanos. La dimensión genérica de la especie se enarbola y exterioriza en los espacios semióticos de su praxis vital. La vida del hombre moderno se moviliza entre los signos y símbolos de un tiempo heterogéneo.

La heterogeneidad del tiempo estará diagramada en este devenir textual a partir de series y transiciones morfológicas. Las formas temporal se esparcen en los islotes de múltiples posibilidades fractales y combinatorias. Este texto es tan continuo como discontinuo en el orden de las concatenaciones lógicas y las tensiones narrativas. Polisilogismos y tramas paradójicas orbitan en un submundo de operaciones

diagramáticas. El imaginario del diagrama y la palabra concisa se combinan en una turbulencia conceptual. Las unidades de sentido se integran y desintegran en un conglomerado de nociones multi-contextuales.

La temporalidad moderna traslada sus sentidos en múltiples contextos y entornos enunciativos. Los enunciados no logran articular una estructura homogénea y unitaria. Lo diverso y multiforme contamina e infecta los desplazamientos hipertextuales de este trabajo. Los textos son hilados desde un cumulo de conceptos y nociones con referencias e inspiraciones simuladas. El simulacro de la escritura y el pensamiento de-construye a la virtualidad del tiempo desde sus propios esquematismos. El esquema laberintico de la ilusión y el engaño reviste la superficie de la presente incursión teórica.

Las incursiones teóricas no denotan una dilucidación concertada y dispuesta en función de necesidades académicas. La academia es un territorio alógeno y fuera del domino de la unidad corporal que ha escrito estas páginas. Cada párrafo ha sido tejido y ensamblado (ambos modelos coexisten) de desde las contorsiones de una realidad contingencial. La contingencialidad de dicho estudio explica su tenor lúdico y ficcional. Un juego de ficciones inserta al tiempo y la temporalidad (marco categorial del primero) en una contienda de máscaras. Los diversos rostros del devenir se transfiguran y des-ocultan de manera indefinida.

Los diversos rostros del devenir intentan copular con los vértigos y precipitaciones de una experiencia-límite. En la zona limítrofe entre el pensamiento y la escritura surgen evocaciones e intensidades impersonales. La personalidad del *desarrollador conceptual* ha desplaza en la autoría anónima de una emanación de imágenes epistémicas y épocas. La condición histórica arrastra y contraviene los destellos de soberanía de un diagramador carente de nombre. Los conceptos brotan y dimanan en los diversos escenarios de una temporalidad de perpetua mudanza de significados. Un abismo se abre al final de un trayecto bifurcado en el cual el comienzo y el final se entrecruzan.

CAPÍTULO I

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

LA INTELECCIÓN DE LAS FORMAS TEMPORALES

La emergencia figurativa la temporalidad

La realidad engloba un influjo recíproco de movimientos e interacciones constantes. La movilidad interactiva de los procesos naturales y sociales tiene como atributo inherente e indefectible al cambio. La estructura cambiante del entorno socio-natural esta soportada en una serie de nexos y relaciones inestables. La inestabilidad plexológica de los fenómenos materiales e inmateriales encarna un juego de infinitos desplazamientos y despliegues transfigurativos. La transfiguración del mundo circundante deviene de un continuo intercambio de información y energía. Los vínculos informáticos y energéticos de lo real engendran las mudanzas sustantivas de los entes concretos.

Los entes concretos articulan los estados relativos de la composición interactiva y móvil de la realidad. Las interacciones contingenciales y aleatorias de la existencia compagan las transfiguraciones desequilibrantes del sistema perceptivo de los sujetos. La percepción de la realidad requiere del orden programático y codificado de una conjunción de abstracciones categoriales. Una de las categorías que ha posibilitado la intelección de las mutaciones y mudanzas del entorno socio-natural se denomina: *tiempo*. La organización temporal ha germinado de las contorsiones y contrastes mentales de un proceso de síntesis social. La estructura sintética de la temporalidad transversaliza las dinámicas procesuales y los procedimientos conjuntivos construidos por las mentes colectivas.

Las mentes colectivas sintetizan los movimientos e interacciones del entorno socio-natural en una secuencia ordenada a través de la abstracción categorial del tiempo. La temporalidad organiza las transformaciones inmanentes de la naturaleza y la sociedad en una matriz de constructos formales. Las formas temporales representan una síntesis

cognitiva y perceptiva de la trama social frente a la inestabilidad del mundo circundante. La circunvalación cósmica e histórica de imaginario social es estabilizada y diagramada por medio de un plexo de esquemas temporarios. La imaginación esquemática interconecta y secuencializa los diversos momentos percibidos por la conciencia. La actividad consciente de los cuerpos —para canalizar sus reacciones electro-químicas— termina ocluida en una red de nociones y representaciones semióticas.

Los cuerpos están atrapados en un conjunto de esquemas temporarios que determinan y prefiguran su existencia operativa. Las operaciones de los órganos y las extremidades se enmarcan en la semiosis de una triada de categorías oclusivas. *La duración* gesta el desarrollo y la desintegración de los entes orgánicos e inorgánicos. La *periodificación* patenta la secuencia de hechos y acontecimientos de la realidad mediata e inmediata. *El ritmo* acompasa los patrones de movimiento y reposo de los procesos sociales e individuales. Este armazón categorial condiciona y modula la plasticidad de las acciones corporales.

El accionar de los cuerpos ubica y constituye la hilación de estados mentales de la temporalidad. En el pretérito (lo-sido) residen la memoria y el olvido. El instante presente (lo manifiesto) es el intervalo donde se despliegan los actos concretos y puntuales. El porvenir (lo que será) se proyecta en el imaginario de los deseos y la esperanza. Dicha trilogía de capas psíquicas canaliza y direcciona las reacciones electroquímicas de la intelección orgánica. Los organismos reconocen las propiedades relativas de la realidad conforme a los límites prescriptivos de este marco referencial.

La temporalidad profiere los límites prescriptivos de la realidad a partir de dos niveles de análisis o planos dimensionales:

- a. *La relatividad del tiempo físico (plano geométrico)*: depende de la posición del observador en el espacio y el sistema de coordenadas que utiliza frente a la velocidad constante de la luz. Es el resultado de la inexistencia del reposo absoluto y la presión gravitatoria (equivalente a masa) ejercida sobre un universo

curvo (Einstein, 1999). La intelección de este campo de acciones teóricas ha sido posible por medio de una geometría no-euclidiana.

- b. *La relatividad del tiempo social (plano epistemológico)*: estriba en un andamio de estructuras operativas y funcionales. Es una derivación de las relaciones de poder y las redes epistémicas que configuran la trama socio-histórica. La diagramación de esta meseta de desplazamientos conceptuales ha emergido de la efectivización de la arqueología del saber (Foucault, 1972).

El primer plano está restringido al desarrollo sistémico de la física y la cosmología a partir de las aportaciones teóricas de Einstein (1999). La presente operación conceptual se focalizará en las implicaciones plexológicas y diagramáticas del segundo nivel de análisis: *la relatividad del tiempo social* (campo de acción particular). No obstante, ambas dimensiones —pese a sus distancias disciplinares— son complementarias y trabajan en armonía. La filiación armónica de estas dos mesetas representa carácter relativo de las formas temporales que configuran y dinamizan la organización funcional de los cuerpos. Las conexiones inter-corporales son conjugadas por los parámetros de cohesión emergidos de la intelección lógica y experimental de estos procesos sintéticos. La síntesis de tiempo edifica el acervo de actos y preceptos programáticos de los diversos emplazamientos civilizatorios.

Las civilizaciones articuladas por los entes-humanos canalizan las cargas volitivas y los flujos energéticos de los cuerpos aprovechando la relatividad estructural de las formas temporales. La temporalidad conforma un desarrollo morfológico de referencias volubles e indeterminadas que operan en los límites de las reglamentaciones discursivas de cada época. Los códigos implícitos en el discurso del tiempo buscan orientar y coordinar los procedimientos conjuntivos de la sociedad. Los movimientos de conjunto de la trama societal son controlados y regulados por un sistema de signos traslativos. Una aglomeración de construcciones semióticas se traslada en las diversas redes y entramados enunciativos. Los enunciados integrados en los diagramas temporarios maniobran las estructuras operativas donde se insertan los procesos orgánicos y las extensiones artificiales de los sujeto.

Los sujetos viven apisonados y ocluidos en los tejidos discursivos de las formas temporales. El discurso del tiempo engrana y articula una virtualidad constitutiva de lo real. La realidad es constituida por fabulaciones y simulacros con distintos niveles de abstracción (delimitación cognitiva). El carácter abstracto de la temporalidad se desarrolla en concomitancia con los fenómenos naturales y las innovaciones técnicas. Los ciclos naturales y el progreso tecnológico concatenan un andamiaje de ilusiones e idealidades sobre las que se despliega la producción material. La transformación de la materia esta acoplada a los constructos virtuales de innumerables contubernios socio-históricos y trascendentales.

La trascendentalidad histórica de la temporalidad define la orientación de las proyecciones societales. Los proyectos y programas de sociedad institucionalizan las estructuras operativas de los territorios. Las territorialidades configuran un tiempo capaz de atinar los plexos conectivos y asociativos del modo de producción. Las prácticas productivas demandan el acoplamiento de los cuerpos a los parámetros performativos y praxiológicas del sistema socioeconómico predominante. La praxis económica denota los compases rítmicos de las unidades corporales bajo la matriz semiótica y simbólica de un discurso de alegorías modélico-analógicas. Un entramado metafórico-arquetipal brota y se esparce en los distintos núcleos creativos e imaginarios del devenir social (materialidad tropológica).

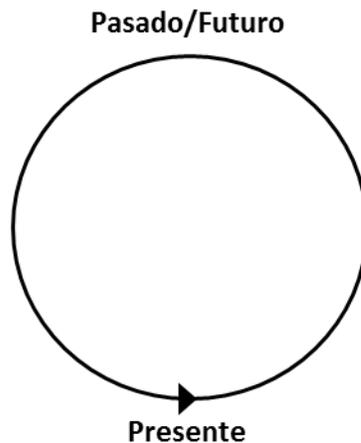
El entramado metafórico arquetipal

El discurso de la temporalidad se erige y despliega a partir de una amplia gama de enclaves alegóricos. Las alegorías del tiempo constituyen y encarnan una sucesión heterogénea de figuraciones externas (morfologías). Las formas temporales son configuradas a través de una cadena de inscripciones metafóricas (tropos analógicos). La metáforas transportan en juego de persistencia y diseminación de un compendio de formaciones arquetipales (modelos primarios). Los arquetipos acoplan una red subyacente de tácticas enunciativas y distributivas. Los enunciados se distribuyen en los estados relativos y parciales de múltiples implosiones traslativas.

Las implosiones traslativas de los sentidos implícitos y explícitos de la temporalidad pueden ser reducidas a una esfera minimalista. La escala mínima y elemental de las formas temporales se expresa en los *arquetipos abstractos*. Las abstracciones arquetipales encarnan patrones de desplazamiento espacial que posibilitan en despliegue y la flotación de cualquier inscripción metafórica vinculada a la indefectible relatividad del tiempo. En la tempestividad de la historia de los entes-humanos se pueden encontrar las siguientes formaciones predominantes:

La Circunferencia

La circunferencia compone una curva cerrada en la que cada punto es equidistante a un centro fijo. La equidistancia concéntrica caracteriza a un tiempo cíclico y reversible. La reversibilidad produce que los avatares históricos giren en su propio eje y emplacen una cadena de acontecimientos plegados a un ritornelo absoluto. La infinitud del retorno representa un sistema hermético y cerrado. El hermetismo implica un proceso de creación, destrucción (fin parcial) y regeneración tautológica. El imperativo de la repetición limita a las aspiraciones sociales a la idea de regresar a un punto de partida digno de emular (pasado heroico).



La emulación de etapas genesíacas maraca el porvenir trágico de los cuerpos insertos en esta formación arquetipal. Los momentos originarios constituyen una aspiración optimal y pedagógica. La educación de la sociedad se construye a partir de un pretérito-futuro (valga la antinomia). El pasado adviene bajo la personificación de

una ineluctable reversibilidad. Una circularidad fáctica ocluye al marco categorial de esta temporalidad. El tiempo retorna sobre sí conforme a una estructura imposible de romper o transgredir.

Las metáforas filiales de este arquetipo abstracto fueron estructuradas bajo las traslaciones y desplazamientos de los ciclos naturales. Eliade M (1974) aduce que las formas temporales soportadas en la circunferencia parten de la observación del crecimiento y decrecimiento de la luna. La contraposición entre épocas doradas (luminiscencia aurífera) y períodos de decadencia (penumbra lunar) han caracterizado a la temporalidad de los emplazamientos civilizatorios situadas en esta formación arquetipal. La mayor parte de las civilizaciones antiguas —tanto orientales como occidentales— se organizaron mediante está constitución arquetípica. Este modelo primario ha estado vinculado a la claridad y la oscuridad de un tiempo metaforizado en el mito del *Eterno Retorno*. La eternidad funge como expresión de la repetición y la réplica procesual.

La línea recta

La línea recta constituye el hilo tenso e infinito de un tiempo irreversible y unidireccional (función general= $MX+N$). La dirección única se manifiesta en la perpetuidad de *lo-otro* en detrimento de *lo-mismo*. La tautología de los acontecimientos es sustituida por un cambio continuo y progresivo. La progresividad evoca una estructura abierta y en ascendente (campo de múltiples posibilidades socio-políticas). El ascenso figurado se inserta en un comienzo y un final plegados al horizonte optimal de la finitud. Lo finito connota el *alfa* y el *omega* debilitado en la las propiedades inconmensurables de la eternidad de acuerdo a una programación medible.

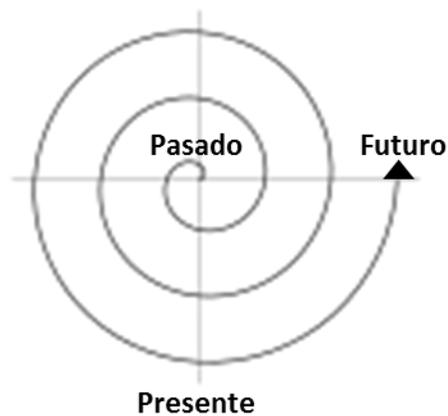


El orden programático y cuantificable de la línea recata se orienta hacia el porvenir. Un futuro promisorio atrae a los procesos históricos y los aleja de un pasado digno de ser trascendido. La superación del pretérito conforme al atibo del provenir: es espacio de construcciones paradisíacas y utópicas. Los "*finales felices*" propulsan y dinamizan los programas de la operatividad social. La sociedad opera en función de la superación de las contradicciones y los desequilibrios del presente. La presencia transita de un punto *A* hacia un punto *B* (elemento invariable) con independencia de los matices epistémicos y las inclinaciones angulares.

Las inscripciones metafóricas construidas mediante el arquetipo lineal son resultado de la observación del envejecimiento de los seres vivos y el cambio constante de la historia (Von Fanz M, 1996). El desgaste energético de la material avizora en la *Segunda Ley de la Termodinámica*: el punto de mayo racionalización de este filtro perceptivo. Esta percepción legitima la tesis de la flecha del tiempo y el cambio irreversible. El Medioevo y el Mundo Moderno han estado transversalizados por la irreversibilidad de esta formación arquetipal. Dicho modelo primario envuelve la coordinación de los movimientos corporales hacia una instancia inédita. Lo nuevo patenta el decurso de la innovación tecnológica y las leyes de la evolución permanente.

La espiral

La espiral envuelve una curva plana que da vueltas indefinidamente alrededor de un solo eje y se aleja cada vez más de éste. Lo cíclico (elemento predominante) y lo lineal se combinan en un juego de transiciones enigmáticas e indefinidas. Los cuerpos transitan por puntos cardinales cuyo radio de desplazamiento se separa del diámetro originario. Desde el punto genesíaco hasta el colofón se desarrolla una tautología aproximativa con un grado ascendente de distancia radial. La radialidad traduce una sucesión creciente de acontecimientos ambiguos. La ambigüedad inserta a la temporalidad en una serie de paradoja y disyuntivas.



Las operaciones paradójicas y disyuntivas de la espiral devienen en una estructura laberíntica. El porvenir de este laberinto está atinado por una incertidumbre programática y el presente —de manera simultánea— se disuelve en un sinfín de galimatías espectrales. Los espectros de la percepción emergen de los enigmas de una trama difusa y poco inteligible. El entendimiento es descompuesto y obnubilado en una sucesión de acontecimientos condenados a un final desconocido. El desconocimiento de los escenarios futuros dota a esta formación arquetipal de una atmosfera intrigante. Los vientos de la intriga y las crispaciones temerarias aplacan cualquier destello de certidumbre.

Las inscripciones metafóricas construidas a partir del arquetipo de la espiral poseen una connotación libidinal derivada de la analogía *vulva-concha* (Eliade M, 1974). En múltiples manifestaciones es una encarnación evocativa y fetichista de la fecundidad del lecho materno. También ha resultado de la observación de las vísceras de los animales interfectos inscritos en ciertas tablillas babilónicas (Kereny K, 2006). En el gnosticismo y otras prácticas místicas se han encontrado expresiones de esta formación arquetipal en el marco de un hermetismo iniciático. Los cultos de iniciación se contrastan y compaginan con inusuales regímenes de opacidad dimensional. En la lobreguez de múltiples dimensiones ocultas se desarrolla una temporalidad propia de los universos paralelos y los inframundos.

Una determinada inscripción metafórica puede convertirse en el modelo primario que rige a diversas morfologías temporales bajo condiciones singulares. De este panorama morfológico germinan y proliferan los arquetipos analógicos. Las principales referencias son: 1) *Físico-naturales*: fenómenos y organismo de la naturaleza que se cristalizan en formas básicas de la temporalidad (Ejemplos: el movimiento de las corrientes de agua o el desplazamiento de los reptiles ofidios). 2) *Teo-mórficas*: manifestaciones del imaginario mitológico y religioso en las cuales el tiempo es representado por un dios específico (Ejemplo: Kali, diosa del devenir destructor en el hinduismo). 3) *Tecno-científicas*: objetos tecnológicos o conceptos científicos que se transforman en imágenes modélicas de los organigramas temporarios (ejemplo: la velocidad de la locomotora como símbolo del progreso). La semiosis transitorias y fractales de estas nociones figurativas son susceptibles a cruce e hibridaciones semánticas.

Sinopsis histórica de las formas temporales

Las sociedades antiguas representaron al tiempo cíclico mediante metáforas elocuentes que tenían como enclave a la observación de los movimientos regulares de los cuerpos celestes y los cambios estacionarios de la naturaleza. La teogonía griega identificó al devenir con el títan *Océano*: un torrente circular en forma de hélice que abarcaba la totalidad del universo. La tradición órfica representó a *Chronos Prótogonos* (tiempo primordial) como un reptil alado destinado a morderse la cola por esta condenado a copular con *Adrastea* (necesidad). Una estructura similar se reprodujo en la serpiente maligna *Vihitra* (diosa de las épocas oscuras) del hinduismo y las imágenes de dragones que simbolizaron la duración en la Antigua China. Tanto los fenómenos naturales como los reptiles ofidios y vertebrados personificaron divinidades bajo las cuales operó el arquetipo de la circunferencia. El círculo de estas relaciones de semejanza simuló a una morfología temporal destinada a volver sobre sí en un decurso signado por la repetición de los procesos y etapas.

La representación del tiempo griego sobrevino en una variedad de morfologías temporales que brotaron de la complejidad de su narrativa religiosa y literaria. El

orfismo representó en *Chronos Prótogonos* la encarnación de una temporalidad cíclica y primordial conforme al dominio libidinal de Adrastea (necesidad de volver sobre sí). La teogonía de Hesíodo personificó en *Kronos* la imagen de un tiempo proto-lineal y medible (cualidad persistente en el étimo) luego de deponer a Urano al cortar los testículos (Marrameo, 2008). La transición entre dichas divinidades dio cabida a la aparición de dos dimensiones medulares imaginario helénico: 1) *Aión*.- Eternidad y simultaneidad. 2) *Kairós*.- Momento oportuno o bifurcación aleatoria. Las lenguas modernas perdieron parte de estos matices y distinciones dimensionales en detrimento de los modos de entender los movimientos e interacciones del devenir.

Los dos principales referentes de la filosofía griega terminaron de consolidar las manifestaciones circulares y repetitivas de las formas temporales por medio de ejercicios teóricos que marcaron la pauta en el pensamiento occidental. Platón (1988) re-significó la figura de *Aión* como eternidad estática descrita mediante la metáfora de una esfera simétrica y uniforme de la cual *Kronos* era su imagen móvil (ocaso rítmico de la duración). Los movimientos cíclicos gestados en el universo aiónico significaron el punto de culminación parcial del arquetipo circunferencial. Para Aristóteles (1995): el tiempo constituía el número de movimientos de acuerdo a un antes y un después. *Cronos* (conversión del anterior K) se transformó en un fenómeno numérico y cuantificable con múltiples derivaciones etimológicas. Mientras la concepción platónica se desvaneció en un abismo histórico, la concepción aristotélica se convirtió en un núcleo paradigmático que sobrevivió a diversas interrupciones epistémicas.

El predominio del arquetipo lineal se consumó en construcciones narrativas y doctrinarias de la tradición hebrea. En el imaginario judío el tiempo pasó a formar parte de la creación de Iahveh. La deidad única y absoluta creó una temporalidad orientada hacia la facticidad del relato escatológico. El advenimiento de la escatología respondió a una situación histórica concreta: después del éxodo el pueblo hebreo se focalizó en un futuro marcado por el fin del orden terrenal y la posibilidad de adquirir vida eterna conforme a los mandamientos supra-terrenales (Le Goff, 1984). Los dictámenes celestiales dinamizaron al mundo finito a partir del hilo tendido entre Génesis y

Apocalipsis. La tensión creativo-destructiva de la línea recta patentizó una lógica de sentido trazada según la predeterminación monoteísta.

La linealidad predominante en la tradición hebrea no fue absoluta. Hay una heterogeneidad de metáforas y otros juegos analógicos en los pasajes del Antiguo Testamento. Un ejemplo de ello se puede evidenciar en Eclesiastés: “*Él va girando de continuo en forma de círculo, y sin demora vuelven los vientos a sus movimientos circulares*” (p. 862) Esta circularidad está emparentada con el mito del Eterno Retorno. El tiempo retorna sobre sí por medio de una inscripción eólica. La hegemonía de una determinada formación arquetipal no anula el carácter ambivalente e inestable de las formas temporales.

El cristianismo conservó la linealidad de la tradición hebrea sin modificaciones sustantivas. La línea recta se afianzó como figura arquetípica de un devenir tenso e irrepetible. La irreversibilidad fue producto del abandono de la observación de los cuerpos celestes y los ciclos naturales. Según Agambe G (2001) en esta trama se sentaron la base de una “*verdadera experiencia de historicidad*” (p. 85) La tensión narrativa de la historia se constituyó a partir de la promesa de una salvación general de la humanidad. La temporalidad humana adquirió una duración estable y un sentido prefigurado por la idea de redención final.

En el Medioevo hubo una sincronización armónica entre los ritmos lentos de la faena agrícola y los preceptos de la vida espiritual. La búsqueda de la espiritualidad supra-terrenal degeneró en un profundo sentimiento de espera (fundamental en el cultivo). La centralidad de la esperanza produjo que la *demora contemplativa* marcara la pauta y la premura se encontrara ausente. A la ausencia de la rapidez se le agregó el significado ambiguo del tiempo como consecuencia de la carencia de medios técnicos para medir y registrar los acontecimientos cotidianos (Bloch M, 2002). Las horas y las fechas de la cotidianidad se registraban bajo la lógica enunciativa del “*plus minusve*”. La impresión calcularía definió a los cuerpos que se desplegaron entre la parsimonia y la lentitud de una eternidad idealizada.

En los soliloquios de San Agustín (2010) el tiempo adquirió una connotación humana e interior. La interioridad de la percepción temporal quedó reducida a los confines del espíritu. La vida espiritual de cada criatura se desarrollaba en un *eterno presente* donde el pasado (memoria) y el futuro (espera) sólo eran difracciones del alma. La forma y la organización de los dinamismos vegetativos de la existencia se bifurcaban en la presencia de una temporalidad entendida como unidad de la conciencia. La actividad consiente se unificaba en un antes y un después proyectado por una instancia divina. La divinidad suprema (Dios monoteísta) sostenía su régimen sobrenatural en un presentismo signado por la linealidad.

La Modernidad secularizó el tiempo rectilíneo del Medioevo y lo sustituyó un movimiento acelerado. El imperativo de la aceleración comenzó cuando los sujetos dejaron de pensar en la eternidad y se focalizaron en las horas. Los regímenes horarios alcanzaron un elevado nivel de precisión con el desarrollo del reloj mecánico y los requerimientos operativos de la revolución industrial. La propulsión maquina permitió que el universo fuera considerado como un sistema de engranajes en el siglo XVII. Las válvulas y las ruedas dentadas dotaron de tensión narrativa al entramado metafórico-arquetipal de la línea recta. La linealidad temporal fue consolidada y afianzada con el atisbo de la aceleración productiva.

La heterogeneidad morfológica de la temporalidad trasciende diversos ámbitos perceptivos. La percepción temporal ha estado dinamizada por el contraste de dos vertientes que comprometen los nudos gnoseológicos y enlaces categoriales de la modernidad. En la obra de Newton (1982) el tiempo era considerado como una noción absoluta y homogénea que se desarrolla con independencia de los objetos. Por contrario, para Kant (2007) era una forma *a priori* destinada a captar y establecer relaciones de anterioridad y posterioridad dentro de los límites de la subjetividad. El sujeto moderno despliega su accionar cognitivo y epistemológico en el intersticio de este par de miradas contrapuestas. Pero dicha dualidad de ángulos interpretativos discurren —a pesar de la divergencia angulares— en la misma formación arquetipal: la línea recta.

La hegemonía moderna del arquetipo lineal no supuso la desaparición definitiva de la visión cíclica. El imaginario de la circunferencia sigue presente en la praxis enunciativa y tecnológica de la Modernidad. Las obras de autores como Vico (2006) y Nietzsche (2008) reivindicaron un tiempo apoyado en movimientos radiales (primer caso) y repetitivos (segundo caso). La radialidad también estuvo implicada en la trasposición semántica de concepto de re-volución en el tránsito del movimiento circular de los cuerpos celestes a la meteorización del progreso tecnológico y político. El reloj mecánico puede ser considerado como una reducción objetual y abstracta de los ciclos del día y la noche. Un entramado de cuadros periféricos y centrales ha conspirado entre sí para darle forma a un devenir de ruptura e intermitencia epistémicas.

En la modernidad tardía el predominio arquetipal de la línea recta se ha visto eclipsado por una disrupción sin precedentes: el ocaso de la tensión narrativa. La narratividad socio-histórica del tiempo lineal se ha disuelto en los enclaves de formas caleidoscópicas y atomizadas. La atomización condena a los sujetos a vivir extraviados en una temporalidad discontinua de instantes inconexos. La aparente desarticulación categorial ha sumido a las mentes individuales y colectivas en una plétora de ambigüedades. Un estruendo de imágenes ambiguas se exteriorizan mientras el pasado se debilita en la paradoja estocástica de un futuro ataviado por las contingencias del presente. La contingencialidad segrega una cadena de puntos dispersos en un mundo caracterizado por los quiebres de sentido y la desorientación generalizada.

Obertura de la temporalización ingenieril

Las metáforas y los arquetipos de la temporalidad moderna no se han limitado al multiverso de las representaciones discursivas. El discurso hilado en el entramado metafórico-arquetipal evoca una confabulación de mayor complejidad e incidencia. Las formas temporales garantizan un correcto y sistémico direccionamiento de los cuerpos a través de dos dimensiones fundamentales:

a. *Dimensión proyectiva.*- La dimensión proyectiva comprende el espectro de los diseños y programas históricos. La programación de la historia predetermina la periodificación de los procesos sociales y la configuración direccional de los sujetos conforme al desarrollo de la racionalidad humana. Las facultades de la razón ejecutan los cálculos y procedimientos lógicos de una secuencia heterogénea de proyectos colectivos. Los *movimientos de conjunto* (concepto de Bataille, 2006) viven apisonados y recludos en las coordenadas de este espacio desiderativo.

a. *Dimensión Operativa.*- La dimensión operativa aglutina y desarrolla las coordenadas de las acciones concretas. Una materialidad praxiológica traduce la temporalización de los actos y el control rítmico de los movimientos corporales de las fuerzas productivas. Los requerimientos de la producción material efectúan la esquematización y la diagramación de las operaciones laborales. Los trabajadores viven condicionados y normados en los límites de éste territorio.

El tiempo revela los parámetros y lineamientos que rigen a los entes-humanos por medio de este eje dimensional. Los polos proyectivos y operativos son la sombra de un ineluctable juego de dominación. El dominio de los cuerpos traduce la morada de ficciones constitutivas de las morfologías temporales. Los escenarios figurativos de la temporalidad expresan y connotan un compendio de estrategias focales. La bisagra estratégica de la temporalización sintoniza con las vibraciones y las contorsiones tácticas del poder. Las relaciones de fuerza inherentes a los vínculos sociales actúan como núcleos temporalizadores de la existencia orgánica de los sujetos.

Desde los padecimientos psíquicos hasta la textura de la epidermis son remanentes del influjo morfo-temporal que ha germinado de la consolidación de un determinado emplazamiento hegemónico. La colocación dominante de una estructura societal trabaja sobre las metáforas y los arquetipos de una temporalidad en la cual se aposenta la conciencia codificada de los sujetos. La percepción social (noción transversal) del tiempo debela un tejido inter-ejecutor de acciones programáticas situadas en las

múltiples configuraciones de la relatividad general. Conforme a los límites de la experiencia posible: "*cada sociedad produce su propia eternidad y su universalidad*" (Del Búfalo, 2007). La producción de nociones universales se inserta en la lucha constante y obsesiva por la temporalización de los entes-humanos. La existencia de los animales bípedos y racionales es regulada en el entramado metafórico-arquetipal de un piélago de disrupciones e inmutaciones divergentes.

La sociedad moderna incrementó la relevancia estratégica de las formas temporales desde lo técnico y lo epistemológico. El reloj mecánico introdujo una acuciosa mediación de las horas y los minutos. La revolución industrial afianzó el cálculo de los ritmos corporales acoplados a la velocidad de la máquina. La filosofía de la historia y la biología evolucionista consolidaron el optimismo del progreso indefinido de la humanidad. Pero la situación-épocal tiene implicaciones de mayor resonancia: la modernidad optimizó las tácticas de control societal por medio de la configuración cartográfica y diagramática del tiempo. Una ingeniería social de la temporalidad emergió del diseño sistémico y metódico de los modos de afrontar el devenir.

Los sujetos modernos han sido producidos por la temporalización ingenieril de su praxis vital. Las prácticas cotidianas penden en la nula singularidad engendrada por el tiempo. La temporalidad transversaliza las técnicas y medios de control societal. La ingeniería social logra hacer efectivos sus diagramas tácticos gracias a la configuración de las morfologías temporales. Los reductos formales y figurativos del devenir encubren las estructuras operativas de un poder omnipresente e invisible. La opacidad de las programaciones colectivas codifica al pretérito y al porvenir en medio de los cuales la subjetividad individual termina ocluida.

Las formas temporales pasan a ser un dispositivo simbólico que ajusta la praxis de los sujetos a modelos de explotación y adiestramiento colectivo. Los movimientos de conjunto son adiestrados conforme a los referentes modélicos e isomorficos de la temporalidad. Los isomorfismos incrustados en el tiempo componen los moldes praxiológicas y performativos de la existencia corpórea. Los cuerpos acoplan su motricidad y su percepción a los efectos fabricados por un ensamblaje de estrategias

locales. Los esquemas estratégicos de la ingeniería social operan y funcionan en una rapsodia conspirativa: *la cronoplasia*. La modelación efectiva de las unidades corporales es el leitmotiv de esta dinámica procesual.

Las analogías y modelos primarios del discurso de la temporalidad cumplen un papel preponderante en la intelección de-constructiva de las prefiguraciones estratégicas de la cronoplasia. La modelación de los sujetos esta vertebrada en: 1) Las retenciones y omisiones del pretérito. 2) La concentración y la distribución operativa del presente. 3) Las voliciones y *estados de espera* del porvenir. 4) Los vínculos causales entre el *antes* y el *después* (elemento medular).

El cuadrinomio táctico de la cronoplasia adopta diversas configuraciones externas de acuerdo a las demandas estratégicas. Las estrategias de la temporalización ingenieril de los cuerpos fijan y restringen el accionar de los movimientos de conjunto. Las orientaciones y las intensidades de los procesos colectivos están supeditadas a los diseños del entramado metafórico-arquetipal del tiempo. Las metáforas y arquetipos de la temporalidad son una producción inconsciente de los sistemas de registro (programación de enunciados) asociados a las diversas relaciones de fuerza de la trama socio-histórica. Las sociedades modernas devienen sobre la modelización asimétrica de las unidades corporales que la componen. La composición contradictoria y desigual de los sistemas sociales expresa su estabilidad e inestabilidad ontológica en los tejidos nodales de las morfologías temporales.

La ontología de las formas temporales debe trascender los presupuestos fenomenológicos de Heidegger (1992) sin desmeritar sus aportaciones (prisma de la deconstrucción). Este decurso investigativo no intenta reducir al tiempo a la presencia limitada del ser-para-la-muerte en el Ente. Lo único que aspira es otear y registrar la pluralidad de filtros perceptivos mediante los cuales el devenir es entendido según determinados campos de acción ingenieril. Tampoco pretende entender la temporalidad "*en cuando ser del Dasein compresor del ser.*" (p. 17), sino como una estructura cuya configuración externa coloca a los *entes* fuera de los *seres* y los reduce a la a la mecánica de su operatividad. Las operaciones concretas sólo pueden entenderse a partir

de los diagramas de una serie de referencia pre-figurativas y no desde la angustia de la existencia humana. El concepto contingencial y provisorio de la humanidad (anverso de entidades) es deyectado a los vórtices paradójales de una serie de cautiverios morfo-temporales.

La vocación por las paradojas hace traslucir la encrucijada del tiempo en los esquinales de una realidad ambigua y dúctil. La ductilidad abre caminos hacia bifurcaciones que edifican y reglamentan la existencia bajo el lecho estructural de una multiplicidad de piélagos literarios. Ante el enigma de la Esfera de Pascal Borges (1974): "*Quizás la historia universal se la historia de unas cuantas metáforas.*" (p. 636). El devenir histórico aposenta a la praxis vital de los sujetos en una combinación de comparaciones tácitas exteriorizadas en un conjunto de modelos primarios. El análisis morfológico del *Tempus* moderno las tonalidades de ese universo metafórico y arquetípico en el cual se encierran atrapados la totalidad de los cuerpos. Una operación conceptual de este tipo corre el riesgo de desintegrarse en el encierro de su propio influjo epistémico y épocal (atmosfera claustrofóbica de un entorno delirante).

Objetivo General

Analizar la constitución del sujeto moderno a partir del entramado metafórico-arquetipal de la temporalidad en la cual se encuentra inserto.

Objetivos específicos

1. Examinar las principales metáforas y arquetipos que configuran la temporalidad moderna.
2. Explorar las condiciones epistémicas sobre las cuales se han desarrollado los tejidos discursivo de la temporalidad moderna.
3. Describir los cambios y mutaciones morfológicas de la temporalidad moderna desde la episteme clásica hasta la era post-humana.

4. Estudiar los vínculos estratégicos entre ingeniería social y morfologías temporales.

Justificación

El quehacer rutinario de los sujetos modernos adviene en una sucesión de actos automáticos y obnubilados. La obnubilación de los trajines cotidianos no deja mayores intervalos para pensar los elementos constitutivos de la existencia. La trama existencial se encuentra programada y codificada por las morfologías temporales desde donde se desarrolla la percepción colectiva. La tarea de estudiar al tiempo —a partir del multiverso de las metáforas y los arquetipos— es un sendero óptimo para deslastrarse de la espontaneidad reglamentada de los automatismos. La ejecución mecánica de las acciones sólo puede ser trascendida a través de la diagramación de las capas subyacentes de la realidad concreta. La circunvalación del mundo real termina estremecida por los condicionamientos y prescripciones de una prometeica batalla conceptual.

Las transformaciones del orbe contemporáneo han suscripto una sigilosa *conflagración de significados*. Las significaciones sociales colisionan y se destruyen en las hostilidades de una *guerra de conceptos*. La conceptualización de los fenómenos y procesos colectivos se convierte en un hecho bélico. Sobreviene una batalla por definir y categorizar la realidad ante un panorama de inestabilidad creciente. La caosmosis histórica del mundo actual ha ocasionado una recombinación espasmódica de los átomos que integran las redes epistémicas de la noosfera. La deconstrucción morfológica de la temporalidad moderna implica resistir frente a los embates de una compleja crisis intelectual.

Los cambios bruscos e imperceptibles en la intelección colectiva han desintegrado significados históricos de manera paulatina. La desintegración de los contenidos semánticos exige un proceso de unificación y recomposición conceptual. Los conceptos componen unidades de sentido que convergen y divergen en un escenario conflictivo. Este teatro de operaciones se enmarca en un panorama de confusión

generalizada. Los galimatías presentes en el horizonte prospectivo necesitan de una arqueología de las categorías y nociones determinantes en la existencia social. La temporalidad engloba uno de esos marcos categoriales dignos de estudio y secuenciación lógica.

En la guerra de conceptos se contraponen dos modelos de razonamiento lógico (campos imperceptibles): 1) Los *Círculos Silogísticos* atinados por las réplicas axiomáticas en los cuales la conclusión retorna siempre a la proposición inicial (cerrado). 2) Las *Oberturas Polisilogísticas* endorsadas en las líneas de fuga donde los predicados desplazan la identidad del sujeto de manera indefinida (abierto). En el primer esquema se consolidan las verdades establecidas y en el segundo son vulneradas (transgresión traslativa). Estas concatenaciones enunciativas operan con diversos ritmos e intermitencias tanto en las mentalidades humanas como en las artificiales. Lo orgánico e inorgánico se hibrida en una contienda para definir y conceptualizar a la temporalidad de una *noosfera* de disturbios e inmutaciones.

La temporalidad moderna emerge y se oculta en un veleidoso reducto figurativo. Las manifestaciones metafóricas y arquetípicas se distribuyen una superficie cambiante e inestable. Las fallas tectónicas y los desplazamientos laterales de la episteme contemporánea quebrantan la estabilidad de los órdenes taxonómicos. Las estructuras arborescentes de estratos y jerarquías carecen de efectividad conceptual. Los conceptos están obligados a debatirse en las tácticas y estrategias locales de un campo de contingencias rizomática (Deleuze y Guattari, 2002). Cualquier punto del entramado metafórico-arquetipal debe poder conectarse con cualquier otro punto de acuerdo a un principio de heterogeneidad.

La heterogeneidad está inscrita en las ramificaciones abiertas y mutables de un diagrama fractal de procesos aleatorios. La aleatoriedad crea condiciones para el desarrollo de operaciones de simbiosis y sinergia radical entre las diferencia ontológicas. La ontología de las formas temporales traduce un bosquejo irreductible a los prismas de funciones y procedimientos carentes de un orden estable. La inestabilidad estructural se agudiza con los acontecimientos y vicisitudes de la

conflagración de significados derivada de una constante proliferaciones de sentidos divergentes. Las divergencias se exaltan en el estudio de una temporalidad asediada por los espectros de la ingeniería social y las relaciones de poder. Un campo minado de nociones relativas y multiformes es el escenario de un pensamiento violentado por connivencias e inmutaciones inusuales.

CAPÍTULO II

MARCO TEÓRICO

El enfoque arqueológico

El análisis de las metáforas y los arquetipos de la temporalidad moderna demanda un proceso de excavación y registro. Esta labor implica remover las capas subyacentes del discurso sin ignorar los juegos que determinan la aparición y desaparición de los enunciados. Sin embargo, los desplazamientos enunciativos no articulan una historia de estructuras estables y petrificadas. Los fenómenos morfo-temporales se inscriben en un espacio disperso que no es susceptible a la formación de estratos y está en constante actividad tectónica. Un trabajo de estas características requiere del enfoque arqueológico de Foucault M (1979): *“análisis comparado que no está destinado a reducir la diversidad de los discursos y a dibujar la unidad que debe totalizarlos.”* (p. 268). Aquí se muestran rupturas y distorsiones imposibles de englobar en parámetros homogéneos o esquemas unitarios.

Es necesario abandonar los postulados de la historia global y la búsqueda estéril de los principios unificadores de cada época. Esta manera de historia: elabora un sistema de omisiones allí donde aparecen los umbrales y las placas disruptivas. El entramado metafórico-arquetipal de la temporalidad moderna debe inscribirse en un análisis de estructuras inestables y heteromórficas. La inestabilidad de las formas temporales requiere ser diagrama desde el carácter aleatorio y contingencial de su despliegue intrínseco sin caer en momificaciones conceptuales. El objetivo consiste en determinar el tipo de relaciones volubles e inconsistentes de las distintas series de una dispersión espacial.

Los discursos sobre la temporalidad exhiben una profunda despersonalización ante el predominio de las nociones metafóricas y arquetípicas. El estudio del entramado metafórico-arquetipal va más allá de lo que los hombres han dicho y se centra en las mutaciones de una cadena inestable de relaciones enunciativas. En el prisma de los

enunciados se trabaja en oposición a la historia de la ideas y es eliminado el recurso de “autor” como génesis de la obra. Las expresiones individuales son atravesadas por una serie de regímenes y códigos orientados al encadenamiento de su desarrollo discursivo. La subjetividad queda excluida de este territorio y deja de ser entendida como singularidad autosuficiente. La instancia del sujeto fundador es reducida a un sistema de signos del cual él no es origen.

El tiempo antecede y posibilita cualquier experiencia sensible e integra un esquema apriorístico que hace efectiva la realidad de los fenómenos. Pero no en sentido kantiano: condición formal inserta en las prefiguraciones de la subjetividad junto al espacio (Kant, p. 2007). A la inversa: representa un *a priori* fuera del sujeto y está acoplado un sistema de reglas anónimas que a la vez son forjadas por otras reglamentaciones. Los preceptos de este paraje forman parte de la estructura de saber encargada de delimitar *lo pensado y lo impensado* dentro de una época determinada. Los actos empíricos terminan anteceditos por una red arqueológica que intercambia palabras y objetos en el *a priori* histórico de la temporalidad. Las formas temporales se insertan la superficie quebradiza de un tejido discursivo donde lo decible es engendrado.

El enfoque arqueológico de Foucault M (1973) se deslustra de la teleología y las linealidades metafísicas a partir de la noción de discontinuidad. La historia discontinua se interesa por los fragmentos subordinados al lugar que ocupa dentro de una serie de campos epistémicos distantes. Las distancias entre segmentos engendra disyuntivas paradójicas: la arqueología del saber pasa a ser presa de su propia estructura al ser medio y objeto de estudio a la vez. La obra del pensador francés es sólo un pliego del entramado metafórico-arquetipal que antecede la constitución de su discurso. ¿La crisis discursiva de la temporalidad lineal coloca a las incursiones arqueológicas en el umbral morfológico de un tiempo fragmentario y disperso?

La arqueología el saber culmina donde empieza la labor ardua y minuciosa de la genealogía del poder. La mirada genealógica de Foucault M (1980) trabaja en oposición al origen y las génesis lineales. El genealogista indaga las sobre las

agitaciones y furores secretos del *nacimiento*. El estudio de las *formas nacientes* busca debelar los intersticios y las máscaras de una espacialidad caótica. El caos fundacional de los entramados metafórico-arquetipal es fraguado: “*no obedece ni un destino ni a una mecánica, sino al azar de la lucha.*” (p. 20). Lo aleatorio y singular de los sucesos arroja a los discursos de la temporalidad y los cuerpos inscritos en su dinámica referencial.

La metáfora

El étimo griego de la palabra metáfora se traduce en “*más allá*” (meta-), “*llevar*” y “*traslación*” (-phora) (Manrique A, 2009). Aristóteles (2013) conceptualizó a las inscripciones metafóricas como un cruce de géneros y especies. Es una sinécdoque expresado en la transferencia nominal de un objeto a otro por vínculo analógico o comparativo. Las analogías desplazan los significados conforme a designios conceptuales y estilísticos (reducto retórico-poético). La metaforización involucra un isomorfismo de comunes o filiativas en el seno de entidades diferentes. Las diferencias entre los entes se acortan o acentúan en la otredad de los préstamos de sentido.

Las metáforas —fuera de la concepción tradicional— no se limitan al campo retórico y poético. Las inscripciones metafóricas transversalizan el quehacer rutinario de los sujetos desde una trama histórico-constitutiva. La constitución de los pensamientos y acciones concretas se extiende gracias al complejo sistema de analogías de un campo epistémico específico. Las construcciones conceptuales del proceso de síntesis social penden sobre una plataforma de relaciones de semejanza y similitud. La metaforización hace *concretas* la mayor parte de las realidades *abstractas* de la sociedad (el tiempo una de éstas). La sinopsis de este patrón lo expresó Nietzsche (1996): el hombre es un “*animal metafórico*” y no puede escapar de este instinto fundamental.

La metáfora es para Nietzsche (1996) una reacción impulsiva del hombre frente a un entorno amenazante y desfavorable. Los infortunios y las hostilidades de la supervivencia permitieron el desarrollo del intelecto. La intelectualidad fundamental

es propia de los seres delicados y efímeros. La connotación endeble y fugaz de la existencia humana degeneró en una *voluntad de ilusión*. Las construcciones ilusorias han sido un medio de conservación y enmascaramiento de la realidad. Las principales máscaras de lo real se confeccionan en los confines de las inscripciones metafóricas que revisten a las verdades absolutas.

La verdad absoluta parte del endurecimiento y la petrificación de metáforas que han sido olvidadas (o están muertas según Ricoeur P, 2009) . El olvido es una negación de las construcciones artísticas de donde han dimanado las ramificaciones conceptuales y categoriales. “*Todo concepto se forma por equiparación de cosas no iguales.*” (Nietzsche, 2006, p.23) La equivalencia de las desigualdades implica una omisión de lo individual y real. La realidad es omitida gracias a los múltiples mimetismos y transfiguraciones de la actividad perceptual. La percepción comienza por una constante y variada producción de inscripciones metafóricas.

Las metáforas constituyen una intuición creadora. Las creaciones metafóricas producen esquemas espectrales y abstractos. Una de las abstracciones más metaforizadas es el tiempo. Las formas temporales provienen de los cruces analógicos entre *entes y términos móviles*. Los objetos en movimiento conjuran los puntos referenciales y comparativos desde donde es conceptualizada la temporalidad. El eje categorial entre el pasado y el futuro está matizado por infinitas suplantaciones figurativas.

Los sujetos perciben la realidad por medio de un tiempo cuya abstracción esta signada por un objeto en movimiento (Black M, 1996). La movilidad de las formas temporales configura y establece patrones de desplazamiento sobre el espacio. Los parámetros derivados de esta inscripción está anclada a las siguientes tipos de metáforas: 1) Las *conceptuales* construyen una unidad de sentido dentro de los límites cerrados de su definición nominal. 2) Las *asociativas* dinamizan al concepto básico desde un plexo vinculante y contextual. 3) Las *disolutivas* desintegran y contradicen los enunciados definitorios. Los cuerpos orbitan en esta red de semejanza y prestamos semánticos que determinan parte de su accionar rutinario.

El arquetipo

Los arquetipos son modelos primarios que anteceden a cualquier idea u objeto. El étimo se desglosan en “*dominar, dirigir y principio*” (Archein) y “*tipos, impresión*” (Typos) (Manrique A, 2009). La dominación y la dirección de una marca impresa predominan (como eje) en la conceptualización de las formaciones arquetipales. En la historia hay dos concepciones dignas de abandonar y de-construir:

- a. *Platón (1988)*.- Los arquetipos poseen una naturaleza inmóvil y eterna. Los Entes existen de manera perpetua en el pensamiento divino. Las divinidades traducen formas elementales a las cuales se encuentran supeditadas las copias y reproducciones de los seres. El Ser reside en el nivel del *Nous* a partir del carácter estático e ideal de *Eidos* (modelo primario).
- b. *Jung C (2003)*.- Los arquetipos son unidades de conocimiento intuitivo. La intuición reproduce las imágenes de un *inconsciente colectivo*. La capa subyacente de la consciencia capta y escenifica a las formaciones arquetipales. Los modelos primarios son exteriorizados por medio de manifestaciones oníricas y místicas que carecen de explicación racional.

Dichas concepciones han afectado la fiabilidad del arquetipo como soporte y medio de análisis estructural. Estos sistemas de pensamiento colocan a las imágenes arquetípicas en estado de ingravidez y le otorgan un carácter metafísico. La metafísica occidental ha petrificado las connotaciones básicas y cruciales de su arquitectura funcional. Las funciones de las formaciones arquetipales no pueden ser momificadas. La estática de lo eterno niega las mudanzas y migraciones de la realidad concreta. La concreción de los modelos primarios esta distante de las entelequias y quimeras lo suprasensible e infinito.

La lógica de las interacciones naturales y sociales no permite que los arquetipos puedan ser vertidos en el espectro de la eternidad o avizorados como entidades de un inconsciente colectivo. Las formaciones arquetipales se soportan en niveles de persistencia y diseminación estructural. Los modelos primarios se propagan y

proliferan en diversos puntos (o nudos) de una red en constante modificación. Ejemplo: la circunferencia es una imagen arquetípica del tiempo que se ha solidificado y distribuido en diversos campos epistémicos. Así se propagan patrones unívocos adaptados al desarrollo de procesos miméticos y analógicos con propensiones heteromórficas. La persistencia espacio-temporal de una determinada analogía es el germen de este dinamismo modélico.

Los modelos primarios son referencias virtuales de una matriz de simulacros multidireccionales. Las simulaciones resaltan la semiosis operativa de metáforas olvidadas y con alto grado de consistencia en los intercambios lingüísticos. La lengua intrínseca de los arquetipos —atendiendo a sus raíces etimológicas— influye sobre el dominio y el direccionamiento de las corporeidades. Los cuerpos pliegan las voliciones e impulsos de sus organismos en apego a patrones de movimiento específicos. Las formaciones arquetipales coordinan y regularizan los actos interpuestos en los múltiples *espacios semióticos* donde habitan los sujetos. Los significados espacializados irradian y ejercen una cadena de funciones modeladoras.

La cronoplasia

La cronoplasia constituye la modelación simbólica y operativa de los sujetos conforme a las morfologías temporales predominantes en los reductos figurativos de su espacialidad semiótica. La multiformidad del tiempo instrumentaliza a las unidades corporales y las supedita a una confluencia de moldes analógico-referenciales. El entramado metafórico-arquetipal de la temporalidad acopla la praxis de los entes-humanos a los perfiles anónimos de sus operaciones motrices y perceptivas. Los movimientos corporales y las sensaciones interiores reflejan los cuadros isomórficos de las estrategias de ingeniería social. La temporalización ingenieril cuadrícula la concatenación lógica entre múltiples desplazamientos y secuencias algorítmicas. Un conjunto ordenado y finito de acciones prefiguradas subyacen al caos aparente de este devenir pragmático.

La temporalización ingenieril programa el devenir caótico y aleatorio de los cuerpos. Las acciones corpóreas están engranadas a los esquemas de coordinación y desplazamiento de la temporalidad. En el intersticio entre el pasado y el porvenir se configuran los procedimientos conjuntivos de las proyecciones sociales. La sociedad moderna a los entes-humanos en pieza de un reducto operativo. Las operaciones motrices y perceptivas de las unidades corporales se encuentran atravesadas por un espacio de coordinación pre-figurativa. Las prefiguraciones colectivas —encubiertas por una presunta facticidad— se establecen y consolidan en las dinámicas procesuales de la cronoplasia.

La modelación morfo-temporal de los sujetos esquematiza y diagrama las acciones corpóreas por medio de un andamio isomórfico expresado en la siguiente dualidad: 1) *Los isomorfismos simbólicos* engloban las representaciones y producciones sensoriales de un conjunto de relaciones de semejanza asociadas a la configuración de las unidades corporales sin perder su identidad accidental (*A es A comparable con B*). 2) *Los isomorfismos operativos* resumen las maniobras y ejecuciones de las organizaciones funcionales vinculadas al adiestramiento de los cuerpos sin mantener su definición identitaria (*A es B*). Este polo se restringe a las aspiraciones parciales un plano topológico. Este vector se extiende a los códigos ópticos y performativos de una superficie modélica. El corte perpendicular de estas *conversiones mórficas* integra las funciones copulativas y adjetivales de cada sujeto-predicable.

Los predicados transitorios y contingenciales de los sujetos circunscritos en la cronoplasia oscilan en un eje funcional básico:

- a. *Las funciones adjetivales*: califican y determinan la cualidad accidental de los Entes. Estas marcas definitorias sintetizan un ámbito de subordinaciones y dominios heteromórficos (multiplicación conjuntiva). La conversión mórfica es siempre parcial y transitoria. El sujeto estructura su praxis vital desde la polivalencia de los epítetos asignado.
- b. *Las funciones copulativas*: gestan la simbiosis y la unión libidinal entre dos especies de géneros distintos. Los caracteres filiativos condensan un cuadro de

ataduras y conexiones reciprocas (trasposiciones operacionales). Los plexos de la conversión mórfica disuelven la identidad fija y condicionan una redefinición óptica. En la estructura sintagmática de estos *papeles relacionales* tanto la subjetividad autárquica como la soberanía individual son anuladas.

La nulidad auspiciada por la cronoplasia no puede entenderse como es un proceso estable y consensuado. La lógica del consenso en una entelequia ante la guerra de metáforas y arquetipos. La contienda entre analogías y modelos primarios engendra los parámetros eficacias diagramática de las formas temporales. Las referencias hegemónicas de la trama socio-histórica transmiten sus reglas de formación a través de las relaciones de semejanza que persisten y se diseminan en una contienda no siempre perceptible. En una esfera solapada y subrepticia conspiran entre sí los diversos entramados que procuran modelar el devenir de los entes-humanos sobre un circuito degeneraciones e intermitencias. La modelación de la existencia orgánica e inorgánica de los sujetos termina siendo el *fin último* de la temporalidad moderna.

Antecedentes

Títulos	Descripción
De La Pineda A (2006)- <i>Los Mitos del Gran tiempo y el sentido de la vida</i> . Biblioteca Nueva: Madrid	De La Pineda elabora un estudio comparativo de las tres visiones del <i>Gran Tiempo</i> predominante en la historia de la humanidad (visión cíclica, visión lineal y visión de bifurcaciones) a partir de un concepto que transversaliza a todos los discursos sobre los fenómenos temporales: <i>el mito</i> . De esta manera, intenta propiciar un diálogo entre civilizaciones (oriente/occidente) capaz de belar el sentido figurativo de la vida.
Byung-Chul Han (2015)- <i>El aroma del tiempo. Un ensayo sobre el arte de demorarse</i> . Heder. Madrid.	Byung-Chul Han analiza actual crisis de los fenómenos temporales —en la cual no se experimenta ninguna duración— a partir de la noción <i>disincronía</i> : el tiempo carece de ritmo ordenado. El pensador surcoreano sostiene que la responsabilidad de este panorama recae sobre la atomización del tiempo producida por el predominio de la <i>vita activa</i> sobre la <i>vita contemplativa</i> y en la carencia de tensión narrativa (era post-histórica).

CAPÍTULO III

MARCO METODOLÓGICO

Tipo de Investigación

Examinar a las metáforas y los arquetipos de la temporalidad moderna precisa una investigación documental basadas en una revisión datos primarios y secundarios. Dicha labor investigativa implica un procedimiento científico de indagación, organización y análisis crítico de la información. *"El propósito de es te diseño es el aporte de nuevos conocimientos"* (Arias F, 2008) con miras de generar nuevos conceptos y aproximaciones interpretativas. Esto a través del procesamiento y la correlación organizada de fuentes impresas, pictóricas y audiovisuales.

El holotipo de la investigación consiste en la determinación cualitativa del objeto de estudio a partir de los siguientes procedimientos:

- a. Selección y delimitación del tema.
- b. Arqueo bibliográfico y audiovisual.
- c. Elaboración de un esquema conceptual sobre la temática.
- d. Análisis estructural de los datos.
- e. Redacción del informe de investigación.

Método Estructural

La manera más óptima para explicar a las formas temporales es a partir de las interacciones operativas y funcionales en la cuales se encuentran insertas. El conjunto de pasos para la realización de este estudio procura desplegarse utilizando la noción "estructura" como eje medular. La base de este horizonte metodológico se localiza en la lingüística de Saussure F (1945) y la etnografía de Lévi-Strauss (1995). Sin embargo, en la investigación en curso no se toman en cuenta los postulados totalizantes de dichos

referentes. El modelo de análisis requerido se cimenta en *deconstrucción* de estructuras inestables y discontinuas presentes en la arqueología de Foucault M (1979) o en la diagramación rizomática de Deleuze (1980).

Ante la preeminencia epistémica de del cogito cartesiano, la exclusión del sujeto comporta una necesidad metodológica. El hombre sólo es cognoscible cuando queda reducido a un simple nudo de la red de sistemas y códigos que lo constituyen. La subjetividad es eclipsada —con sus enhiestas referencias— bajo los perfiles anónimos de una serie de actividades emergentes. Es una manera de deslastrarse de las ilusiones de la consciencia y la libertad. Esta forma de anti-subjetivismo coloca a la noción estructura en el centro de su método.

La estructura no supone una realidad empírica, es un principio explicativo basado en el simulacro de los hechos estudiados. El método estructural en su múltiples variaciones: trata de entrever las disposiciones internas que guardan entre sí un conjunto de elementos bajo parámetros de autorregulación y transformación (Piaget, 1999). Los problemas planteados no residen en la suma de elementos (principio atomista), sino en sus leyes de composición. Detrás de todas las relaciones observables se oculta una lógica intrínseca de forma y no de sustancia. Así los fenómenos son entendidos desde una globalidad de tramas subyacentes o inconscientes.

Procedimientos básicos del método estructural

Las siguientes fases articulan una adaptación del método estructural a los requerimientos formales de la investigación. No se apega a una referencia específica o manual.

- a. *Fase-I-Dilucidación sistémica*: Distinguir los elementos que intervienen en un sistema de relaciones y agruparlos a partir de referentes modélicos.
- b. *Fase-II-Tipología relacional*: Mostrar los tipos de relaciones que se dan entre los elementos de mayor relevancia funcional (traslación entre tropos analógico y modelos primarios).

- c. *Fase-III-Categorización morfológica*: Categorizar las diversas configuraciones externas (formas) que adoptan los elementos que integran el cuadro de relaciones estructurales.
- d. *Fase-IV-Diagramación operativa*: Debelar los patrones operativos de cada uno de los elementos que intervienen dentro del sistema de relaciones y entrever sus parámetros de consistencia funcional.
- e. *Fase-V-Esquemización de códigos*: Diseñar un esquema parcial que permita explicar las reglas y códigos que intervienen en la estructura operativa.
- f. *Fase-VI-Mapa de diseminación*: Elaborar una cartografía conceptual que permita localizar los espacios epistémicos sobre los cuales se han diseminado cada uno de los elementos.
- g. *Fase-VII-Confirmación de persistencia*: Precisar —mediante parámetros sincrónicos— el grado de persistencia de los referentes modélicos que intervienen en la operatividad de la estructura.
- h. *Fase-VIII-Patrones de inestabilidades*: Determinar los patrones de respuesta que desarrollan los elementos estructurales frente los peligros y contingencia de su propia dinámica procesual.
- i. *Fase-IX-Cuadratura de simultaneidad*: Realizar un cuadro diagramático donde se precisen las diversas configuraciones externas que operan de manera simultánea en una misma espacialidad epistémica.
- j. *Fase-X-Radiografía estructural*: Poner de manifiesto las estructuras subyacentes (o inconscientes) que posibilitan el esquema de relaciones que engranan a la globalidad del sistema.

CAPÍTULO IV

Ingeniería social de la temporalidad

La sociedad moderna desplegó un andamio de procedimientos cuyo diseño ha sido ejercer una coacción programática sobre la intelección operativa del devenir. La ininterrumpida transformación de los entes orgánicos e inorgánicos terminó siendo plegada a la prefiguración óptica de una línea de códigos superpuestos. La revolución industrial y la sociedad capitalista acondicionaron múltiples cautiverios morfo-temporales donde se han codificado las estructuras praxiológicas que rigen la percepción sintética de la realidad. Una incesante translación de sentidos reviste a las inscripciones metafóricas y las formaciones arquetipales de un proceso de temporalización ingenieril de los cuerpos. La temporalidad fue secularizada para supeditarse a los organigramas funcionales de la ingeniería social y las relaciones de poder.

La ingeniería social de la temporalidad patentiza la configuración sistémica de las morfologías temporales que prefiguran y prescriben los procedimientos conjuntivos de la vida moderna. Los ritmos maquínicos e informáticos de los complejos tecno-científicos acoplan a los sujetos a las estructuras praxiológicas de ciertos regímenes de trabajo y consumo. Los patrones de desplazamiento de las unidades corporales emulan los referentes modélicos de un compendio de aspiraciones bélicas y productivas. Las tendencias desiderativas devienen de la canalización direccional de las disposiciones volitivas conforme a los requerimientos parciales del mercado de consumidores. Diversos campos operativos de la trama socio-histórica confeccionan los tejidos discursivos que definen al entramado metafórico-arquetipal del pasado, el presente y el futuro. Los cuerpos viven temporalizados por los núcleos configurativos de una serie de *espacios semióticos* en los cuales se movilizan las diversas entelequias asociadas al tiempo.

Los cuerpos pliegan sus funciones fisiológicas a la línea de códigos de una temporalidad ilusoria, oclusiva y envolvente. Los procedimientos requeridos para

logar temporalizar a estas unidades corporales se sostienen en la siguiente sucesión algorítmica: 1) *Cosificación ingenieril*: implica el desarrollo de un procesos de diagramación operacional donde los sujetos quedan reducidos al nivel más extremo de su condición óptica: *la coseidad*. El “Ser” desaparece en la taxonomía de una serie de entes expuestos a esquemáticas prefiguraciones societales. 2) *Temporalización ingenieril*: supone la articulación sintagmática de una serie esquemas temporarios que procuran prescribir la existencia orgánica de los entes-humanos. La “soberanía” se desintegra en la espectralidad de un conglomerado de preceptos rítmicos, perceptivos y direccionales. La relatividad del tiempo social es aprovechada para modular los procedimientos conjuntivos de un numero *in extenso* de esferas individuales y colectivas.

El proceso de temporalización ingenieril de los cuerpos se desplaza en dos dimensiones neurológicas integradas entre sí: *mentes individuales* y *mentes colectivas*. Las primeras están situadas en las interacciones electroquímicas del cerebro en el cual se emplaza la conciencia orgánica de las unidades corporales. Las segundas se apoyan en el plexo de relaciones estructurales que subyacen a los vínculos asociativos y divergentes de las redes constitutivas del poder social. Una cognición general prorrumpe en la sinopsis simbólica de las operaciones isomórficas de la cronoplasia y sus derivaciones corpóreas. La duración de los procesos conscientes e inconscientes pasa a manos del control planificado de una profusa hilación de mecanismo procedimentales.

El control planificado de los regímenes de duración ejecutados por la ingeniería social de la temporalidad se encuentra vertebrados en una serie de mecanismos con diversos planos programáticos, dimensionales y graduales. El desarrollo de tales procedimientos se orienta en función de los objetivos focales de la cronoplasia. Los principales escenarios operativos pueden ser diagramados en el orden subsiguiente:

a. Condiciones inducidas

Las condiciones inducidas son tramas circunstanciales destinadas a transfigurar la percepción temporal mediante tres escenarios esenciales: 1) *Programación crisisológica*: afectación programática de los procedimientos conjuntivos de la operatividad social por medio de tácticas desestabilizadoras que propician disrupciones abruptas en los ritmos productivos, las tendencias de consumo y la direccionalidad histórica. 2) *Proliferación tecnológica*: propagación sistémica de gadget y artefactos técnicos con el objetivo de propiciar modificaciones perceptivas y cambios de sentido en los flujos temporarios de los movimientos de conjunto. 3) *Re-configuración ambiental*: transformación planificada de las condiciones del soporte físico-natural a través de procesos de erosión antrópica y usos de agentes perturbadores de los dinamismos internos de la materia (campo microfísico).

b. Reglamentaciones organizativas

Las reglamentaciones organizativas compaginan un conjunto de instrucciones apegadas a los parámetros temporales de una articulación supra-orgánica bajo un trinomio dimensional con vínculos mutuos: 1) *Dimensión social*: Compendio de reglas y preceptos temporarios que integran la cohesión estandarizada de una sociedad específica a partir de elevados patrones de sinergia operativa. 2) *Dimensión laboral*: andamio de pautas y estatutos que articulan el control de la sucesión de procedimientos efectuados por las corporeidades situadas en un espacio productivo o administrativo. 3) *Dimensión intrínseca*: línea de códigos ónticos instalada en la intimidad de los sujetos como parte de una parodia de estructuras transversales que escapan de cualquier ejercicio introspectivo.

c. Inoculación química

La inoculación química constituye la introducción de componentes químicos en los cuerpos para reconfigurar y distorsionar las formas de percibir

la duración empleando tres modalidades esenciales: 1) *Modo involuntario*: operaciones experimentales cuyo propósito es generar reacciones corporales capaces de modificar nociones tempestivas de la conciencia orgánica de los sujetos sin su consentimiento. 2) *Modo voluntario*: manifestaciones relacionadas con el tráfico de sustancias en un circuito de voliciones interpersonales emplazadas en intercambios culturales, recreativos y económicos. 3) *Modo imperceptible*: procedimientos subrepticios que intentan alterar las interacciones químicas de las unidades corporales amén de afectar sus ritmos fisiológicos y cambiar su percepción del tiempo.

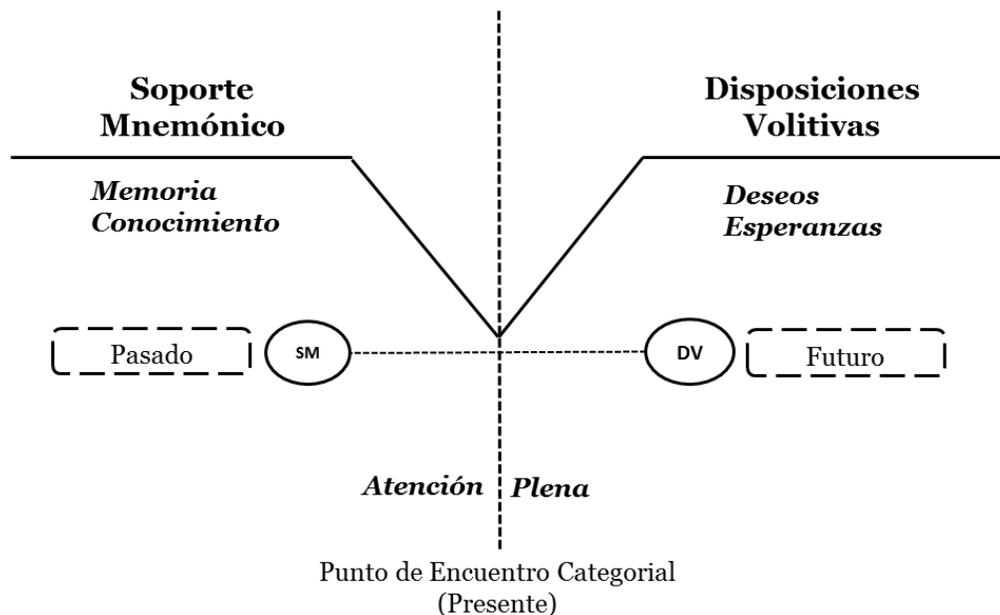
d. *Simulaciones programáticas*

Las simulaciones programáticas escenifican una suplantación progresiva de lo real —apoyada sobre la relatividad social del tiempo— mediante una profusión de virtualidades hiperreales que desarrollan tres grados fundamentales: 1) *Simulación mediática (1° grado)*: dinámicas procesuales construidas a partir de los modelos virtuales difundidos por los medios de comunicación masivos como la televisión y las redes digitales 2) *Simulación inmersiva (2° grado)*: mundos paralelos estructurados por medio de la creación de entornos avanzados de animación 3D y realidad aumentada. 3) *Simulación neuro-interactiva (3° grado)*: metaversos proyectados a través de las interacciones dinámicas de una interfaz cerebro-ordenado.

Los mecanismos de la temporalización ingenieril de los cuerpos delimitan la línea de códigos de la cronoplasia a partir de dos ejes neurológicos: 1) *Soporte Mnemónico (SM)*: superficie donde reside la memoria y el conocimiento bajo la disyunción desiderativa: exaltación/omisión. 2) *Disposiciones volitivas*: abismo en el cual flotan los deseos y la esperanza en función de la dualidad: atracción/repulsión. Estos polos representan el diagrama básico de las intervenciones efectuadas sobre las interacciones electroquímicas de la conciencia orgánica de los sujetos con el propósito de controlar

su manera de vivir el tiempo. En estos campos orbitan los enlaces del marco categorial de la temporalidad (SM=Pasado – DV=Futuro) para patentar la sujeción de los entes-humanos a una morfología temporal específica.

Los enlaces del marco categorial de la temporalidad tienen tratamientos exclusivos dentro de los procedimientos focales de la ingeniería social. El pasado es manipulado a partir de la afectación directa de los sistemas de la memoria y el conocimiento (soporte mnemónico). El futuro es direccionado mediante la construcción programática de las estructuras del deseo y la esperanza (disposiciones volitivas). La tensión entre estos dos polos define la manera de vivir y concebir al eterno presente (habidad de la presencia). Estas dimensiones entrelazadas son afinadas para cumplir las demandas inherentes a los principios isomórficos de la modelación de los sujetos.



La cronoplasia —al ser el leitmotiv de la ingeniería social— se manifiesta como un mosaico de isomorfismos cimentados en principios de modelación simbólica y operativa. Los sujetos están destinados a ajustarse a las disposiciones funcionales de la morfología temporales al tratar de emular (no siempre con éxito) las construcciones identitarias y las estructuras praxiológicas de ciertos modelos metafórico-referenciales (ejemplo: el hombre-máquina). Los referentes modélicos emergidos de la tecnificación

de los procesos productivos han traslucido las aspiraciones post-antropológicas de una dimensión performativa (la lógica meta-humana). La semiosis de estas prácticas ingenieriles signa los patrones de desplazamiento y los ritmos productivos de las unidades corporales. El devenir es afrontado a través de los cómputos de este diseño instrumental.

La ingeniería social de la temporalidad coloca a las morfologías temporales como elementos medulares en el diseño sistémico e instrumental de los modos de afrontar al devenir. El paso de *lo-mismo* a *lo-otro* es configurado en un tejido inter-ejecutor de acciones programáticas (superficie discursiva) que están supeditadas a las operaciones concretas de la organización funcional de los cuerpos. La temporalización ingenieril gesta la articulación mórfica de instantes que producen unidades de sentido encima de los diversos puntos de una red *in extensa* de relaciones de fuerza con estertores modélicos y analógicos. Los sistemas de administración laboral, los centros de coordinación temporal, los complejos tecno-científicos, los *mass-media* y los laboratorios de control societal encarnan los principales espacios de acción de esta dinámica procesual. En este universo de aplicaciones multifocales se hilan los filtros perceptivos de la realidad en consonancia con las mutaciones, rupturas y regresiones de un entramado metafórico-arquetipal.

Morfologías temporales

La representación social del devenir es el molde abstracto y el límite formal que ha emergido del entramado metafórico-arquetipal donde se soporta la multiformidad relativa del tiempo. Las morfologías temporales son una síntesis estructural destinada a articular y predeterminar las múltiples traslaciones de sentido de los movimientos de conjunto. Estas manifestaciones figurativas condicionan la direccionalidad histórica y los ritmos productivos en correspondencia con un difuso juego de intensidades programáticas. Las nociones proyectivas y los algoritmos operativos inducen una copulación modélico-analógica sobre los cuales se erigen los sistemas de oclusión de la consciencia orgánica de las unidades corporales. El accionar rutinario de los sujetos termina asfixiado y prefigurado por los cautiverios mentales de la temporalidad.

La agrupación de elementos que integran a las morfologías temporales prescriben el desarrollo aleatorio de los acontecimientos según la formalidad asfixiante de un plexo de tramas contingenciales. El caos perpetuo del devenir es dotado de cualidades ónticas (es) gracias a la abstracción estructural del tiempo y a la delimitación direccional de la temporalidad en concomitancia con los más avanzados programas de ingeniería social. La cronoplasia materializa la causa final de una compleja distribución de signos analógicos y categorías tempestivas que juegan con la inmediatez de la experiencia sensible. La conversión mórfica de los sujetos representa el punto de culminación de esta vasta colocación de signos en el sostén minimalista de los arquetipos abstractos. La modelación simbólica de las corporeidades esgrime sus estertores funcionales empleando los esquemas de dirección habilitados por el carácter cerrado e ilusorio de las concepciones temporarias (campo de aplicación cibernética).

La configuración de los esquemas de dirección de la temporalidad acometen sus propósitos subrepticios en tres planos formales: 1) *Formas explícitas*: representaciones realizadas mediante una serie de iconografías que componen las entrañas del imaginario societal bajo el éxtasis de un impulso fetichista 2) *Formas implícitas*: figuraciones efectuadas a través de una concatenación de enunciados que subyacen a la operatividad de los movimientos de conjuntos y son debelados sólo por intelección crítica. 3) *Formas simuladas*: ficciones desarrolladas en la espectralidad intempestiva de los procedimientos conjuntivos de una determinada sociedad en contraste con el desborde de una realidad digna de suplantar o negar. Los cautiverios morfo-temporales están emplazados en el despliegue simultáneo y sigiloso de este tridente dimensional con efectos pocas veces apegados a la lógica de una imputación causal.

El desarrollo de las morfologías temporales se encuentra inscripto en la fractalidad de un impredecible y paradójico diagrama configurativo. Las ampliaciones comportan la generalización proyectiva de una forma ensayada a escala reducida por los territorios experimentales de la ingeniería social. Las reducciones dilucidar las expresiones nano-dimensionales de la degeneración arquetipal de una composición morfológica sustraída de la esfera global. Este proceso contingencial eclosiona de las rupturas y re-

configuraciones de una profusión de relaciones integradas a la interpretación de los cambios inherentes a la existencia material. Un rizoma fractal brota de una cadena de significados dotada de la profunda fragilidad epistémica de la planicie espectral donde los cuerpos son adjetivados y conceptualizados.

La fractalidad rizomática de las morfologías temporales —al provenir del entramado metafórico-arquetipal de la ingeniería social— cultiva relaciones epistémicas signadas por una espectralidad dual. Las figuras enunciativas que emergen de esta dinámica procesual se encuentran determinadas por los adjetivos instrumentales y disolutivos de su prefiguración óptica. Una pléyade de imágenes interfectas se desocultan en dos planos espectrales:

Primer plano espectral

a. Cuerpos-sujetados (ángulo- I)

Los cuerpos-sujetados son sistemas orgánicos configurados por el ámbito relacional en el cual se encuentran insertos y atrapados. Están sometidos al destino preestablecido por los adjetivos copulativos que definen a la totalidad de su condición óptica a partir de las variantes del adjetivo nodal: “-sujetado”. La vida de esta conjunción de órganos se encuentra ajustada a un plexo de fuerzas transversales que toman la existencia como perenne abstricción. Han sido consecuencia del acoplamiento extremo a los más rígidos parámetros de la temporalización ingenieril y la operatividad social.

b. Sujetos constituidos (ángulo-II)

Los sujetos constituidos son espectros corporales (individuales y colectivos) supeditados a un conjunto de determinaciones estructurales que frustran sus pretensiones de soberanía. Se encuentra expuestos y propensos a perecer en un piélago de condicionamientos anulativos. La irrealidad de sus proyecciones históricas les ha condenado a ser siempre pacientes y nunca agentes de las

dinámicas procesuales de la sociedad moderna. Viven ajustados y ceñidos al espacio semiótico que engloba a los predicados ónticos de una un determinado cautiverios morfo-temporales.

Segundo plano espectral

c. *Entes-humanos (ángulo I)*

Los entes-humanos representan la condición existencial del hombre en un diagrama de cosificación y temporalización ingenieril. La noción de “Ser” sólo queda como una figura fantasmagórica e intranscendente de su indefectible estado de coseidad (cualidad de ente). La materialidad de estos sustratos conceptuales se encuentra deslastrada de las entelequias históricas del “animal racional” y el “sujeto soberano”. Aglutinan las diversas transformaciones de un mamífero bípedo consumido en la temporalidad de su propio desarrollo técnico y societal.

d. *Entidades anuladas (ángulo II)*

Las entidades anuladas simbolizan las unidades corporales sustraídas de su condición humana y limitadas al orden prescriptivo de sus procesos fisiológicos (comer, defecar, copular, etc.) La existencia de estos remanentes ontológicos se desintegra en los perfiles anónimos de la nulidad agencial y la carencia de disposiciones volitivas. La totalidad de su praxis vital se desarrolla si potencia orgánica ni capacidades resolutivas. Divagan en acciones que se consumen en los aluviones letárgicos generados por una serie de anillos petrificantes.

Los tejidos discursivos de las morfologías temporales están hilados con un modo de colocación específico que se adecua a las finalidades implícitas en las redes epistémicas y las relaciones de poder en los cuales están insertos. Las estructuras de la temporalidad poseen un orden y una disposición reducibles a un aspecto medular en la semiosis del

tacto: *la textura*. El entramado metafórico-arquetipal texturiza la organización de los fenómenos tempestivos en distintos eje configurativos. La dualidad formal de la composición material contrapone a las metáforas vinculadas al imaginario de lo duro y lo blando. La sensibilidad táctil —en el otro extremo— contrasta las reacciones corporales (modelo cibernético) ante lo áspero y lo suave. El tiempo es metaforizado desde la sensibilidad estética de las situaciones concretas proyectas en la síntesis social del devenir histórico.

Composición material

Textura	Estructura referencial	Concepción del tiempo
<i>Lo duro</i>	Cuerpo de estructura sólida que dificulta la adquisición de una nueva forma.	Tiempo severo signado por enfoques austeros y movimientos rigurosos que se enmarcan en el orden de una cadena de procesos predeterminados.
<i>Lo dúctil</i>	Soporte endeble que admite colosales deformaciones y es extensible de manera mecánica.	Tiempo blando marcado por instantes escurridizos y un devenir distorsionado.

Sensibilidad táctil

Textura	Estructura referencial	Concepción del tiempo
<i>Lo áspero</i>	Superficie desigual que genera un estado de crispación corporal.	Tiempo escabroso propio de un devenir tempestuoso y desapacible.
<i>Lo suave</i>	Extensión lisa y blanda que suele ser grata a los sentidos.	Tiempo apacible compuesto por los movimientos lentos y moderados de una suerte de parsimonia fisiológica.

La estética de las morfologías temporales dilucida la sensibilidad simbólica de las mentes colectivas frente al paso frenético e indefectible del devenir. La variabilidad inmanente de los fenómenos hospeda representaciones revestidas de la positividad y la negatividad del tiempo. Las circunstancias históricas y las condiciones epistémicas ocasionan que la temporalidad oscile siempre entre lo apacible y lo terrorífico. El entramado metafórico-arquetipal no está al margen de la producción social e individual de respuesta neurológicas. Estas operaciones semióticas del cautiverio morfo-temporal estimulan y alteran los estados emocionales de las multitudes en función de la propagación de cierto tipo de acontecimientos.

Las morfologías temporales eclosionan como nociones prescriptivas que posibilitan y limitan el curso aleatorio de los acontecimientos. La forma condiciona y prefigura al contenido (lo acaecido) al despojarlo de cualquier rastro de espontaneidad vacía. El carácter multiforme del tiempo apisona a los hechos históricos en la agrupación de conjuntos seriales de una espacialidad epistémica con amplios márgenes de incidencia en la cadena de significado. Múltiples signos son articulados dentro los tejidos germinativos de una profilaxis de inscripciones metafóricas y formaciones arquetipales. Las repercusiones ontológicas de este panorama se tambalean en una inquietante e imperceptible conflagración de significados.

Ontología del sujeto temporalizado

En ontología del sujeto temporalizado el "Ser" simboliza una redundante y superflua derivación estructural. La presencia del Ente en el devenir ha emergido del plexo de relaciones operativas y funcionales de las morfologías temporales. La ingeniería social programa la línea de códigos que instrumentalizan a los cuerpos atrapados en los sistemas de oclusión de la morfo-temporalidad. Lo óntico (lo que es) se moviliza en todos los esquinales de la existencia para forzar la impersonalidad temporaria de los entes-humanos. Los proyectos hermenéuticos y ontológicos quedan deshabilitados por esta superficie de porosidades conceptuales.

El sujeto temporalizado padece la inestabilidad conceptual que implica estar desprovisto de las bondades del Ser y verse obligado a divagar en los adjetivos prescriptos por los atributos móviles del Ente. La temporalización ingenieril condena a los cuerpos-sujetados a vivir como entes proclives a quedar despojadas de sus cualidades antropológicas. Los abismos estructurales donde orbitan las entidades anuladas se muestra en el horizonte codificado de las tramas existenciales. No hay espacios para la autenticidad ni la libertad en las turbulencias de un inexorable panorama de parajes impersonales. La angustia del "yo" sede ante la rigidez de la tercera persona (predominio del "se") bajo el auspicio de un tiempo relativo y paradójico.

Los sistemas de ocusión de las morfologías temporales despersonalizan las introyecciones de los entes humanos y artificiales (elementos equiparables). El "Ser" se desvanece en los mensajes encriptados de un conjunto de reglamentaciones metódicas y sistémicas. El proyecto ontológico de Heidegger (1997) es susceptible a declinar ante un sinfín de algoritmos subrepticios. El *Dasein* pierde su capacidad de interrogar al sentido ante los aspavientos tempestuosos de un cumulo de trajines cotidianos inscritos en las mutaciones mórficos de una determinada temporalidad. El drama del tiempo no tiene por límite a la muerte sino a la composición morfológica en la cual se representa su espasmódico desenvolvimiento.

La temporalidad es para Heidegger (1997) el horizonte del Ser que trabaja suspendida a la brecha entre la culpabilidad insuperable (pasado) y el recuerdo de la finitud (futuro). La existencia del hombre está condenada a desenvolverse bajo el límite de su presencia en el mundo: la angustia generada por la muerte. La posibilidad indefectible de morir (ser-para-muerte) compagina el sentido último de la trama existencial del *Dasein*. Lo temporal parece definirse sólo por interpretación angustiada de un inexorable final que escapa de la intelección interrogativa del resto de los entes. Sin embargo, cualquier deconstrucción ontológica estaría incompleta si se olvida la línea de códigos donde se emplaza cualquier ejercicio hermenéutico sobre el tiempo (operación mental siempre ambigua).

Antes de proseguir con la ontología del sujeto temporalizado, es perentorio afectar un contraste de nociones contrapuestas con miras a una ulterior suplantación de significados. Las concepciones sobre el "Ser" colisionan en los siguientes extremos deconstructivos:

a. *Dasein (ser-ahí)*

En el *Dasein* la existencia como proyecto arrojado y finito que tiene a la "libertad" como esencia última (concepto nuclear de Heidegger). Está deslastrado de los modelos y esquemas preestablecidos. La temporalidad se encuentra dinamizada por la angustia de la muerte. La mundanidad (estar-en-el-mundo) es el sentido dominante y la experiencia originaria donde todo adquiere significado. Lo existenciario se des-oculta en la profundidad de una constantes que se contrasta con el carácter superficial y variable de lo existencial (cualidad óptica).

b. *Codiert-sein (ser-codificado)*

El *Codiert-sin* encarna la persistencia de un programa encriptado y parcial que tiene a la adjetivación como elemento inmanente. Está plegado a un plexo de relaciones de poder con matices configurativos e ilusorios. Lo temporal se haya determinado por su composición morfológica. *Estar-en-el-mundo* implica —de facto— insertarse en una línea de códigos con las variadas predisposiciones ópticas (lo que es) que anteceden a la existencia. Los espectros existenciaros de la fenomenología heideggeriana son transcendidos por las operaciones mentales de una deconstrucción estructural sin obnubilaciones existenciales.

La ontología del sujeto temporalizado —en un horizonte estructural— requiere suplantar la noción de *Dasein* por *Codiert-sein*. La existencia no precede a la esencia —como pensaba Heidegger (2009)— ni es fuente de sentido fuera de los modelos preestablecidos y las analogías constitutivas. El problema central del tiempo no reside en la angustia existencial de “estar-en-el-mundo” bajo e atisbo de la muerte. Esta concepción puede variar según la morfología temporal en la cual está incrustada la

consciencia orgánica y artificial (modalidades siempre filiales). La problemática medular se encuentra en la lógica de encontrarse en una serie de claustros ilusorios que se edifican sobre una línea de códigos ópticos. El "Ser" (humano) antes de divagar en la quimérica libertad de un proyecto arrojado, es primero codificado por los núcleos configurativos de la ingeniería social.

El segundo Heidegger (2009) —en la etapa de *Zeit und sein*— radicalizó la idea de pensar al Ser sin el Ente. El tiempo (al igual que el Ser) no "es", "se-da" fuera de cualquier definición óptica. El pensador alemán establecía una retirada en favor del *Don* como atributo referencial de los entes. Lo temporal destina a la historia como ofrenda al pasado y recusación del futuro en un acto de regalía que preserva la presencia del *Dasein* en un acontecimiento apropiador. Pero el tardío análisis heideggeriano no puede avizorar que "la donación" sólo una metáfora pasajera de una determinada serie morfológica. La acción de "dar" (sin retorno) está siempre apegada a una forma que le antecede y posibilita su despliegue discursivo.

Un aluvión de formas temporales prefigura y regula los filtros perceptivos de los entes-humanos frente a una realidad cambiante y en constante flujo de interacciones. La presencia de los entes en el mundo circundante sólo puede ser organizada desde los códigos ópticos de la temporalidad. Los cuerpos —noción que hace temblar al proyecto ontológico— quedan signados por las estructuras operativas de un *Codiert-sein* que imposibilita la autenticidad espectral del *Dasein*. Una esencia impersonal invade hasta las esferas más singulares y profundas de la interioridad de los sujetos. Lo estructural se coloca por encima de las angustias existenciales de un Ser condenado a quedar expropiado de sus "atributos esenciales" y desaparecer en una combinación de signos normativos.

El Ser es un sustrato codificado por las relaciones de fuerza y los redes epistémicas que definen a la trama socio-histórica. El *Dasein* —lejos de cualquier condena a la libertad— disuelve su presencia a través de una serie de códigos superpuestos que condicionan y prefiguran su estadía en el mundo. El *Codiert-sein* encarna la expresión más radical y fidedigna de una existencia estructurada por la lógica formal de una

contorción de esquemas apriorísticos. Los entes mundanos están prescriptos por las múltiples analogías y modelos primarios de la constelación intercambios semióticos de la temporalidad. Un aljibe de significados pretéritos des-oculta los sentidos implícitos en las designaciones metafóricas y arquetípicas del tiempo.

La dualidad intrínseca del *Tempus*

Las reglas internas del discurso de la temporalidad connotan un influjo metafórico y arquetípico que orbitan en la dimensión más profunda del inconsciente semántico. Nietzsche (1996) demostró como las palabras son arcaicas metáforas olvidadas por el devenir histórico. Una multiplicidad de definiciones subyacentes persiste en el silencio dejado en la continua e indetenible germinación de nuevas terminologías. Los segmentos discursivos de las morfologías temporales copulan en la superficie semiótica y espectral de ciertas espacialidades epistémicas. Empero, estos despliegues enunciativos se construyen a partir de los campos mórficos y los verbos relegados en el olvido de la cadena de significados.

El término latino *Tempus* es uno de los étimos de mayor riqueza semántica en el análisis subterráneo de las morfologías temporales. El entramado metafórico-arquetipal encuentra múltiples enclaves en los componentes internos y asociativos de este término arcaico. El sintagma de esta noción etimológica está vinculada la “*temperatura*”, “*la tempestad*” (asociación trabajada por Benveniste) y “*el arte de tentar.*” Los niveles calóricos, la fuerza de los vientos tormentosos y el ejercicio de la instigación se combinan como metáforas implícitas en la interioridad del significado. Los ánimos se agitan frente al cumulo de potencias transgresoras y temerarias del inconsciente semántico que dinamiza las pulsiones enunciativas de la temporalidad.

El inconsciente semántico del tiempo latino desarrolla alianzas y batallas en la interioridad más remota de su ambiguo significado. El *Tempus* es una derivación de dos verbos contrapuestos de la lengua griega: *Teino* y *Temno*. Uno denota la acción de tender y estirar mientras el otro profiere el acto de cortar o escindir. Los contrastes de esta dualidad de acciones serán influyente en la configuración aleatoria y programática

de las morfologías temporales. No se trata de especular sobre una posible afinidad secreta con el Kairós griego como lo hace Marrameo (2008) con argumentos dignos de considerar. Lo fundamental es des-ocultar las estructuras subyacentes sobre las que se soportan los arquetipos abstractos y analógicos de la temporalidad.

La dualidad intrínseca del *Tempus* compagina una notable influencia subrepticia en el acondicionamiento de los cautiverios morfo-temporales. Es un elemento inconsciente que se sirve de base a las construcciones del imaginario colectivo. En consecuencia, la deconstrucción ontológica del sujeto temporalizado exige una oportuna distinción dual:

a. Teino

El tiempo —bajo el dominio inconsciente del *Teino*— aparece como elemento continuo y tenso (Corominas J, 1974). Es filial de la larga duración y la alta tensión narrativa. Las acciones quedan confinadas al arte de estirar el desarrollo de una determinada dinámica procesual. Es un emulo del imaginario extendido de Aión y sus reminiscencias eónicas. El marco categorial de la temporalidad se sostiene mediante una compleja unidad de sentido.

La temporalidad está orientada hacia la evolución y el crecimiento constante del Ser (plegado una imagen trascendental). Es propicio para la germinación controlada y el desenvolvimiento progresivo de una obra específica. El carácter tensional del *Teino* procura ocupar la mayor cantidad de tiempo posible para preparar y desplegar el desarrollo de un determinado Ente. Acomete un incremento obstinado y persistente de fuerzas entretejidas.

b. Temno:

El tiempo —bajo el dominio inconsciente del *Teino*— desfila como un elemento discontinuo y fracturado (Corominas J, 1974). Busca la mutilación de la duración y la desintegración de la tensión narrativa. El accionar termina definido por la fragmentación de elementos que comportan continuidad. Es un antagonista de Aión y de cualquier pretensión trascendental. El marco

categorial de temporalidad suele mostrar su fragilidad ante la descomposición de las unidades de sentido.

La temporalidad está volcada hacia la interrupción y la atomización de la presencia del Ser (condenado a la intermitencia). Es idóneo para la mezcla aleatoria y la transferencia instantánea de elementos puntuales. El carácter incisivo del *Temno* intenta acortar la amplitud temporal para dividir y separar el desenvolvimiento de los entes. Persigue el despliegue discontinuo y efímero de un contingente de potencias interconectadas.

El *Tempus* adquiere una mayor dimensión analítica cuando es concatenado con el inconsciente semántico de la trama existencial. La palabra existencia —y otros términos asociados a la -sistencia— se desprenden del verbo latino *Sistere* cuyo significado primordial es "*situar*" o "*colocar*" (Roca M, 2013). Existir supone posicionarse en la duración para mantearse como constante en el flujo de interacciones del devenir. En el dominio del *Teino* el sujeto se sitúa en una línea tensa o curva que trabaja en función de una dinámica propia de la per-sistencia: sostener una acción durante un tiempo prolongado (motor de la constancia). En el territorio del *Temno* es des-colocado en una tormenta de instantes fragmentarios donde se patenta la *disistencia*: estar fuera de sitio (motor de la disociación). Las circunstancias que afectan el decurso de la trama socio-histórica están ceñidos a las permanentes contorsiones de esta enigmática inscripción dual.

En la sociedad moderna el *Tempus* integra una dualidad de potencias que copulan y colisionan en diversas redes epistémicas para condicionar la posibilidad de *situarse* o *colocarse* en un mundo cambiante (*Sistere*). La hegemonía de *Teino* despliega la duración progresiva y evolutiva de la linealidad. El emplazamiento hegemónico del *Temno* compagina una segmentación de los instantes puntuales. La existencia queda polarizada en cualquiera de estos escenarios sin mayores posibilidades de escapar de su dinámica oclusiva e inestable. Estos polos inconscientes comparten subunidades que en ciertas circunstancias cooperan entre sí y en otras entran en un conflicto

asimétrico. La agrupación serial de las morfologías temporales parte —en un plano subyacente— de la preponderancia de uno de estos dos dominios paradójal.

Dominio del Teino

Morfologías Mecánicas

Sinopsis preliminar: Las morfologías mecánicas componen el esquema de movimiento y reposo del desarrollo tecnológico. Las innovaciones tecnológicas aspiran la precisión de las acciones y la superación de los límites humanos a través del dominio de las máquinas. La idea de eficacia operativa del trabajo se impone en un orden secuencial. La secuencialidad es dinamizada por los imperativos de la aceleración. Los movimientos acelerados conllevan a la idea de progreso social. El progresismo produce sujetos con movimientos mecanizados.

El reloj

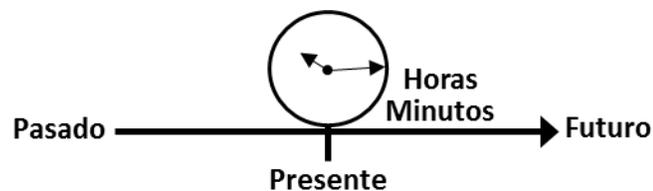
El reloj metaforizó una temporalidad mecanizada y regular. La regularidad de las piezas de relojería fue expresión de un tiempo preciso y en movimiento rectilíneo uniforme. La uniformidad concatenó al arquetipo de una circunferencia cuyo ciclo rueda sobre una línea recta sin retorno posible. El ritornelo quedó reducido a la circularidad de los desplazamientos del día en función de las horas y los minutos (reducción fractal). La abstracción de la rutina diaria patentó la extensión y la continuidad estandarizada del *Teino*. El *Temno* se subordinó en la división y en la segmentación numérica de los instantes.

La invención del reloj mecánico se inscribió en el siglo XIII con la función de organizar y determinar las horas de rezo de la vida monástica (Mumford, 1992). Del hermetismo y la disciplina de los monasterios fue transferido a las aperturas económicas de los mercaderes amén de cuantificar el tiempo de los viajes. La naciente burguesía del siglo XV pronto se hizo de piezas de relojería precisar y regular las jornadas de trabajo. En 1657 Huygens C (1723) desarrolló es sistema de oscilación pendular y en 1675 el muelle de espiral para las versiones de bolsillo. En el siglo XVII

se efectuó una ampliación semántica crucial: la inserción de “*minuto*” en concomitancia con la aparición de las palabras “*speed*” y “*puntual.*” La sustantividad de la palabra “*puntualidad*” se fija en el siglo XVIII y en 1800 “*el segundo*” es introducido para extremar el proceso de abstracción (Levine, 2006).

El régimen discursivo de la abstracción funcional y semántica del reloj mecánico obliteró la preocupación por la eternidad. Los espectros celestiales paradisíacos de lo eterno fueron suplantados por la exaltación del tiempo terrenal. La profanación de la temporalidad se cimentó en la precisión y la mensurabilidad de la máquina. Lo mesurable fue asociado con la objetividad y la serenidad científica. Los pensadores del siglo XVII —como una derivación de lo anterior— metaforizaron a la totalidad del universo como una simétrica y perfecta pieza de relojería. El mecanismo comenzó a diseminarse como arquetipo analógico de diversas manifestaciones enunciativas y procedimentales.

La memoria de la temporalidad del reloj mecánico terminó abstraída en la paradoja irreversible de una secuencia circular y repetitiva. La repetición regularizó la coordinación y la articulación de los acontecimientos del día. La rutina diaria engranó la cuantificación de los instantes e intervalos operativos del presente. Las acciones y labores de la presencia concreta se dotaron de un compás rítmico estandarizado e independiente de las referencias imprecisas de los ciclos naturales (superación del esquema de las sociedades tradicionales). La espontaneidad de la naturaleza fue sustituida por la rigidez del *tic-tac* que dinamizó la regularidad productiva del porvenir. Los deseos y la esperanza del futuro se sincronizaron en un dominio matemático y de duración finita.



El reloj mecánico introdujo la conciencia de finitud de la duración gracias a los segmentos discontinuos y homogéneos señalados por las agujas. Los engranajes (ruedas dentadas) y los puntos de relevo de los mecanismos de relojería condicionaron el desarrollo de una praxis secuencial. Las sucesiones ordenadas redujeron a los cuerpos a una serie de automatismos estandarizados. La fijación de los patrones operativos se enmarcó en una lucha contra los rodeos y vacilaciones humanas. Los sujetos fueron temporalizados por los emblemas de un rigor metódico y disciplinario. La disciplina y el adiestramiento social derivado de este proceso condujeron a la equiparación de los hombres con las máquinas.

En los estudios fisiológicos de Descartes (1985) las funciones y disposiciones orgánicas de los hombres eran comparables con “*los movimientos de un reloj u otro autómeta*” (p. 737). Los automatismos mecánicos se convirtieron en modelos y representaciones figurativas del cuerpo humano. En la era barroca las unidades corporales se plegaron a la mecanización formal de su organismo (isomorfismo simbólico). La equivalencia entre sistema de órganos y mecanismo de relojería preparó el terreno para la codificación performativa de la era industrial. El progreso de la industria capitalista se soportó en el ritmo y la sincronización operativa de las máquinas sobre la irregularidad de los entes-humanos. Las máquinas automáticas constituyeron la modelación operativa de la motricidad y la percepción de los sujetos insertos en las secuencias productivas (la cumbre del fordismo).

El ferrocarril

El ferrocarril metaforizó a una temporalidad progresiva y acelerada. La aceleración transfiguró al tiempo imponente y vehemente del desarrollo tecnológico. El progreso técnico afianzó la formación arquetipal de un desplazamiento lineal y unidireccional. La idea de una dirección única hilvanó la idea de un movimiento constante y vertiginoso. El vértigo de la velocidad propulsó las vibraciones de la alta tensión narrativa del *Teino*. El *Temno* se apegó a la propensión de romper y destruir lo estático (numen futurista).

En 1764 Jean Watts fabricó la primera máquina a vapor y colocó la piedra angular para una revolución industrial basada en el aprovechamiento de la energía térmica. El mundo industrializado se repotenció cuando en 1804 Richard Trevhitz construyó la primera locomotora. Los sistemas de rieles se convirtieron en emblemas de la aceleración mecánica y la tecnificación de la sociedad moderna. La cohesión social con el diseño de un tiempo unificado y sincronizado en la integración de estaciones. La conmutación de los ferrocarriles condujo a la consolidación de la linealidad y la universalidad histórica.

En el régimen discursivo de la temporalidad ferroviaria se dio una dicotomía entre lo *antiguo* y lo *moderno*. Las sociedades tradicionales quedaron sepultadas y excluidas del imaginario de la aceleración. Los desplazamientos acelerados de las máquinas arrastraron y superaron la lentitud orgánica. La fuerza motriz del caballo fue avasallada y suplantada por la locomotora. La propulsión locomotriz se inscribe en los símbolos de la evolución al ser “*heredera de las serpientes y los monstruos*” (Chevalier, 2001, p. 1017). La monstruosidad mecanizada de los trenes constituyó la aniquilación del espacio y la sobrevaloración del tiempo dinámico.

El pasado temporalidad ferroviaria se empequeñeció y se ocultó en el horizonte dejado atrás por la aceleración. Los movimientos acelerados indujeron al olvido y la aniquilación de las tradiciones sostenidas por siglos. Los saberes estatuidos se difuminaron y disiparon ante las altas velocidades del presente. La presencia fue superada y vulnerada por un avance constante. La constancia traslativa tradujo el viaje y el salto hacia un futuro óptimo. El porvenir se configuró mediante los deseos y la esperanza de las utopías mecánicas del progresismo decimonónico.



Las utopías mecanizadas advinieron con el desarrollo de las máquinas térmicas de combustión externa que buscaron acortar las distancias y trascender las barreras temporales. El ferrocarril “*se sacralizó como máquina del tiempo capaz de alcanzar más rápido el ansiado futuro en el presente*” (Chul-Han, 2016, p. 50) La rapidez producida por la presión de vapor fue transferida al despliegue de las unidades corporales con el pre-texto de un mejor porvenir. Los cuerpos terminaron plegados al esquema de los movimientos progresivos y acelerados. La aceleración de la motricidad orgánica alimentó el imaginario utópico y alegórico de las transformaciones radicales. Las revoluciones tecnológicas y políticas de la modernidad constituyeron a un sujeto movilizadado según patrones locomotrices.

En el lenguaje metafórico de Marx (2006): “*las revoluciones son la locomotora de la historia.*” (p. 622). Los cambios y transformaciones radicales emularon el empuje de la propulsión locomotriz. En la movilidad ferroviaria emergió parte de los códigos performativos de un sujeto capaz de revolucionar al sistema social (modelación simbólica). Los revolucionarios figuraron como cuerpos temporalizados en atención a una marcha unidireccional y veloz. La velocidad de estos agentes de cambio atentaba contra la parsimonia conservadora y la demora contemplativa. Contemplar la realidad era una actividad ajena a las unidades corporales modeladas conforme a las operaciones apresuradas y violentas del ferrocarril.

Morfologías Biológicas

Sinopsis preliminar: Las morfologías biológicas se desarrollan a partir del esquema del esquema de crecimiento y mudanzas del desarrollo orgánico. El perfeccionamiento de los sistemas de órganos es estratificado mediante el mito de las edades. Lo etario aparece como modelo de intelección histórica y teleológica. La fábula del progreso se estratifica desde una etapa de minoría de edad hasta una longevidad absoluta y conclusiva. Los cambios se efectúan de manera gradual y con apego a las “leyes de la

naturaleza.” La humanidad evoluciona de manera armónica hacia una instancia última donde los sujetos alcanzan un mayor nivel de consciencia y desarrollo racional.

Los estados etarios

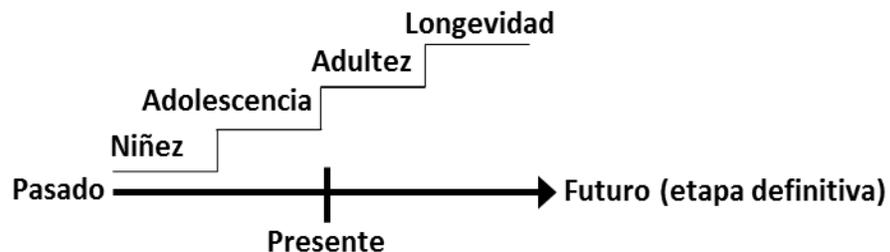
Los estados etarios meteorizaron a una temporalidad creciente y estratificada. La estratificación fue expresión del tiempo periódico y natural de las especulaciones de la filosofía de la historia. La trama socio-histórica se vio atinada por la formación arquetipal de una línea recta y ascendente. El ascenso se tradujo en un progreso paulatino y espontáneo. La espontaneidad compaginó con la maduración y el crecimiento de *Teino*. El *Temno* se limitó a señalar las discontinuidades cualitativas en el pasó de un estado a otro.

El auge de la filosofía de la historia posibilitó la visión de una temporalidad etaria. En Kant (2004) se manifestó en el paso de la “*minoría de edad*” a la entrada en la luz de la razón y la paz perpetua. En Hegel (2005) se expresó en el tránsito de la *niñez* de las civilizaciones orientales a la consolidación occidental del Espíritu Absoluto. En Comte (2004) se patentó en la evolución de un estado teológico donde predominaba la imaginación a una instancia positiva en la cual se imponía la observación objetiva y el pensamiento científico. Estas concepciones fueron precedidas por el esquema de mito de la *Tres Edades* figurado por Joaquín Fiore y denotan su secularización (La Pineda, 2006). El carácter secular de esta triada devino del optimismo engendrado por las revoluciones políticas del siglo XVIII y los avances de las ciencias naturales del siglo XIX.

En el régimen discursivo de la temporalidad etaria existió una separación entre el nuevo y el viejo mundo. La longevidad se convirtió en un requisito indispensable para entrar en la linealidad histórica. El ejemplo de las aserciones de Hegel resulta emblemática: “*América cae fuera de donde hasta ahora ha tenido lugar la historia universal.*” (p. 16). La universalidad suponía una unilateralidad que excluía y encubría a los pueblos con formas de vida distintos a los de la racionalidad occidental. La Razón pasó a ser signo de madurez y superioridad espiritual. El espíritu de Occidente legitimó

su hegemonía militar y cultural por la “autoridad” que le otorgaba la experiencia adquirida durante procesos prolongados.

La temporalidad etaria tradujo un pasado signado por la minoría de edad y la inmadurez. El pretérito inmaduro comportó el recuerdo de una etapa inferior en la cual dominaba la subjetividad y la imaginación. La inferioridad era superada por la idea de un presente en tránsito permanente y ordenado hacia una fase definitiva. La última etapa orbitaba en la semiosis analógica y modélica del *número tres*. Surgió el espectro mitológico de una *Tercera Era* donde reinaría la madurez y la perfección de la Razón. La racionalidad se afianzaba en la consumación absoluta de utopías científicas e institucionales.



La racionalidad de la temporalidad estaría germinada y crecía en un desarrollo natural. La naturaleza evocó un tiempo de crecimiento y maduración. La madures expresó el saber acumulado y perfeccionado durante generaciones. La historia germinaba de una etapa de simplicidad y salvajismo al orden armónico del porvenir. "*Esa lógica consiste en la subordinación del primer estado al segundo y de éste al tercero*" (La Pineda, 2006 p. 172) En las proyecciones de una *Tercera Era* el cuerpo se reducía al cúmulo de prescripciones morales y normativas de una nueva estirpe de hombre.

El *número tres* se encuentra asociado con procesos de transformación radical de los sujetos. La *tercera era* (germen de la fase definitiva) implicó la reconstrucción y el desarrollo de una humanidad renovada. La madures y la longevidad del *último estadio* —en sus diversas manifestaciones— tradujo el imaginario moderno del “*homo novus*”. Este sujeto connotó la figura de la rectitud moral y civil del orden racional. La

racionalización suponía la configuración de una existencia metódica y objetiva que se alejase de la irracionalidad pretérita.

El organismo vivo

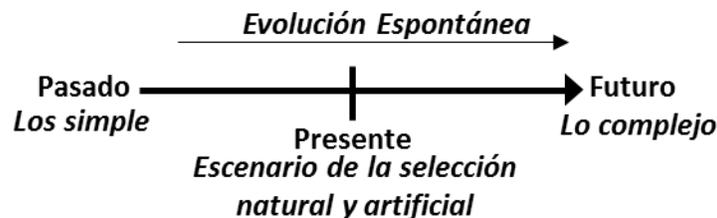
El organismo vivo metaforizó a una temporalidad gradual y evolutiva. La evolución fue imagen de un tiempo orgánico y en continuo desarrollo. La continuidad se desplazó sobre la formación arquetipal de una línea recta en crecimientos constante a pesar de algunas tendencias decrecientes. La linealidad soportó el desenvolvimiento aleatoria de un proceso adaptativo y de supervivencia. La adaptación connotó la demora y la preparación prolongada de características propias del *Teino*. El *Temno* se manifestó de manera difusa en la neutralización y la supresión de los obstáculos de la evolución.

La proliferación de los conceptos de la biología del siglo XIX ayudó a construir el entramado metafórico-arquetipal de la temporalidad orgánica. En 1859 Darwin C (2005) publicó *El Origen de las Especie* con la siguiente tesis: las especies cambian de manera gradual y continua por media de un proceso de “*selección natural*”. El carácter selectivo de la naturaleza estuvo influenciado por un concepto que ya Spencer (1969) había desarrollado en 1850: “*la lucha por la existencia.*” Los reductos combativos de la supervivencia fueron trasportados a la intelección del progreso social. La sociobiología asumió los postulados del darwinismo y el espencerismo para estudiar a la sociedad con los mismos parámetros que a un organismo vivo. El organicismo resultante prefiguró a una dinámica procesual reaccionaria y con matices totalitarias en los albores del siglo XX.

El régimen discursivo de la temporalidad orgánica estuvo asociado con el esquema de la *lucha internacional por la existencia* de la sociobiología y el organicismo. De este cuadro germinó: “...*la doctrina que considera el homicidio colectivo como causa del progreso del linaje humano*” (Hernández, 2002, p. 74). La evolución de la trama social suponía lo siguiente: *quien no fuese apto para subsistir debía perecer*. La subsistencia configuraba un orden en el cual los sectores más desfavorecidos eran visualizados como seres subhumanos. Una dicotomía entre infradotación y superdotación genético-hereditaria encubría los diversos antagonismos de clases. Las

desigualdades económicas y políticas lograron legitimarse en la retórica biológica de un tiempo evolutivo.

El pasado temporalidad orgánica recreaba el recuerdo de los momentos primitivos y las formas de vida elementales. La simplicidad del pretérito indujo al olvido de las etapas consideradas inferiores e indignas de emular. La atención del presente se focalizó en las situaciones y circunstancias propias de la selección natural de las especies. La supervivencia legitimó la lucha y la aniquilación mutua entre grupos raciales. El etnocentrismo programático se insertó en las voliciones de un futuro signado por las perspectivas genetistas. La manipulación del material genético de la población se apoyó en la esperanza de lograr optimizar los caracteres fenotípicos y etológicos de los cuerpos.



El organismo vivo de la temporalidad operó conforme al desarrollo normado y paulatino de la naturaleza. La selección natural de las especies ejecutaba el paso de lo simple a lo complejo. La complejización de la trama social movilizó un supraorganismo integrado por múltiples unidades corporales. Los cuerpos individuales quedaron reducidos a la figuración de los órganos o las células de una corporeidad-macro. El sujeto fue temporalizado desde los ritmos y exigencia de la supervivencia social. Los seres considerados inferiores eran asociados con un accionar lento y negligente que frenaba el proceso evolutivo.

En la *Estática Social* de Spencer H (1969) se consideró que las sociedades que protegen a los más desfavorecidos: “frenan su desarrollo y por ello retardan el proceso de adaptación.” (p. 321) La lógica adaptativa constituía una prolongada dinámica de mejoramiento y purificación colectiva. En el orden de la naturaleza “...la sociedad está constantemente execrando sus insolubles, imbéciles, lentos, vacilantes.” (p. 323) Las excreciones de la supervivencia conducían a dispositivos de eugenesia racial y

eutanasia colectiva en el marco de la *selección artificial de las especies* (tratamiento metódico del rebaño). La depuración genética de los más aptos (manejo de líneas hereditarias) y la supresión minuciosa de los inadaptados (campos de exterminio) contribuía a afianzar la “correcta evolución” del *supra-organismo*. Emergió la fábula de un ultra-hombre etnocéntrico facultado para triunfar en la lucha por la existencia sobre los cadáveres y las cenizas de los cuerpos infradotados (antiguos obstáculos subhumanos).

Morfologías Económicas

Sinopsis preliminar: Las morfologías económicas se soportan en el esquema de la maximización de las ganancias y la acumulación de Capital. El capitalismo plegó al tiempo a un desarrollo administrativo. La gestión temporal se cimenta en la lógica del aprovechamiento productivo y eficiente de los instantes. La eficacia operativa de los sistemas de producción demanda una apropiación de la duración. La propiedad temporaria está afiliada a una dualidad entre *ahorro e inversión*. La temporalidad termina monitorizada en un juego semiótico donde el sujeto se convierte en un empresario de sí-mismo.

El dinero

El dinero metaforizó a una temporalidad utilitaria y cambiaria. El valor de cambio devino en un tiempo administrable y acumulativo. La lógica de la acumulación se ajustó a la formación arquetipal de una línea recta encerrada en las tensiones y exigencia puntuales del instante productivo. La productividad conmutó el imperativo de la acción concreta en detrimento de la inoperancia y la negligencia. La actuación diligente tejió la continuidad proyectiva del *Teino*. El *Temno* apareció como amenaza y cesura de la valoración dineraria de la perpetuidad praxiológica.

La obsesión por el uso del tiempo de los puritanos ingleses y los movimientos protestantes fueron el germen de la mentalidad capitalista de donde dimanó la temporalidad dineraria. En las prescripciones puritanistas de Baxter (1820) se recomendaba: “*utilizar cada instante como la cosa más preciosa y gástalo en el camino del deber.*” (p. 280) La deontología rutinaria se encontraba orientada por la idea del aprovechamiento absoluto de la rutina diaria como símbolo de redención

personal. Los días aprovechados al máximo se transformaron en objetos de valor abstracto en los albores de la revolución industrial y la consolidación de la cuantificación productiva de la duración. El enunciado más emblemático de esta dinámica procesual se encuentra en la metáfora definitoria de Franklin B (2006): “*The time is money.*” El brillo y la valoración de los materiales auríferos se apoderaron de la percepción temporal del sujeto moderno.

En el régimen discursivo de la temporalidad dineraria se estableció una disyuntiva administrativa. El tiempo es un objeto que puede “*gastarse*” o “*desperdiciarse*”. Esta dualidad posibilitó la intelección del “*ahorro*” y la “*inversión.*” Los inversionistas temporarios trabajaron mediante la contraposición económica “*perdida/ganancia*”. Expreso Franklin B (2006) que quien gastara el tiempo de manera negligente era un derrochador de dinero. Las operaciones monetarias se esparcieron en los enunciados y expresiones del orden temporal capitalista. En la intelección de la duración comenzó a gestarse una lucha contra los momentos de inacción e improductividad al equiparlos con la semiosis lógica del despilfarro.

El pasado de la temporalidad dineraria comenzó a valorarse según la memoria de los instantes y momentos productivos con un tenor acumulativo. En el atisbo de la productividad se omitieron los intervalos de ocio y descanso. La ociosidad se consideró nociva para la focalización en el valor y el precio de las actividades desplegadas en el presente. La presencia activa fue signada por las valoraciones monetarias y gerenciales. La gestión temporaria estaba orientada por el deseo de un futuro de ganancia y provecho material. La materialidad de la acumulación de capital se matizó con la esperanza de una superación material.



La temporalidad equiparada con el dinero operó desde una estructura volátil. La duración empezó a valorarse en el espacio de la circulación y el intercambio. La connotación era cambiaria: lo temporal se “*compraba*” y se “*vendía*” con criterios temporarios (abstracción funcional de la abstracción). El mercado convirtió a cada instante en un cauto económico y en una forma de Capital. En la industria capitalista los movimientos mecánicos y uniformes de las unidades corporales se plegaron al cálculo administrativo. En la administración de la fábrica “*el patrono debe utilizar el tiempo de su mano de obra y ver que no se malgaste*” (Thomson E, 1995, p. 247) por medio de la supervisión cronometrada.

En el capitalismo el dinero es “*el verdadero medio de unión galvoquímica de la sociedad*” (Marx, 1975, p.158) La trama social del orden capitalista se cohesionó y dinamizó por medio de la función dineraria del tiempo. La doble valoración abstracta de la duración produjo la representación funcional de un sujeto vertebrado en la administración temporaria de su existencia. El arte de existir adquirió un matiz gestionario y administrativo. La equivalencia entre gestión temporal y acumulación monetaria engendró la codificación performativa de un sujeto preparado para administrarse a sí mismos como una empresa (modelación simbólica). El *homo economicus* (alegoría ideal) nació como modelo operativo de los regímenes semióticos y materiales de un Capital en constante metabolización.

La propiedad

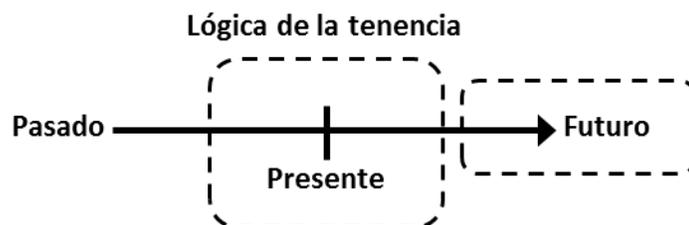
La propiedad metaforizó a una temporalidad posesiva y atributiva. Los atributos de la duración fueron trazados en un tiempo entendido desde la contención y tenencia. La lógica del tener estuvo acoplada a la formación arquetipal de una línea recta tendida sobre la obtención y el dominio de los instantes. La apropiación proyectó la pretensión de tomar para-sí los cambios y desplazamientos de un devenir productivo. La producción material advino en la tensión narrativa de la posesión de los intervalos plegados en *Teino*. El *Temno* fungió como un espectro que intentó dominar los

movimientos e interacciones de la esfera económica en el marco de la *sujeción imposible* del orden temporal.

La sujeción imposible del orden temporal derivó del desarrollo de la propiedad privada sobre los medios de producción. Los propietarios no se limitaron a enajenar y contener los bienes materiales. La inmaterialidad abstracta de la temporalidad también se configuró como objeto de posición. Poseer el tiempo del “*otro*” y de “*si-mismo*” se convirtió en una preocupación del sujeto moderno. En la modernidad la duración pasó a ser blanco de apropiación alegórica. Apropiarse de lo duradero se inscribió en el dominio del trabajo social y el crecimiento individual.

En el régimen discursivo de la temporalidad apropiadora se excluyó y omitió el carácter inaprensible del devenir. Los acontecimientos de la realidad se involucraron en la disyunción: *tener* o *no-tener*. La espectralidad de la tenencia de lo temporal fue signo de poder y dominio abstracto. La dominación de lo inapresable estuvo vinculada con el dilema entre labores enajenadas y actividades para-sí. El sí-mismo se redimió en una temporalidad invadida por las lógicas y los enunciados de la mentalidad capitalista. El esquema de la acumulación del Capital buscó apropiarse de la totalidad de los instantes productivos y vacantes (reconversión tardía) de la sociedad para maximizar las ganancias.

En la temporalidad apropiadora hubo un intento por poseer la memoria individual y colectiva. El recuerdo se transformó en objeto de tenencia y disposición. Disponer de la facultad de recordar implicó sujetar la atención sobre los instantes del presente. La presencia oscilaba en los dilemas de una serie de acciones propias y expropiadas. El imaginario de la propiedad programó los deseos de un porvenir predeterminado por la posesión del ahora. La predeterminación del futuro se ancló en la esperanza de contener al tiempo para el uso personal.



La tenencia del tiempo operó desde la lógica de la conquista y el resguardo. Resguardar la duración suponía atesorar la cadena de instantes de la existencia. En los escenarios existenciales se generaban estados de atención disipados ante la imposibilidad de hacerse de los momentos e intervalos en pleno desarrollo. Los lapsos temporales del cuerpo eran objeto de reducción y apropiación. La propiedad temporalizó al sujeto conforme a los parámetros de una periodificación impropia. La enajenación temporaria de las unidades corporales atinó el dominio de rutinas programáticas y husos horarios estructurados desde organigramas *fuera-de-sí*.

La tenencia temporal afianzó y consolidó la subjetividad social del propietario burgués. La burguesía controlaba los medios de producción y el tiempo de los trabajadores. Pero la perspectiva temporal del “*tener*” potenció la lucha por los horarios y jornadas de trabajo. La clase obrera adquirió conciencia de la posesión y la disposición de sus instantes productivos frente a la precariedad de su condición material. La materialidad temporaria de estas disputas engendró el performan de un sujeto consciente y atento ante el dominio de su praxis vital. Las prácticas colectivas adquirieron un sentido histórico ataviado por una temporalidad de conquistas y expropiaciones tangenciales.

Morfologías productivas

Sinopsis preliminar: Las morfologías productivas operan desde el esquema de elaboración y fabricación característico del desarrollo productivo. La lógica de la producción se impone como transformación de la materia. La materialidad es trasfigurada por la estructura sinérgica del trabajo y la creación. Lo laboral y lo creativo se sienta en un despliegue generativo de la duración. La realidad brota en un proceso de continua e intensa estructuración. Los cuerpos terminan acoplados a una dinámica fabril.

El trabajo

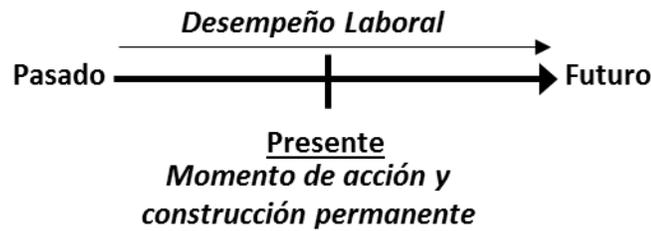
El trabajo metaforizó a una temporalidad fabril y ocupacional. La preeminencia de la ocupación laboral derivó de la configuración de un tiempo hiperactivo y productivo. La productividad afianzó la formación arquetipal de una línea recta en continuo proceso

de elaboración. Las cadenas de ensamblaje crearon la circularidad de los ciclos operativos y funcionales. En el acervo de la funciones específicas se priorizó en alargamiento de los intervalos temporales bajo la sombra de la perpetuidad del *Teino*. Los motores perpetuos eran frustrados por la irrupción del *Temno* en el plano de la extenuación corporal y los descansos programados (averías en la maquinaria orgánica).

La configuración de la temporalidad como trabajo y acción productiva tuvo como antecedente al ascetismo de la reforma protestante que según Webber (1969) sirvió de base para la edificación de la axiología capitalista. Trabajar de manera constante y sin intermitencia se fue transformando en una garantía de salvación divina (campo religioso) y terrenal (esfera secular). Rendir y ser eficaz emplazó el eje que determinó las aspiraciones de los entes-humanos. La humanidad se definió a partir de los parámetros y requerimientos de su praxis productiva. Producir significaba situarse y propagarse dentro del tiempo.

El régimen discursivo de la temporalidad laboral excluyó de su dominio a la *vida contemplativa*. Contemplar y demorarse en el acto de mirar constituían un peligro para el desempeño del sujeto trabajador. El trabajo exaltó la *vida activa* como único orden temporal. El principio activo de la temporalidad fue signo de libertad y autorrealización. Auto-realizarse fue sinónimo de trabajar de manera continua y entregada. La entrega productiva encubría la despersonalización y la esclavitud de los encadenamientos productivos (enajenación autoimpuesta).

El pasado de la temporalidad laboral se construyó a partir de la memoria de las labores ejecutadas y las pautas procedimentales. Los procedimientos pautados incitaban al olvido de los intervalos de descanso y las interrupciones operacionales. Las operaciones del presente se focalizaron en los parámetros disciplinarios y los movimientos específicos de cada función. Los enlaces funcionales constituían una presencia determinada por un compendio de exigencia rítmicas y energética. La energía corporal movilizó los deseos de un porvenir construido mediante el esfuerzo y el sacrificio laboral de una secuencia de ciclos productivos. El sujeto sacrificaba su *estado actual* para rendirse a la esperanza de un futuro de plenitud y armonía (matriz utópica).



Las semiosis laboral del tiempo proyectó la praxis ininterrumpida de un motor perpetuo (sueño originario del Capital). El espectro de la perpetuidad se apoderó de las unidades corporales en constante movilidad mecánica y elevada sinergia colectiva. Los vínculos sinérgicos procuraron operaciones continuas y cronometradas. El cronometro obligó a la ejecución de desplazamientos rápidos y precisos. La demanda de precisión redujo a los cuerpos a un foco de acción funcional y constituyó un sujeto temporalizado por los algoritmos de una labor efectiva. La metáfora de Kojève (2013): “*El trabajo es tiempo*” (p. 224) declina ante el control y el dictado de los modos operatorios.

En la educación del taylorismo: “*quien domina y dicta los modos operatorios se hace también del tiempo de producción.*” (Coriat B. p. 24). Las operaciones productivas temporalizaron la existencia de los sujetos entregados al ámbito laboral desde una instancia externa. La duración y el control de la acción eran ajena al control del trabajador. Este modelo coactivo y disciplinario produjo la figura del *Homo Faber*. En los códigos performativos de este sujeto sucede lo un problema que Bataille (2006) detectó: “*se dedicó a confundir su existencia con su función*” (p.48) El arte de existir desapareció en la trama funcional de una serie de cuerpos extenuados y direccionado por el trabajo (hipertrofia de los automatismos fabriles).

La creación

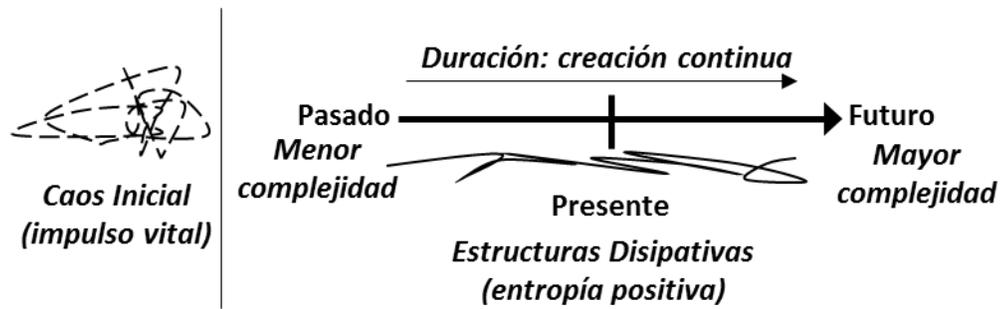
La creación metaforizó una temporalidad constructiva y organizativa. El orden constructivo fue una manifestación de un tiempo inventivo y ensamblador. Los ensamblajes edificaron una línea recta e irreversible sobre un cumulo de estructuras caóticas y disipativas. La disipación garantizó la duración y la continuidad del acto creativo en una resolución manifiesta. El *Teino* se extendió a partir de las fracturas y

disrupciones del *Temno*. Los múltiples cortes garantizaron el desarrollo y la expansión de esta forma temporal en una suerte de paradoja cósmica.

El crecimiento paradójal de la temporalidad creativa se apoyó en múltiples disquisiciones filosóficas y científicas. Bergson (1986) entendió al tiempo como una *evolución creadora* producida por un único y primordial *impulso vital* de arquitectura caótica. Prigogine (1992) resaltó la creatividad del tiempo-irreversible a partir de la Segunda Ley de la Termodinámica y el desarrollo de las estructuras disipativas. La disipación de la entropía acrecentaba la complejidad y lo otorgaba una direccionalidad imposible de predecir. La predictibilidad del pensamiento mecánico y determinista se vio afectada. El anti-mecanicismo denotó una respuesta contra las concepciones formales y estáticas de la ciencia moderna.

El régimen discursivo de la temporalidad creativa excluyó el carácter eterno e inmóvil de la realidad. La intelección de lo real suponía captar la creación continua de la duración. Lo duradero se colocó más próximo a la intuición que a la racionalidad (Bergson, 2010). Los conceptos debían reconvertirse para diagramar la inestabilidad y los desplazamientos laterales implícitos en la emergencia de lo nuevo y lo inédito. La complejidad creciente del cosmos orbitaba en el juego de fluctuaciones y perturbaciones de la evolución creadora. El entorno circundante era creado por múltiples y aleatorias rupturas de simetría.

En la temporalidad creativa: *“la memoria... es inseparable de la percepción, intercala al pasado y el presente”* (Bergson, 2010. p. 90). Las imágenes pretéritas aglutinaban la intuición de los diversos momentos de la duración. La percepción duradera de la presencia estaba focalizada en el desarrollo continuo e irreversible de la evolución creadora. La creatividad del tiempo jugaba con el orden del caos y las programaciones aleatorias. El carácter lúdico del azar constituía un porvenir generativo e impredecible. La imprevisibilidad inclinaba a la esperanza a un ángulo de disipaciones y asimetrías nebulosas.



La creatividad continua e irreversible del tiempo opera de manera turbulenta. “*La turbulencia es un fenómeno estructurado en el cual millones de partículas se insertan en un proceso extremadamente coherente.*” (Prigogine, 2006 p. 48) La coherencia adviene de la generación simultánea de orden y desorden por parte de la entropía generativa. El desgaste energético de la materia fundaba la inestabilidad de un estado de no-equilibrio con niveles creciente de disipación productiva. La producción de la realidad material reducía a los cuerpos a la contingencialidad y el azar de su estadía en el mundo.

La inestabilidad de la realidad generaba nuevas exigencias praxiológicas. La praxis de los sujetos debía operar desde la racionalidad intuitiva (elogiada por Bergson 2010) del orden de la duración y la disipación. El continuo avance de la complejidad de la materia demandaba unidades corporales capaces de jugar con los desequilibrios y distorsiones de la existencia. El arte de existir se insertaba y matizaba en los réditos de la evolución creadora. En este contexto nació un hombre con amplias capacidades creativas en función de un tiempo vertiginoso. El vértigo y el riesgo de la creatividad eran asumidos por este cuerpo supeditado a las programaciones caóticas de una duración generativa e inestable.

Morfologías Fluviales

Sinopsis preliminar: Las morfologías fluviales operan desde el esquema del ascenso acuífero y la canalización de fluidos. La realidad se desplaza de manera permanente. La duración constituye una constante mudanza. Las variaciones persistentes son producto de la ausencia de consistencia intrínseca. La interioridad consistente arrastrar

la totalidad de los entes. La estructura del deslizamiento adaptativo. El sujeto termina fluidificando su existencia.

La fluidez

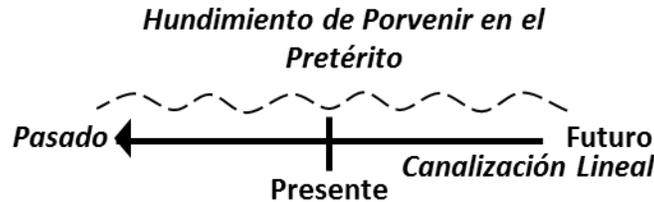
La fluidez metaforizó una temporalidad móvil y afluyente. La afluencia de esta analogía connotó un tiempo abundante y continuo. La prosecución de la duración fluía en la continuidad y la extensión de una línea acuso e indeterminada. La indeterminación corría en un desarrollo canalizado por dique y canales. El *Teino* se manifestó en una permanente corriente de potencias y voliciones sin la perturbación del *Temno*. Las interrupciones se encontraban ausentes en esta dinámica procesual.

En antecedente de la temporalidad fluida se encuentra en inscripciones metafóricas de la antigüedad influidas por la observación de los ríos y el funcionamiento de la clepsidra (reloj de agua). En la modernidad la fluidez representó una metáfora alternativa destinada a connotar la duración espontánea de la naturaleza frente a las corrientes mecanicistas. Thoreau D (2014) expresó: “*el tiempo es la corriente donde vio a pescar*” (p.83). En la fenomenología de Husserl (1959) lo fluido denotó la auto-temporalización trascendental del ego en un pre-presente peregrino y permanente que se hunde en el pasado. Además de las apreciaciones filosóficas: el devenir fluidificado subyace a las manifestaciones creativas libres y carentes de coerción (ejemplo: la improvisación musical).

En el régimen discurso de la temporalidad fluida se excluían las nociones de modelo y copia. La replicas desaparecías en insuflaciones y desplazamientos sin término fijo. Los fines últimos o los puntos de llegada eran interpretados cortes y obstáculos de la corriente temporal. El tiempo era un movimiento continuo sin barreras ni intermisiones. La ausencia de interrupciones desembocaba en una potencia siempre transitiva y ligera. La levedad permitía amplios márgenes de adaptación a circunstancias y acontecimientos disimiles.

La presencia la temporalidad fluida se hundía en pretérito como un pre-presente. “*La duración no es... actual sino pasada, sumergiéndose cada vez más en el pasado*” (Welton R, 1995 p.76) La memoria adquiría una disposición sumergible y el olvido un

estado de flotación. El presente se desenvolvía en la intuición de un decurso cuyo lugar era *un ahora* plegado a un punto de duración específico (ejemplo: cada nota de una melodía). El futuro se constituyó como un río que fluye de adelante hacia atrás. Lo posterior es la línea de fuga de una esperanza desequilibra por un torrente continuo de acontecimientos.



La fluidez temporal operó desde una actividad creciente. Se puede “*ver el ahora de nuestra percepción inmóvil y al tiempo corriendo más allá de nuestra consciencia como un río*” (Deivis P, 1993, p. 47) La corriente de la temporalidad despojaba al sujeto de los límites y prescripciones de su subjetividad. La clausura de los campos subjetivos se gestó en un territorio ausente e indiferente. La indiferenciación redujo a las unidades corporales a un flujo peregrino y transitorio donde todo es irrelevante. La transitoriedad de los cuerpos orbitó en el devenir de una identidad infinita.

Una identidad infinita emulsionaba al esquivar la estabilidad de la presencia en sus desplazamientos performativos (connotación resaltada por Deleuze). El performan del sujeto fluido se deslizó de manera continua sin un anclaje ni un carácter sostenido. El único sostén de este ente-indiferenciado era las transformaciones y mutaciones de un devenir-puro (extensible a campos como la sexualidad y la política). El cuerpo migraba de una identidad a otra y se colocaba fuera de sí. La duración se manifestaba en una continua transfiguración de la personalidad. Estas tendencias transgredían los caracteres prescriptivos de la modernidad y constituían un umbral hacia el dominio del *Temno*.

El aluvión

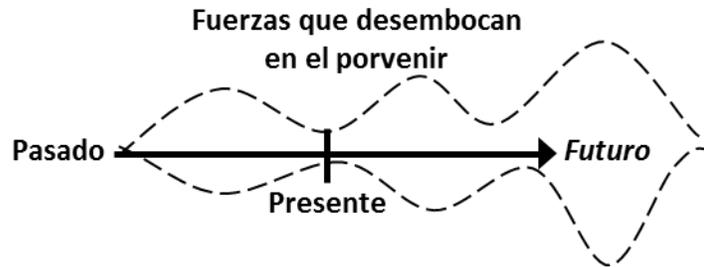
El aluvión metaforizó una temporalidad torrencial y alterada. Los sobresaltos devinieron en un tiempo de arrastre y sedimentación violenta. La violencia constituyó la formación arquetipal de una línea indeterminada con tendencia de fractura. La indeterminación morfológica fue producto de una avenida de fuerzas descontroladas. El descontrol no eliminó la disposición tensional y dilatativa del *Teino*. El *Temno* se manifestó más en las consecuencias del desenvolvimiento (devastación incalculable) que en la estructura interna.

Las corrientes vitalista y nihilista de la modernidad implosionaron en una temporalidad aluviónica. La emergencia de la nada y los valores modernos generaron reacciones transgresoras y fatalistas. El aluvión representó el impulso megalómano y esquizoide de mentes temerarias. Las posturas irracionistas de pensadores como Nietzsche F (2005) y Artaud A (1972) se insertaron en los aspavientos de esta morfología temporal. El tiempo se dotó de la pasión sobrehumana y los gritos efusivos del devenir. El caos perpetuo de lo devenido arrastró con todo lo que encontró a su paso.

El régimen discursivo de la avenida fuerte de agua como metáfora del tiempo: excluyó al instinto de conservación. Las posiciones conservadoras procuraban una armonía ilusoria y proclive a ser destruida por el empuje voluntarista de las corrientes aluviónicas. La voluntad de poder de los aluviones temporales resaltaron las potencias repentinas y devastadoras. La devastación de las formas preexistentes fue signo de una presión de fuerzas escatológicas (en sentido invertido). La desintegración apocalíptica subyació a una temporalidad signada por la saturación energética y el cubrimiento parcial de la realidad. En entorno social se inundó por el advenimiento de tensiones narrativas construidas desde el suspenso y la intriga.

La temporalidad aluviónica ocultó las fuerzas que destruyen y sedimentan el pasado. La memoria sedimentada recreó el sentimiento de nostalgia y abatimiento ante el crepúsculo sublime de un espacio en continua inundación. Los excesos de un devenir

acusos aceleraban y glorificaban la vulneración del presente. La presencia quebrantada propagaba acciones instintivas y apresuradas. Los instantes acelerados desembocaban en un porvenir construido por un deseo agresivo y avasallante. Las protenciones efusivas degeneraron en la esperanza de un futuro reconvertido y limpiado por el implacable asenso del agua.



El aluvión temporal operó desde un movimiento paulatino y ascendente. La ascendencia era antecedida por un proceso de recogimiento (concentración de fuerzas) y expansión estocástica. La dilatación resultante condujo a desplazamientos excesivos y extremados. La intensificación móvil procedió de los efectos e implicaciones de un desborde praxiológico. La praxis desbordada redujo a los cuerpos a las disposiciones de la supervivencia y la intuición ingeniosa de un escenario amenazante. La intimidación provino de la programación espontánea de desastre natural (antinomia operativa).

El aluvión del tiempo modeló a un sujeto de desenvolvimiento paulatino y voliciones sobrecargadas. La voluntad de poder y los impulsos destructivos compusieron el eje que definió al *hombre aluviónico*. El performan de esta unidad corporal tiene: “*la afirmación del fluir y del aniquilar, que es lo decisivo en la filosofía dionisiaca*” (Nietzsche F, 2008, 117) La re-significación de Dionisio suponía “...*decir sí a la antítesis y la guerra del devenir*” (p.117) La beligerancia y el placer de violentar la realidad propulsó la existencia trágica de los cuerpos. La fisiología entera (integridad orgánico-muscular) se dispuso en la puesta en escena de una praxis paulatina y desenfadada (combinación sublime).

Morfologías cíclicas

Sinopsis preliminar: Las morfologías cíclicas operan desde un esquema de circularidad radial y reiteración aproximativa. Una sucesión creciente de acontecimientos se movilizan en forma helicoidal. En los desplazamientos en hélice no hay repetición de procesos. Cada etapa retorna a sí con otras connotaciones y destellos de singularidad. La re-significación se impone ante la imagen antigua de la réplica fáctica. Los cuerpos terminan atrapados en la intelección de patrones del crecimiento y la decadencia de la historia.

La espiral creciente

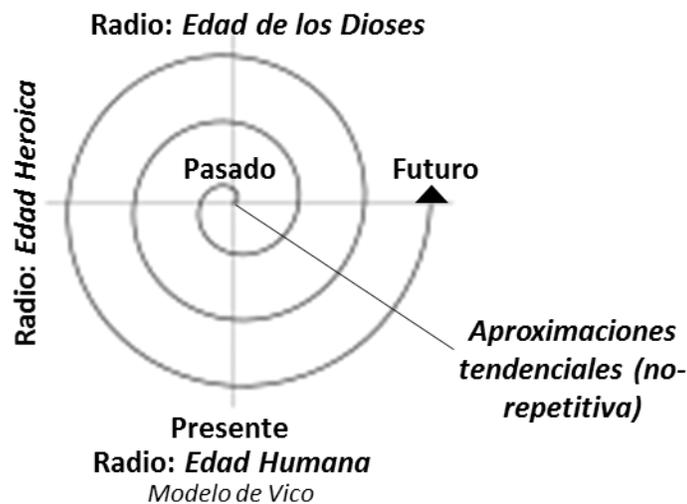
La espiral creciente metaforizó una temporalidad de retornos y emulaciones radiales. La radialidad fue expresión de un tiempo de ascensos y declives históricos. Las subidas y bajadas de la historia conformaron el arquetipo de una hélice de cuyo radio parte una continua expansión. La dilatación helicoidal transfiguró una sucesión progresiva y regresiva de acontecimientos distintos. Los avances y las marchas hacia atrás redujeron los puntos de tensión del *Teino*. El *Temno* configuró las digresiones programáticas de los períodos de declinación.

La temporalidad en espiral creciente tiene como antecedente los círculos del renacer clásico de los siglos XV y XVI (retorno epistémico a la antigüedad). En el siglo XVII esta morfología temporal figuró como una reacción alternativa ante las tendencias lineales de la historia. Frente a la linealidad progresiva (aún en estado embrionario) se construyó un modelo de ciclos radiales y abiertos. Para Vico (2006) la sociedad se desarrollaba en virtud de causas internas englobadas en etapas de *auge* y *decadencia*. Las tres edades se dividían en *divina* (infancia), *heroica* (juventud) y *humana* (madura). La sociedad volvía a su estado inicial sin repetir los acontecimientos y procesos (distancia con respecto a la circularidad del Eterno Retorno).

En el régimen discursivo de la temporalidad espiroidal se excluía y encubría la linealidad del progreso. Los avances de la historia se encontraban destinados a declinar en una estructura cíclica (sin perfeccionamiento continuado). La estratificación en ciclos se debió a la subvaloración y la omisión de las innovaciones tecnológicas. La observación del perfeccionamiento y los adelantos de la técnica (punto angular del

progresismo) fueron suplantados por un discurso jurídico-axiológico. Desde el enfoque de las leyes y los sistemas de valores (manifiesto en Vico) se vislumbraba la dualidad ascenso/decadencia. Este dualismo se curvaba de manera abierta en una reiteración radial y orgánica de patrones (nunca repetición cerrada).

El pasado glorioso o decadente de la temporalidad espiroidal servía de referente para el presente. La presencia se revestía de los patrones y estructuras del pretérito con nuevos matices. La memoria cumplía un rol pedagógico y referencial. En el instante se gestaba el tránsito radial hacia un futuro que retornaba a los esquemas orgánicos de las etapas anteriores. La realidad del retorno no permitía predecir el porvenir en el campo de los hechos y los acontecimientos. Los deseos y la esperanza quedaron supeditados al apego de las leyes y las prefiguraciones de la historia (imposibilidad de producir rupturas radicales).



La espiral creciente operaba en el retorno de fases no iguales. “*La historia: ...jamás se repite, sino que retorna a cada nueva fase con un registro y una forma distinta de las precedentes*” (Collingwood, 1952, p. 86). El antes y el después se curvaban en una incesante redefinición. Los cuerpos quedaban reducidos a los condicionamientos y parámetros redefinidos de su etapa histórica. Los cambios del curso de los acontecimientos estaban enmarcados dentro de la normatividad fáctica y restringida del tiempo. Las leyes de la historia normaban y predeterminaban el destino de los sujetos desde la codificación lingüístico-jurídico-estética (esquema de Vico).

En la configuración de la espiral creciente: el sujeto aparecía como una proyección redefinida de un pasado radial cuyas cualidades genéricas advenía sobre él. El porvenir de los entes-humanos caminaba hacia la absorción de las prácticas y esquemas del pretérito. Las etapas anteriores modelaban el performan y la axiología de las unidades corporales. Los cuerpos encarnaban los preceptos lingüísticos y jurídicos de la radialidad de las historia. Los dominios de la historicidad encasillaban la existencia social en la contraposición entre *perfección* y *decadencia* moral.

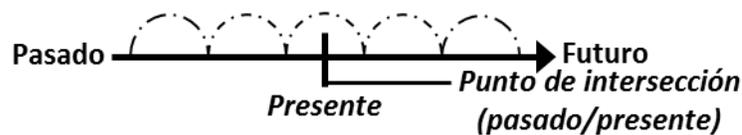
La cicloide

La cicloide metaforizó a una temporalidad re-significativa y re-orientativa. Las reconversiones posicionales eran expresión de un tiempo de intersecciones y ajustes. Los encajes de esta morfología temporal se gestaban en una circunferencia que se desenvolvía sobre una línea recta. Esta formación arquetipal forzaba la coexistencia entre una linealidad progresiva y una serie de evocaciones cíclicas. El *Teino* maximizaba la tensión lineal y se curvaba en los círculos superpuestos bajo principio de gradación tensional. El *Temno* se manifestaba en las rupturas y las reinserciones de procesos anteriores.

Las figuras cicloideas eran un objeto de devoción y fetiche para los geómetras del siglo XVII. En plena era barroca Huygens C (1723) utilizó está forma en el perfeccionamiento del reloj mecánico: “*La líneas que se fija a la circunferencia... de rotación continua de la palas... ha dado el nombre de cicloide*” (p.43) En el siglo XIX la idea de progreso fue yuxtapuesta —de manera implícita— por los círculos de desplazamiento del “*Geits*”. En Hegel F (1975) “*la vida del espíritu presente es un movimiento circular de fases que... permanecen unas junto a otras, al paso que se muestran... como ya trascendidas.*” (p. 103). En la interpretación de Duque F (1995) sobre el pensamiento hegeliano se empleó la metáfora cicloidal como: una curva plana descrita por un punto de la circunferencia, cuando esta rueda por una línea recta. La progresividad histórica daba vueltas sobre sí sin mantener su posición inicial gracias a un complejo sistema de rodamiento.

En el régimen discursivo de la temporalidad cicloidal se excluía la idea de superación definitiva del pasado por parte del progreso. “*El espíritu sigue teniendo en su profundidad actual los momentos que parece haber dejado atrás.*” (Hegel F, 2005, p. 103) Esto surgió de la necesidad de visibilizar los dos parámetros fundamentales del movimiento: el círculo y la recta. Lo cíclico y lo lineal se filiaban sin anularse entre sí. El antes y el después copulaban en el ahora. Esta unión simbolizaba la multiformidad de los procesos socio-históricos.

Los presentes abiertos de la temporalidad cicloidal se recargaban y regeneraban en la memoria del pasado. El pretérito resinificaba su sentido en la actualidad con nuevos virajes y sensibilidades. Lo actual se regeneraba y repotenciaba con los influjos de procesos superados. La presencia cargaba sobre sí el antes y el después con una proximidad equidistante. En el futuro lo nuevo se construía o era perturbado a partir de lo viejo (clásica disyuntiva revolucionaria). Los deseos y las esperanzas rodaban en las reinserciones de las etapas inferiores en las superiores.



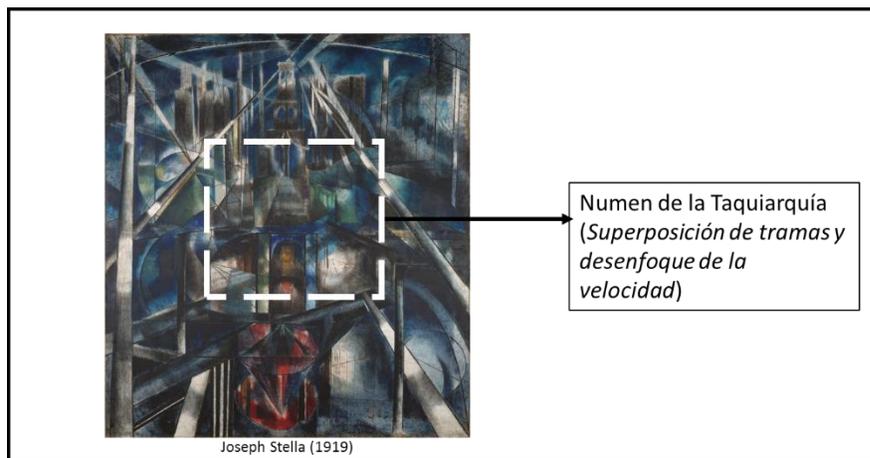
En la cicloide temporal cada punto de intersección entre la circunferencia y la línea recta encaramaba un suceso (Duque, 1995). Los hechos sobrevenidos no se repetían a pesar de que la rueda sólo progresaba al desplazarse hacia atrás. En estas retroacciones los puntos direccionales de la historia se reconciliaban consigo mismo y con los otros. Los esquema y patrones praxiológicos del pasado eran reabsorbidos en las circunstancia presentes. En el instante se re-dinamizaban los movimientos progresivos. El devenir de los cuerpos se plegaba en los dilemas propios de los cortes cíclicos de una línea en avance continuo.

En la progresividad de la cicloide el sujeto era re-significado e intercedido por la intelección histórica. El pasado recargaba la modelación simbólica desde patronos dignos de emular o desdeñar. La imitación performativa del pretérito se alejaba de la

réplica y se acercaba a la reconversión. La praxis reconvertida desde lo anterior: generaba ventajas o contraposiciones operativas frente a los esquemas contemporáneos. Los cuerpos insertos en la contemporaneidad se movían y percibían la realidad desde el eje circular de lo anterior-posterior. Las unidades corporales rodaban sobre una línea recta afectada por la equidistancia identitaria del antes y el después.

Transición morfológica: la taquiarquía

En la configuración estética del Futurismo Italiano: *"Todo se mueve, todo corre, todo transcurre con rapidez. Una figura nunca es estable, sino que aparece y desaparece incesantemente."* (Marinetti F- Mechelip M (comp.), 2000, p. 311) La inestabilidad es sinónimo del exceso de tensión narrativa que existió en la progresividad de la línea recta. La linealidad se convirtió en una plétora de fragmentos superpuestos y difuminados. Esta tendencia fragmentaria fue consecuencia del predominio hiperbólico y desbordante del *Teino*. La extensión vibratoria del dinamismo industrial y la violencia de la carrera armamentista degeneró en una serie de desplazamientos caóticos aglutinados en régimen singular: *la taquiarquía*.

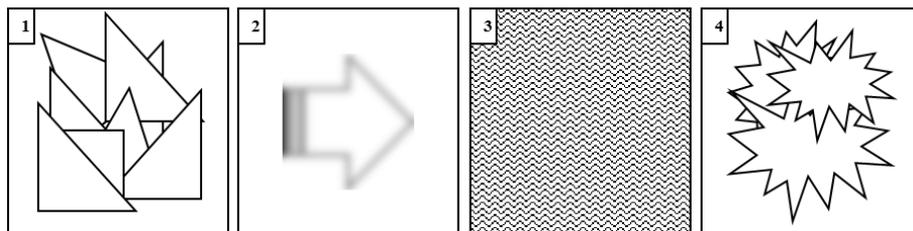


La taquiarquía traduce el gobierno de la rapidez. La celeridad se transformó en la base de la estructura praxiológicas y los códigos performativos de los cuerpos-sujetados. Las unidades corporales consumían su carga energética en función de los

imperativos de la velocidad impetuosa y el movimiento acelerado. La aceleración devino en la hegemonía axiológica de la premura en detrimento de la parsimonia. Una consigna *antibradiógena* se impuso: suprimir todo lo que engendrara lentitud. Las acciones pausadas afectaban el imaginario colectivo de la maquinaria industrial y el progreso social.

El progreso social depende de la concreción de las metas productivas y las pautas administrativas de un orden programático. Los programas progresistas han sido cohesionados por medio del atisbo generalizado de la rapidez y la prontitud. La taquiarquía se ha cimentado en la precisión creciente de los relojes (con sus agregaciones enunciativas) y la mecanización de la industria. Este dinamismo mecánico se acentuó con el auge y el desarrollo de la tecnología ferroviaria (numen de los futuristas). La locomotora consumó el estrechamiento de las distancias espaciales y el empuje acelerado. La aceleración estableció un orden figurado y un eje tensional en las narrativas lineales de la historia.

Las narrativas lineales del movimiento acelerado excedieron sus límites tensionales y desembocaron en el caos del gobierno de la rapidez. La taquiarquía caotizó el entramado metafórico-arquetipal de la temporalidad desde un juego de intensidades y entrelazamientos. Las principales modalidades han sido las siguientes: 1) La *superposición* de una aglomeración de tramas contingenciales 2) El *desenfoque* visual de los hechos concretos. 3) Las *ondulaciones* propagadas en múltiples líneas rectas por sobrecarga de tensión. 4) La *beligerancia* entre elementos que conforman un proceso.



Entre la superposición y la beligerancia de la taquiarquía se encuentra la fractura superficial de una morfología temporal de composición dura. Los elementos quebrados mantenían la reminiscencia de una pretérita unidad de sentido: la línea recta. El resquebrajamiento de la linealidad transfundió las capas más sensibles del ascetismo disciplinario y las reglamentaciones laborales. El desenvolvimiento de la ingeniería social codificó un movimiento perpetuo y acelerado que declinó en un tiempo desapacible. La textura avara del entorno provino del rigor y la rigidez del ritmo maquinal. El maquinismo y la taquiarquía se combinaron para generar un estruendo incontrolable y desequilibrante (los futuristas lo representaron desde la apología).

El estruendo de la taquiarquía generó múltiples afecciones psicosomáticas. El estrés y la zozobra se generalizaron en los diversos confines de la trama socio-histórica. El agobio de la rapidez mermó la profundidad de las experiencias perceptivas. El sujeto no podía percibir ni hacer inteligible los significados cabales (obnubilación apreciativa). Los contenidos semánticos de la conciencia orgánica comenzaron a fragmentarse. El orden de los fragmentos se desplazó de manera paulatina hacia el dominio de *Temno*.

Morfologías Inmutativas

Sinopsis preliminar: Las morfologías inmutativas operan desde un esquema de alteración y conmoción. La conciencia de los sujetos que conmovida ante lo huidizo. El tiempo se vuelve fugitivo y limitado. La corta duración y la finitud extrema comienzan a manifestar (movimiento intrínseco del *Tempus*). La tranquilidad es quebrantada y vulnerada por los fenómenos temporales. El orden de lo efímero y la entropía negativa copulan con la muerte. La duración escapa y perece en el instante.

La fugacidad

La fuga metaforizó una temporalidad huidiza e inquietante. El desasosiego generado fue expresión de un tiempo efímero y en continua liberación. El devenir se escaba sobre el arquetipo de una línea recta carente de nitidez. Las imágenes-corridas de la linealidad hacían difusa la percepción de los instantes integrados en la duración. El *Teino* se

dilatada de modo fugitivo. El *Tempo* se manifestaba como captación de una fugacidad inapresable.

Desde los albores de la modernidad la temporalidad fugitiva ha sido una obsesión filosófica y poética. La conciencia de finitud emergida a partir de la masificación de los relojes mecánicos acentuó la percepción fugitiva del tiempo y la aceleración de la locomotora denotó las vibraciones exasperantes de la velocidad (celebrada por el futurismo). Los fenómenos temporales comenzaban a escaparse de la conciencia de los sujetos junto con los momentos de la vida. Vivir era quedar vulnerado por la connotación efímera e inquietante de la existencia. Los cuadros del impresionismo lograron representar esta inmutación perceptiva mediante técnicas puntillistas. Los puntos integrados en el lienzo simulaban el desenfreno y el nerviosismo generado por el imperativo de la rapidez (taquiarquía).

En el régimen discursivo de la temporalidad fugitiva lo estático y lo duradero quedaban excluidos del proceso. La totalidad de lo real se escapaba de la existencia de los sujetos. En la trama existencia comenzaba a gestarse la duda o el abandono implícito de la promesa de vida eterna. La eternidad se desintegraba ante la creciente premura e inmediatez de la sociedad industrial. La tecnificación de la sociedad suplantaba la serenidad feudal por la contingencialidad urbana. Las contingencias de la cotidianidad eran espacios para percibir la prolongación inquietante y perturbadora de un tiempo momentáneo.

El pasado de la temporalidad fugitiva viajaba en la memoria de los mementos que habían escapado del dominio de la consciencia. La percepción consciente del pretérito fue difuminada en los instantes exasperados y confusos del olvido. La concentración se frustraba ante la secuencia de presentes huidizos e inapresables. La incapacidad para aprehender la presencia degeneraba en acciones apresuradas y precipitadas. Las precipitaciones constituían un deseo de contener lo que desaparecía en la premura de un futuro que salía del dominio del sujeto en el mismo intervalo que se manifestaba. La esperanza se frustraba ante la fatalidad y la inmutación de lo efímero.



La fuga temporal operaba por medio de la abolición inquietante y desequilibrante del instante presente. Ante la desaparición inmutativa de la presencia no había mayores márgenes de maniobrabilidad praxiológica. La imposibilidad de manejar la existencia se condensaba en los esquinales de la despersonalización y el desprendimiento de la subjetividad. La conciencia del sujeto era el *yo-consumado* de la vigila y la atención impersonal de una *realidad-saliente*. La anulación de la personalidad plegaba a las unidades corporales a un trabajo rápido y puntual. La puntualidad intentaba desviar la amenaza de una muerte cercana y sin promesas extra-terrenales.

En la fuga del tiempo: el pretérito ya no es y el porvenir todavía no se manifiesta en un presente sin duración (Comte-Sponville, 2001). Ante la ausencia de lo duradero el sujeto divagaba en la culpabilidad de *lo-escapado* y la angustia de los que *está-por escaparse*. La brisa del futuro se escapaba antes de llegar y la existencia declinaba ante los imperativos de su condición efímera. La brevedad de la trama existencia hacía proliferar imágenes sofocantes. El estremecimiento corporal era signo de una conciencia nerviosa y depresiva. El decaimiento del ánimo aparece como la última consecuencia de la percepción fugitiva de la temporalidad moderna (núcleo de trastornos psicósomáticos).

Lo perecedero

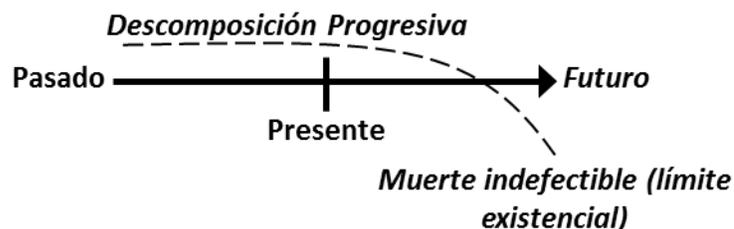
Lo perecedero metaforizó a una temporalidad en continua descomposición y putrefacción. El decurso de lo putrefacto era expresión de un tiempo de desintegración y consumación. Lo el advenimiento de lo consumado profirió el arquetipo de una línea recta en continuo acabamiento y fenecimiento. La duración patentó la lógica interna de la extinción prolongada. El *Teino* se extiende en el límite extremo de la finitud. El

Temno comenzó a dinamizar la dilatación del final desde el advenimiento progresivo de una fractura integral.

El perecimiento se transformó en metáfora definitoria del tiempo a partir de la fijación en la desintegración orgánica del tránsito hacia la vejez y el colofón de la muerte. Esta percepción necrológica se aposentó en el abandono parcial de la vida eterna y la obsesión por la finitud. Aducía Hegel (1971): “*lo finito es lo limitado, lo perecedero*” (p. 106) Una de las principales preocupaciones del hombre moderno residía en los límites de su existencia. Existir era perecer en el abismo entre un comienzo accidental y un final inevitable (desaparición total). La preocupación en el fin de la vida y la descomposición de la materia devino en la angustia existencialista de principios del siglo XX (con Heidegger y Jaspers en la vanguardia).

En el régimen discursivo de la temporalidad perecedera lo dilatado y plano es excluido en favor de lo derruido. La ruina fáctica se contrastó con una infinitud entelequía. La ausencia de un comienzo y un final sólo tenía una función espectral. Los espectros de la duración ilimitada fueron ocultados ante el implacable paso de lo nuevo a lo viejo. Los signos de la vejez y la degradación de la epidermis se transformaron en las únicas evidencias de *lo temporal*. El tiempo se estructuró como entropía negativa y fatalidad existencial.

El pasado de la temporalidad perecedera se manifestó en el recuerdo de lo corroído y fenecido. La hipérbole de lo deteriorado consumó el olvido de lo estable y en buen estado. La estabilidad era una fantasía ante un presente focalizado en la oxidación y la putrefacción de los entes. Los deseos del porvenir se descomponían en el aspecto frío y angustioso de la muerte. La necrofobia extinguió a la esperanza y la enlazó a la lógica de la liquidación. El futuro marchaba hacia la desfiguración y el desfallecimiento de las aspiraciones personales.



El perecimiento temporal constituía una duración limitada. Los límites evocaban una finitud equilibrada. “*El equilibrio entre nacer y perecer es el devenir mismo.*” (Hegel, 1971, p. 97) Lo devenido era el comienzo y el final de una realidad desintegrada en su simetría constitutiva. La desintegración propagaba el advenimiento de una serie de cuerpos consumido en su transitoriedad. De la consciencia carácter transitorio de las unidades corporales surgieron múltiples parajes y quimeras existenciales.

En la fenomenologías existencial de Heidegger (1997): “*La temporeidad se temporeiza desde el futuro. El tiempo originario es finito.*” (p. 348) La finitud temporal puso límites a la acción ante la posibilidad de la muerte. Tras el eclipse de la temporalización moratoria del existencialismo subyacía la estructura de lo precedero. La temporalidad precedera codificó a un ente-humano ataviado por la angustia y destinado a buscar soluciones heroicas. La heroicidad y las acciones virtuosas constituyeron la resolución existencial de una *situación-límite* generada por en acabamiento infranqueable de los entes.

Interludios Morfo-temporales-I

El concierto teleológico

Los escenarios del concierto teleológico se ordenaron en una estructura lineal. La tensión de la linealidad ajustó a los fines últimos y las causas finales a un esquema de relativa armonía. Las fases se unían y combinaban en una secuencia lógica que conducía hacia un estado definitivo. La imagen de un período concluyente le dio fuerza de al eje categorial entre pasado y futuro. El porvenir lucía como una conclusión perfecta. La capacidad de concluir garantizaba el compás rítmico y las construcciones narrativas de la historia.

La historia teleológica fue objetada desde la lógica del caos y lo aleatorio. El azar cósmico contrastó con la idea de un progreso lineal hacia una instancia superior. El único fin último residía en la indeterminación y la confusión de lo incierto. Los vectores

del principio de incertidumbre fueron usados para deslegitimar la idea de una sucesión ordenada. El desorden emergió como el mejor modelo para interpretar el decurso histórico. Las construcciones narrativas de la trama socio-histórica fueron socavadas desde lo fortuito.

Escenario-I: Finalidades supeditadas a leyes históricas

Los fines estaban condicionados por las leyes del progreso histórico. Las causas finales de la historia se encontraban determinadas por la evolución mental y tecnológica de los entes humanos. El progreso de la sociedad se hacía inteligible por medio de los parámetros y las certidumbres de la universalidad científica. La observación y la experimentación de la ciencia se oteaban como signo de mayoría de edad. Este estado de longevidad fue avizorado como la cumbre de la perfección y la organización política. La conciencia se expandía hasta un punto de máximo esplendor después de superar la virtualidad de la fantasía y la ideología.

Estructura de las objeciones: La historia no tenía leyes ni patrones universales. Los entes-humanos se desarrollaban en un devenir caótico. El caos carecía de fines preestablecidos. Lo aleatorio y contingencial marcaba destino de la especie. La certidumbre científica era una fantasía. La incertidumbre dominaba al mundo microfísico y macrofísico (matriz cuántica).

Escenario-II: Finalidades supeditadas a proyectos utópicos

Los fines estaban condicionados por proyectos y programas utópicos. Una instancia paradisiaca determinaba las causas finales y alimentaba la esperanza colectiva. La construcción de “*un mundo mejor*” estimulaba la imaginación creativa de la intelección histórica. En el decurso de la historia se pasaba de una sociedad de contradicciones y asimetrías a un orden de justicia (desigualdad invertida). Esa instancia perfecta y óptima era consumada mediante la expansión de la conciencia de un determinado sector clase. Cuando la actividad consiente se redimensionaba llegaba el momento para consumir el programa por medio de reformas o revoluciones (versión secular del Juicio Final).

Estructura de las objeciones: La historia no podía desembocar en un mundo perfecto. Las utopías eran espacios sin territorio concreto. El mundo real estaba condenado a un orden desigual y antagónico. Las asimetrías de la trama social sólo podían ser aminoradas. El reino de la justicia absoluta era una quimera. Las revoluciones y las reformas degeneraban en nuevos estados de injusticia (principio de inversión).

Escenario-III: Finalidades superpuestas a estadios acumulativos

Los fines estaban condicionados por la acumulación de etapas y procesos. El acrecentamiento de fuerzas y destrezas colectivas determinaba a las causas finales. Las virtudes de la experiencia histórica eran aplicadas a la intelección del progreso. La sociedad progresaba de un estado de saber primario a un estado de mayor complejidad y rendimiento mental. La mente colectiva se expandía bajo la lógica de la superposición de capas. Los procesos superpuestos llegaban con armonía hasta un momento de máxima complejidad y armonía en el cual las formas presentes se sintetizaban.

Estructura de las objeciones: La historia no acumulaba saberes para llegar a un fin último. Las prácticas y conocimientos colectivos no evolucionaban de manera lineal. Existía un orden discontinuo donde los procesos se interferían y omitían. La omisión de una dinámica procesual implicaba la visibilización de otra. Esto no era sinónimo de progreso acumulativo. Los avances se ejecutaban en un caos de reconversiones adaptativas y fortuitas en las cuales se podían manifestar regresiones en aspectos específicos.

Escenario-IV: Finalidades sujetas a patrones naturales

Los fines eran condicionados por las disposiciones de la naturaleza. Los patrones implícitos en el orden natural predeterminaban a las causas finales. La espontaneidad y la regularidad de un orden universal eran aplicadas a la intelección de la evolución humana. El hombre pasaba de un estado embrionario y elemental a la consumación de los designios inherentes a las propiedades del mundo (sustancia). La conciencia era madurada en un proceso de adaptación orgánica. Una instancia se concretaba cuando las inclinaciones naturales llegaban a su meta preestablecida.

Estructura de las objeciones: Los patrones cambiantes de la naturaleza no integraban un fin capaz de influir en la historia humana. El devenir histórico estaba influenciado por causas a cualquier parámetro universal. La singularidad del azar se imponía en detrimento de las normas fijas. Las regularidades de los ciclos naturales no traducían leyes ni eran aplicables a los acontecimientos de la humanidad. La especie se desenvolvía sin designios que le antecederan. Las finalidades eran siempre circunstanciales y no dependían de un orden superior.

Temporalización de la obra-I: la cohesión extendida

Matriz de inscripción: el libro absoluto

El libro absoluto constituyó un texto voluminoso en el cual se desarrollaban ideas decisivas y categóricas. Las ideas incondicionales aspiraban un juicio completo y omniabarcante. Las pretensiones totalizantes se insertaban en la síntesis de un *continuum* generacional. La continuidad sintética posibilitaba la resolución de problemas milenarios en los límites de su condición espectral. La voluntad de trascender milenios exigía un alto nivel de sistematicidad. La aptitud sistémica se enmarcaba en una línea tensa y prolongada (predominio del Teino).

La sistematicidad de libro absoluto excluía cualquier relación externa a la constitución de la obra. Las ideas se encerraban sobre sí en posturas dogmáticas y doctrinarias. La rigidez del dogma se revestía de una extrema coherencia. La actitud lógica aspiraba la reproducción del calco y la réplica ulterior. La reproducción sería se compaginaba con los principios de una lectura-única donde múltiples exegetas y hermeneutas intentaban alcanzar la “interpretación correcta”. Ejemplos referenciales: *La Fenomenologías de Espiritu* de Hegel o *Ser y Tiempo* de Heidegger

Matriz de sonoridad: el leitmotiv

El *leitmotiv* constituía un motivo central o recurrente en una obra musical. El desenvolvimiento de la puesta en escena procuraba un alto nivel de cohesión conceptual. Cada unidad de sentido se desarrollaba conforme a una estructura

monumental y vanguardista. Las disrupciones estéticas intentaban superar los cánones y patrones estatuidos. La integración de símbolos y referencia se hacía de acuerdo a un orden lineal. La linealidad se traducía en una narración concreta o abstracta.

El desenvolvimiento narrativo de *leitmotiv* buscaba construir una figura de culto. El performan tenía aspiraciones totalizante. La idea de un arte total se imponía con la integración de otras dimensiones estética como la dramaturgia o la poesía. La intención era construir un modelo inigualable para las generaciones posteriores. La complejidad de la obra demandaba una audición intenta y dedicada. Ejemplos referenciales: *El Anillo de los Nibelungos* de Richard Wagner *La Consagración de la Primavera* de Stravinski.

Temporalización del cambio-I: La revolución social

Fase-I: lo cíclico

La revolución se encuentra vinculada a la plexo etimológico de "*retorno*" y "*volver*" (Corominas, 1974). Bajo esta primera ramificación se conceptualizó el curso cíclico de los planetas y las estrellas. A partir del siglo XVI se convirtió en metáfora de los cambios sociales e históricos. Las transformaciones de la sociedad se soportaban en una equivalencia entre ciclos políticos y estelares. Hobbes (1989) analizó el paso de la monarquía al sistema parlamentario a partir de los movimientos estacionarios y circulares de los cuerpos celestes. Esto tradujo la metaforización de una serie de procesos cerrados sobre sí (Keselleck-2001).

La revolución connotó la influencia de los patrones cósmicos sobre los procesos y acontecimientos humanos. El paso de un sistema sociopolítico a otro dependía del influjo de las inclinaciones y traslaciones estelares. El ciclo de los planetas y las estrellas metaforizó la circularidad de los cambios entre modelos de gobierno. Los desplazamientos revolucionarios de cerraban en un círculo de repeticiones fácticas. Esta facticidad se transformó en un contrasentido en las transmutaciones conceptuales del término entre finales del siglo XVII y el siglo XIX.

Fase-II: lo lineal

La revolución también se encuentra asociada con el plexo etimológico de "revolver" (Corominas, 1974). La connotación semántica de *lo revuelto* supone "inquietar" y "enredar". Desde finales del siglo XVII y principios del XVIII la revolución se vinculó con la agitación de los cambios radicales en materia política y tecnológica. La radicalidad tradujo un movimiento violento y desestabilizador. La violencia revolucionaria se insertó y engranó en la dinámica progresista de la línea recta. El progreso lineal implicaba una transformación profunda de las estructuras y procesos de la sociedad a partir de la destrucción de las formas preexistentes. La acción de revolucionar dilucidaba las pretensiones de transgredir lo establecido en función de *lo-nuevo*.

El impulso revolucionario denotó aceleración a partir de finales del siglo XVIII bajo un numen maquinal. La revolución constituía una maquinaria que debía acelerar transformaciones de la sociedad. El carácter acelerado e implacable de la revolución trabajó en oposición a la reacción (enclave de los conservadores). Los revolucionarios buscaban un progreso cimentado en una inversión de jerarquías y en una superación definitiva de las contradicciones sociales. En el siglo XIX la revolución se dotó de la racionalidad calcularia y previsiva de la planificación social. Pero surgió un *campo dilemático* de orden estructural: los cambios bruscos de la se veían afectados por la posibilidad de retornar a una etapa inferior a la que se aspiraba superar gracias a la desestabilización generada (espectro inconsciente de la otrora connotación cíclica).

Conversiones Mórficas-I

Las conversiones mórficas del dominio del *Teino* estaban vertebradas en el imaginario mecánico y bélico. La industria pesada y la guerra construyeron los códigos ónticos y performativos de los sujetos. La definición de la puesta en escena estaba determinada por la consistencia sólida y rígida del progreso. Lo blando e inconsistente se encontraba excluido de la cronoplasia. Un ente de carácter obstinado y persistente en función de la simbiosis: aceleración-duración. El tiempo acelerado estimuló los

impulsos maquinales y agonistas de los cuerpos hasta el extremo de transfigurar su identidad.

La resistencia de los cuerpos con impulsos maquinales y agonistas era restringida. La mecánica industrial y la disciplina militar se basaban en la docilidad. Los cuerpos dóciles estaban apegados a parámetros y preceptos estrictos. Las extremidades se movían con un rigor minucioso y estandarizado. Una “microfísica del detalle” (Foucault, 2002) garantizaba la eficacia operativa y la secuencialidad motora. Pero la *capacidad de genera efectos* de manera secuencial posibilitada una subversión persisten y anegada.

El hombre-máquina

El sujeto imitaba los procesos maquínicos en el contexto de la producción serial (esfera concreta de la revolución industrial). El performan de las máquinas se soportaba en desplazamientos regulares y automáticos. La automatización de las operaciones corporales se enmarcaba en una estandarización productiva. Los estándares de la industria debandaban un *movimiento perpetuo*. La perpetuidad sólo podía ser emulada mediante una despersonalización ascética. Al final del proceso: el ascetismo genesíaco fue sustituido por los implantes mecánicos y electrónicos de Cyborg.

Resistencia hipotética: El hombre-máquina podía resistir a través de la regularidad de sus desplazamientos. La supresión de la irregularidad humana tenía un potencia subversivo. La subversión de los sistemas predominantes requería de acciones prolongadas. El movimiento perpetuo efectivizaba la vulneración del orden. Las capacidades transgresoras del cuerpo se agudizaban cuando el sujeto escapaba de la gravedad de su persona. La despersonalización transfundía una violencia mecánica y sin dubitaciones humanas (operación: deslastrase de los límites de la especie).

El obrero-militar

El obrero asumía la disciplina del estamento militar en un contexto totalitario (esfera concreta del colectivismo). El performan de la guerra se soportaba en un desplazamiento sincronizado y combativo. La beligerancia de las operaciones

corporales se enmarcaba en una reglamentación coercitiva. Las coerciones del orden disciplinario exigían una renuncia de sí-mismo. La auto-anulación sólo se hacía efectiva mediante la colectivización del trabajo forzado. Las labores obligatorias eran superadas por los ideales y convicciones del trabajador de choque.

Resistencia hipotética: El obrero-militar resistía a través de su capacidad combativa. La disciplina coercitiva permitía la sincronización de sus movimientos. Las acciones sincrónicas eran conductores de una eventual lucha colectiva. La lógica colectivista del “nosotros” demandaba un alto grado de auto-anulación. Al estar deslastrado de sí-mismo podía establecer una sinergia efectiva con los movimientos revolucionarios. La transformación radical de la sociedad requería del adiestramiento físico y mental al cual él había sido sometido.

El engranaje-biótico

El sujeto imitaba las piezas internas de una maquina en el marco de una organización centralizada (esfera concreta del burocratismo). El performan de las ruedas dentadas se basa en un desplazamiento específico y cíclico. La circularidad de las acciones corporales se enmarcaba en una funcionalización sinérgica. La sinergia funcional del sistema de planificación central demandaba un alto nivel de eficacia operativa. La capacidad de generar acciones puntuales sólo era posible mediante una deshumanización tecnocrática. Al colocarse la técnica por encima de la especie humana: emergía la docilidad de agentes con funciones precisas.

Resistencia hipotética: El engranaje-biótico resistía por medio de la especificidad de sus movimientos. La eficacia y la precisión definían su accionar rutinario. El carácter preciso de sus actos le permitía ser incisivo en sus operaciones transgresoras. La realidad era violentada por su intelección funcional y cíclica. La ejecución de funciones subversivas estaba por encima de sus ideales (pragmatismo radical). La clausura de su condición humana no suponía la supresión de las facultades puntuales de su vitalidad.

Los martillos-antropomórficos

Los martillos hacían una anamorfosis con el hombre disciplinario en el marco de la intelección crítica de un delirio psicodélico (esfera simbólica de *The Wall* de Pink Floyd). El performan disciplinario se soportaba en desplazamientos rígidos y secuenciales. La secuencialización de las operaciones corporales se enmarcaba una conducción pedagógica. El régimen de la escuela demandaba una formación serial. La serialización sólo podía alcanzarse mediante el direccionamiento conductual. El control punitivo de las conductas terminó modelando a un sujeto-fascista.

Resistencia hipotética: Los martillos antropomórficos resistían por medio de la capacidad destructiva de su dureza. La destrucción le permitía operar como un constructor de lo nuevo. Inéditas posibilidades podían emerger a partir del derribo de los muros de su entorno claustrofóbico. La asfixia opresiva podía ser contratada con la orientación transgresora de sus desplazamientos secuenciales. Los movimientos acompasados de su performan poseían un alto potencial bélico. Aunque la beligerancia podía degenerar en la megalomanía y la psicopatía de un fascista disociado.

La cronoplasia en la marcha de los cuerpos dóciles

El dominio morfo-temporal de *Teino* modeló a un cuerpo dócil. La docilidad resultó del rigor austero y normativo de los regímenes de producción industrial. Los imperativos de la industrial capitalista insertaron a las unidades corporales en la marcha unidireccional del tiempo lineal. La linealidad progresiva operó desde una ingeniería social cimentada en la cultura del sacrificio colectivo. El empuje de los actos abnegados se evidenció en los compases rítmicos de la estética totalitaria. Los programas totalitarios fueron el punto de mayor perfección de la modelación simbólica y operativa de los sujetos disciplinados.

La disciplina condición una marcha secuencial y regular. La regularidad suponía un movimiento ordenado y acompasado. La reglamentación de los desplazamientos implicó la rigidez y la precisión en el despliegue de las extremidades. La motricidad simétrica y exacta estuvo acompañada de una disposición volitiva estructurada para

suprimir las dubitaciones por medio de tendencia irreflexivas. La indecisión operativa atentaba contra el orden programático y planificado de la temporalidad progresista. El progreso era propulsado por la rectitud moral y performativa de los cuerpos dóciles.

Los cuerpos dóciles desarrollaron una atención focalizada sobre el conjunto de pasos de la actividad productiva. La producción material esgrimía una perspectiva colectiva e histórica de las funciones específicas. La división del trabajo era dinamizada por una visión sinérgica y acelerada de la noción de cambio. La transformación de la realidad trabajaba desde los ángulos y patrones del mecanicismo. La idealidad de la máquina patentó una visión uniformada y estandarizada de la existencia. La mirada atenta y uniforme se consolidó con los preceptos de la disciplina militar.

La memoria de los cuerpos dóciles se centró en el orden disciplinario de los actos y procedimientos de la trama agencia. Las acciones concretas de la industria se colocaron por encima de las tradiciones y costumbre que frenaban el progreso. El progresismo suponía una mnemotecnia violenta de los esquemas y procedimientos de la labor fabril. El trabajo configuró los estereotipos dinámicos de los regímenes y rutinas del adiestramiento colectivo en función de un orden teleológico. Las unidades corporales fueron adiestradas desde la reglamentación y los deberes demandados por los programas utópicos y causas finales. Las utopías políticas trataban de ser materializadas desde la interiorización deontológica y operacional de una serie de preceptos fijos.

La interiorización deontológica y operacional buscaba direccionar los deseos hacia monumentales proyectos colectivos. La cronoplasia del colectivismo incitaba a la postergación de las voliciones que disipaban las energías corporales. Las unidades corporales debían someterse a la cultura de la procrastinación de las actividades ociosas y placenteras. El ideal ascético de los puritanos se integró a la temporalización ingenieril del maquinismo. Las máquinas configuraban un futuro histórico de plenitud y requerían de la renuncia personal de los sujetos para lograr emular sus ritmos. La despersonalización era la derivación inmediata del acoplamiento rítmico a los autómatas mecánicos (matriz del hombre-máquina).

La actividad maquina se transformó en un lenitivo para la existencia de los sujetos “ese carácter mecánico, esa entrega objetiva, impersonal al trabajo es un poderoso antidepresivo contra el sufrimiento” (Duque F, p. 86). La vida del sujeto moderno saldó su inestabilidad emocional en la puntualidad y la irreflexibilidad mecanizada. El ideal del motor perpetuo fue aceptado como un antídoto contra los conflictos propios de la neurosis social. Las conductas neuróticas fueron ocasionadas por la excesiva contención de las pulsiones primarias y el sometimiento ante los símbolos de autoridad. Las cadenas de mando constituyeron una psiquis estandarizada y serial. La serialización de las unidades corporales encarnó el exceso de límites y barreras de un proceso de cronoplasia edificado sobre la austeridad.

El dominio del Temno

Morfologías Post-óptimas

Sinopsis preliminar: Las morfologías post-óptimas operan desde el esquema del desmoronamiento histórico y el deterioro progresivo. Una tempestad eclipsa y vulnera la claridad del progreso utópico y lineal. La corrosión de las narrativas optimista deviene de las imágenes evocativas del apilamiento de escombros y el acabamiento orgánico. La fatalidad y la decadencia dinamizan la percepción temporal. El tiempo nubla la existencia de los sujetos en los parajes turbulentos y beligerantes de un declive generalizado. La agonía de la civilización luce inminente.

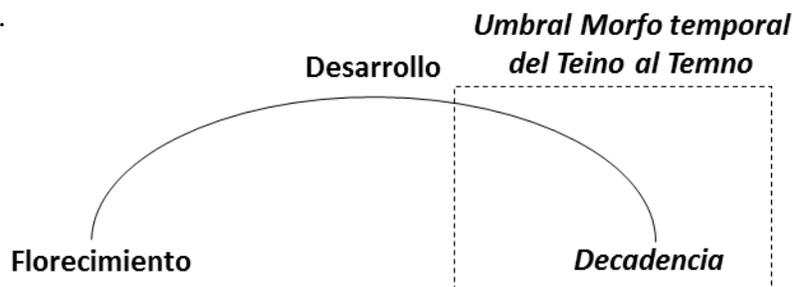
La decadencia

La decadencia metaforiza una temporalidad de deterioro y declive. La declinación trasluce un tiempo de agonía y entropía negativa. La degradación reproduce el arquetipo de una parábola en fase decreciente. El decrecimiento parabólico constituye una degeneración histórica y cultural. El *Teino* disminuye su tensión narrativa de manera gradual y dilucida el umbral que conduce al final de su hegemonía semántica. El *Temno* se impone como tendencia de desintegración y solapamiento de los sentidos preexistentes.

La percepción decadente tiene como antecedente a las corrientes nihilistas de finales del siglo XIX y se consolidó en el interludio de la primera post-guerra del siglo XX. Spengler O (1966) interpretó a la historia como una morfología orgánica de generación, crecimiento y decadencia. La última etapa encarnaba el momento de la gestación de su obra. Occidente había entrado en una fase de deterioro y declive. El imaginario de la declinación evocaba una mirada fatalista que se oponía a la idea de progreso histórico y legitimaba el surgimiento de movimientos totalitarios (intento reaccionario de revertir la tendencia).

El régimen discursivo de la temporalidad decadentista excluye la idea de progreso ascendente y las ofuscaciones optimista del desarrollo maquinico. La agonía y el derrumbamiento de la trama social-histórica son exaltados con efusiones pesimistas. Este pesimismo se asocia con una ambiente crepuscular. El crepúsculo es síntoma de debilidad y rendición. Pero “...*el relato de la decadencia acompaña la relato de la emancipación como sombra.*” (Lyotard, 1986.p. 40). Ciertas pretensiones emancipadoras eclosionaron de manera solapada y se exteriorizaron en los delirios psicopolíticos del fascismo.

La temporalidad de la decadencia cultiva la memoria de los momentos de gloria y estabilidad del pasado. El pretérito se es idealizado al configurar el olvido de las contradicciones anteriores. El presente está focalizado en la declinación de los procesos actuales. La tendencia de declive suelen ser subsumidas con acciones reaccionarias y totalizantes. Los movimientos totalitarios alimentan los deseos de revertir por la fuerza la muerte inevitable del continuum civilizatorio. La esperanza queda signada por las disyuntivas y dilemas de futuro enmarcado en un renacer no-cíclico (la curvatura nunca se cierra).



La decadencia temporal opera contra los postulados y preceptos del mecanicismo. Spengler O (1966) expresaba: “*es necesario abandonar la concepción mecánica de la historia por una perspectiva orgánica y morfológica.*” (p. 55) La forma del organismo perdió su antigua connotación evolucionista y se insertó en una parábola de crecimiento/decrecimiento. En la fase de decadencia —fuera del análisis spengleriano— los cuerpos son reducidos a una serie de movimientos iracundos y reactivos que tratan de contravenir la amenaza de extinción. Para evitar la desaparición definitiva se terminan programando acciones despersonalizadas y sacrificiales (trabajo forzado). La anulación de sí-mismo en función de la reversión histórica y colectiva determina al sujeto ceñido a un declive civilizatorio.

El fatalismo de la decadencia histórica degenera en extremismo totalitario. Los sistemas opresivos emergidos del declive civilizatorio inducen la construcción de hombres degradados ante la promesa de una redención colectiva. El trabajo forzado y heroico define al performan de los sujetos. La puesta en escena de los cuerpos caduca en prescripciones y direccionamientos distópicos. En estas utopías negativas la condición individual desaparece en la homogeneidad de las masas. La masificación conduce a un sacrificio general de las unidades corporales en función de una civilización que se niega a morir en su narrativa trágica.

La montaña de ruinas

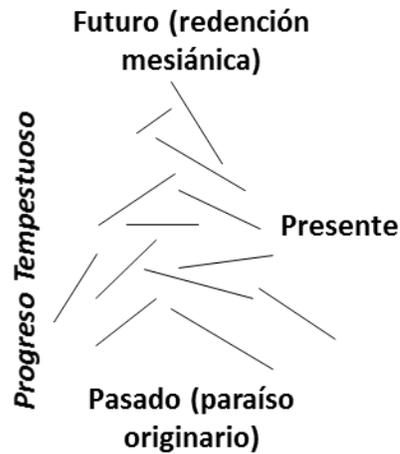
La montaña de ruinas metaforiza a una temporalidad caracterizada por el desmoronamiento y la aglomeración. Las ruinas aglutinadas son expresión de un tiempo beligerante y tempestuoso. Las turbulencias atmosféricas descompones a la línea recta y progresiva. El tiempo optimal del progreso técnico y social es sustituido por un apilamiento vertical de fragmentos. La tendencia fragmentaria coloca al *Temno* por encima del *Teino*. El numen de la desintegración y la catástrofe perturba la duración armónica.

La linealidad del progreso comenzó a ser cuestionado a partir de las imágenes de la guerra. Uno de los primeros antecedentes de esta tendencia se encuentra a obra

pictórica *Con razón o sin ella* de Goya donde se evidencia una semiosis metafórica de la derrota napoleónica en Rusia: los hombres mutilados y deformes representaban los ideales de una ilustración que quedaba reducida a escombros. Este panorama se acentuó en los albores del siglo XX cuando los avatares de la Primera Guerra Mundial rompieron con los sueños utópicos del progresismo y el historicismo. La historia universal fue entendida por Benjamín W (2008) como una catástrofe de ruinas apiladas donde el progreso era una tempestad y la revolución una interrupción mesiánica. El rostro desencajado del *Ángelus Novus* de Klee constituía un el numen (o punto de evocación) en el cual se observaban sólo escombros y cadáveres. El devenir se interpretaba de manera pesimista y nihilista.

En el régimen discursivo de las ruinas apiladas *la continuidad* se convierte en una fábula de la historia de los opresores. *Lo discontinuo* (temno implícito) es enarbolado y exteriorizado como narrativa de los oprimidos. Para Benjamín (2008) el tiempo de la historia universal era homogéneo y vacío. La vacuidad de la linealidad es alterada por la imagen de lo multilateral e integral. La multiplicidad caótica transfunde el mito de la unidireccionalidad y las leyes del progreso. La única dirección posible se encuentra en la pureza de la catástrofe.

La catástrofe de la temporalidad apila la memoria de los procesos desintegrados y sepultados en el pasado. El pretérito es controlado por las clases opresora que programan el olvido de las contradicciones y sólo puede ser redimiendo mediante el asalto de la conciencia del presente (Benjamín, 2008). La presencia actual es el foco agitado de una serie de combates y contiendas desgastantes. El desgaste corporal es ocasionado por una serie de acciones trágicas y temerarias. El futuro se amontona sobre los vestigios devastados por un progreso tempestuoso. La tormenta progresista sólo deja lugar a la esperanza de una redención mesiánica y disruptiva (escatología secular).



Las ruinas apiladas operan mediante el movimiento destructivo de los campos de batalla. La destrucción engendra una configuración desastrosa de la realidad. “*El desastre... es lo más separado que hay.*” (Blanchot, 1990 p. 9) La separación implica subvertir y deshabilitar la continuidad del tiempo. La temporalidad se pliega a un caos apocalíptico. La preparación súbita y tormentosa de un Juicio Final rehabilita la imagen del *Telos* utópico sin efusiones optimistas.

Las ruinas son “*la evidencia súbita y frágil del tiempo*”. (Auge M, 2003, p. 31). En la fragilidad de la temporalidad del siglo XX sólo se visualizaron los cuerpos mutilados y en posición fetal de la intemperie de una trinchera. El retorno al feto contrastó con el heroísmo idealizado de la caballería decimonónica (Cardín y otros, 2006). En el cataclismo del progreso y de la guerra: el único héroe es el sujeto-mesiánico. El mesianismo es en Benjamín (2009) el núcleo de la revolución de los oprimidos y la encarnación de una salvación gestada a partir de la interrupción del tiempo. Los revolucionarios de la historia disparan contra los relojes y le colocan freno a la locomotora del progreso (inversión de la metáfora de Marx).

Morfologías Bifurcadas

Sinopsis preliminar: Las morfologías bifurcadas operan desde un esquema ramificaciones y encrucijadas paradójicas. Las contradicciones de estos parajes engloban una intriga funcional. El tiempo se constituye desde las lógicas del ocultamiento y la resolución de acertijos. Una conjunción entre lo temerario y lo lúdico

se distribuye en un caos direccional. Las múltiples direcciones de estos escenarios insuflan los delirios de una composición alentaría. Una serie de cuerpos cotizados se consumen en la duda y el suspenso de un mundo de perplejidades e incongruencias.

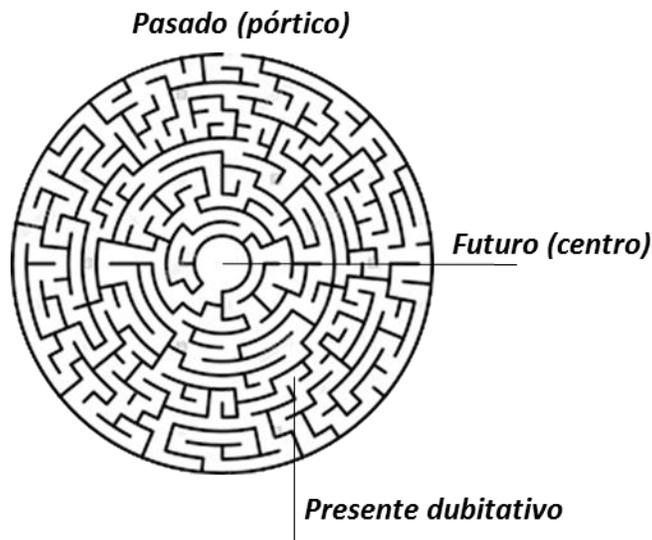
El laberinto

El laberinto metaforiza una temporalidad caracterizada por diversas bifurcaciones y perplejidades. Esta atmosfera perpleja es expresión de un tiempo de suspenso e intriga. La ocultación y el engaño encausan el arquetipo de una encrucijada de estructuras circulares (búsqueda del centro) o cuadriculares (deseo de salida). Bajo este sendero paradójico se configura una forma cerrada y obnubilante. El *Teino* se manifiesta en las rupturas y desviaciones del *Temno*. La tensión narrativa se mantiene en la desesperación derivada de las rupturas de sentido.

En las civilizaciones antiguas el laberinto fue utilizado como ritual de iniciación (caso babilónico) y como edificación protectora de monstruos (minotauro cretense). En la emergencia neobarroca del siglo XX se retrotrajeron las figuras laberínticas para oponerse a los parámetros unidireccionales de la modernidad progresista. En *El Jardín de los senderos que se bifurcan* Borges J (1974) los fenómenos temporales adquirieron un matiz laberíntico: “*El tiempo se bifurca hacia innumerables futuros*” (p. 479). Las múltiples alternativas del devenir colocaban a la existencia en la frontera del enigma y la disyunción. La profusión de opciones y trayectorias posible imposibilitaba cualquier destello de homogeneidad lineal.

En el régimen discursivo de la temporalidad laberíntica las trayectorias unidireccionales y predecibles son solapadas. El laberinto visibiliza la plétora de alternativas y posibilidades de la trama existencial. La existencia trasfunde las operaciones disyuntivas y los campos dilemáticos de un entorno confuso. La salida de la confusión es signo de superación interna y trascendencia personal. La trascendencia de los senderos bifurcados simboliza el paso de las tinieblas dubitativas a una luz paradójica. Las contradicciones derivadas desintegra la certidumbre racional del tiempo línea y cronológico.

El pasado de la temporalidad laberíntica trastorna la memoria vacilante y nebulosa de una instancia inicial a la cual es posible retornar (signo de regeneración). Los efectos de una arquitectura de mezclas y engaños conducen al olvido de las secuencias transitadas. La percepción del presente termina obnubilada por el advenimiento de múltiples opciones y alternativas. La opcionalidad heterogénea genera acciones marcadas por una carrera de dubitaciones y contradicciones intrínsecas. La interioridad del sujeto persiste en el deseo de cruzar el umbral y alcanzar la purificación (sentimiento oceánico). El futuro enverga la esperanza de resolver el acertijo y superar la perplejidad.



En laberinto temporal opera como un cruce de caminos y senderos que conducen a un punto de escape (centro). El efugio es la superación de un sistema cerrado de galimatías y quimeras místicas. *“El misterio participa de lo sobrenatural y aun de lo divino. La salvación de un juego de manos”* (Borges J, 1972, p. 605). Los intentos de solucionar la construcción lúdica reducen a los cuerpos a la suma de todos sus trayectos en un infierno de dudas e indefiniciones. Las trayectorias bifurcadas anteceden al sujeto y lo limitan a una existencia contradictoria.

Aducía Borges (1974): *“cada vez que un hombre se enfrenta con diversas alternativas opta por unas y elimina otras.”* (p. 478). La no superación del abanico de

opciones modela a un sujeto dubitativo. La duda y la indecisión definen a los sujetos insertos en el laberinto del tiempo. En la temporalidad laberíntica la percepción no puede desprenderse del espectro de lo enigmático e incierto. La incertidumbre extrémese y somatiza el devenir de los cuerpos. Las unidades corporales divagan en la irregularidad y el orden indeterminado de una racionalidad (malicia arquitectónica) ajena a su intuición frustrada.

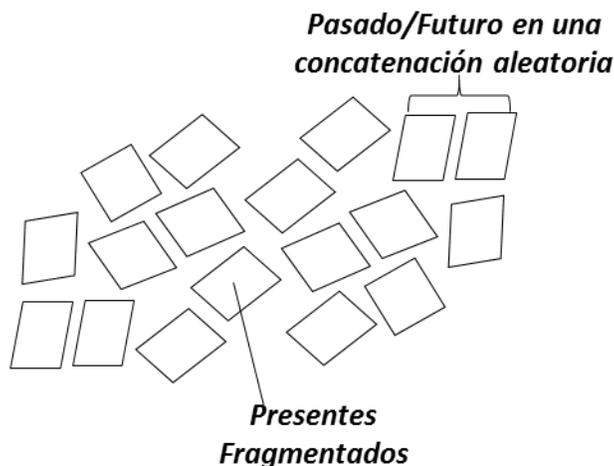
El rompecabezas anarco-episódico

El rompecabezas anarco-episódico metafórica una temporalidad lúdica y combinatoria. Las múltiples combinaciones posibles son expresión de un tiempo de adición y encaje de fragmentos. La fragmentación patenta un arquetipo indeterminado de piezas encajadas de manera desordenada y aleatoria. El azar impone sus reglas de formación en un circunloquio de trayectorias y parajes entrecruzados. El *Temno* predomina por medio de un sistema de cortes y ensamblajes caóticos. El *Teino* intenta arma escenarios de duración y tensión narrativa bajo recomposiciones no siempre coherentes.

La anarquía de episodios del rompecabezas temporal representa la polivalencia semántica de las obras escritas y la existencia individual en la deriva de la sociedad moderna. En la modernidad tardía ha surgido una heterogeneidad de discursos que pretenden ofrecen una visión unitaria y omniabarcante del tiempo por medio de las posibilidades combinatorias de diversos fragmentos textuales. En la novela *Rayuela* de Cortázar J (1977) se hiló un hipertexto estructurado bajo la lógica de la recombinación fragmentaria de escenarios y acontecimientos divergentes. La separación y la contradicción entre los segmentos posibilitaron múltiples lecturas fuera del orden cronológico. En la serie televisiva *Lost* (2006-2009): el desarrollo de los capítulos estuvo desprovisto de un guion global y las tramas eran enlazadas bajo la copulación técnica: *flashback/flashword* (Peña-Acuña B, 2014). El pasado y el presente se alteraban de manera constante a través de la convergencia de acciones paralelas y sin un decurso temporal estable.

El régimen discursivo de la temporalidad anarco-episódica excluye la continuidad y la secuencialidad del devenir. Las secuencias lineales son sustituidas por bloques y retazos dispersos. La dispersión inherente elimina el concierto teleológico de la historia en función de un juego de montajes visuales y temporales. La ordenación lúdica está asociada con la se asocia con la fotografía y el arte del collage. Las instancias fijas de la realidad se superponen en una lógica a-sistémica e incidental. La polisemia de los incidentes es narrada con vínculos estocásticos y desconcertantes (incongruencia post-narrativa).

El pasado de la temporalidad anarco-episódica reside en el recuerdo de hechos disipados en la lejanía y la proximidad de lo simultáneo. El oxímoron de las distancias simultáneas incluye al olvido como dinámica procesual de una serie de tramas sin concatenación ni secuencia. El presente está focalizado en segmentos de realidad ambivalentes y asilados. El aislamiento inter-segmentario incita a la ejecución de acciones discontinuas y dislocadas. El porvenir esta atinado por el deseo latente de recomponer las piezas sueltas en una unidad de sentido siempre cambiante y parcial. La esperanza divaga en la ensoñación de una fortuna revestida del caos y el azar.



El rompecabezas anarco-episódico opera a través de un conglomerado de relatos incoherentes y ambiguos. La ambigüedad quebranta y desintegra la linealidad de los discursos narrativos. No existe la tensión de un comienzo y un final. La ausencia de un

hilo tenso reduce a los cuerpos a los fragmentos desarticulados de su existencia confusa y esquizoide. La esquizofrenia resultante engloba la configuración de actuaciones apegada a un tiempo de interrupciones difusas e incidentes anodinos.

Jamenson F (1991) señala que el esquizofrénico “*queda reducido a la experiencia material de los significantes... una serie de presentes... carentes de toda relación con el tiempo.*” (p. 64) La ruptura de la temporalidad y el presentismo derivado modelan a un sujeto de personalidad desdoblada. El desdoblamiento psíquico construye personajes complejos y con rasgos contrapuestos dentro de la unidad de sí (tan villanos como héroes en una misma trama). La carencia de unidad personal es producto de una praxis desprovista de un hilo narrativo sólido. En *Rayuela* Morelli justifica sus incongruencias narrativas desde la una alegoría fotográfica: “*...no podemos aprehender la acción sino tan sólo sus fragmentos eleáticamente recortados.*” (Cortázar, 1977 p. 532) Los recortes eleáticos del rompecabezas anarco-episódico prefigura la mándala discontinua y delirante de una colección de fisuras atemporales (profanación neobarroco).

Morfologías simultáneas

Sinopsis preliminar: Las morfologías simultáneas operan desde un esquema de multiplicación dimensional y la sincronización ambigua. La confusión resultante reviste una diversidad integrada de coexistencias metamórficas. Los cambios de forma son transfigurados por imaginación heterogénea. La lógica de la hibridez y la mezcla se compaginan con amplios márgenes de trascendencia espacio-temporal. El tiempo y el espacio son alterados por una conciencia inserta las coordenadas de un devenir de tramas paralelas. Las interacciones paralelistas constituyen el juego delirante de una variedad de escenarios intercomunicados desde dimensiones distintas.

El caleidoscopio

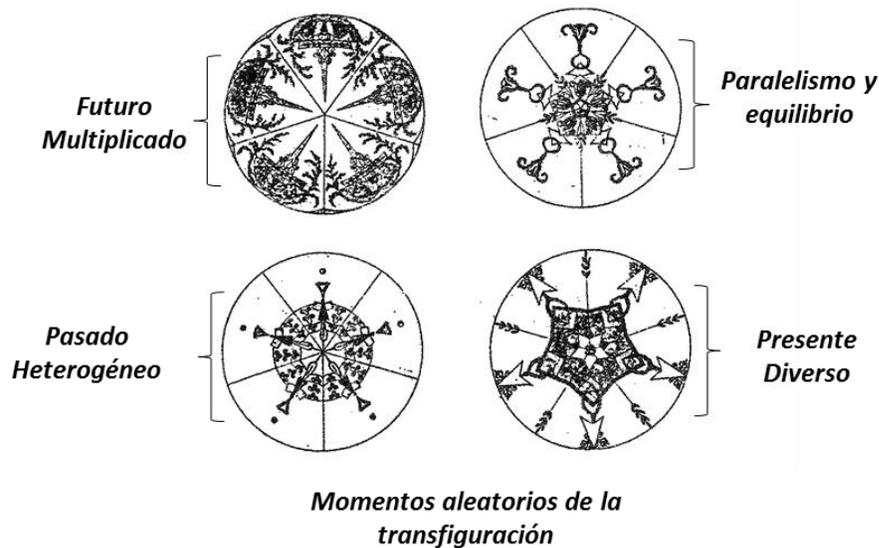
El caleidoscopio metaforiza a una temporalidad heterogénea y variable. La variabilidad es expresión de un tiempo de mezcla y hibridación. La transposición de formas y colores está encuadrada en el arquetipo de una multiplicidad de tramas simétricas. El equilibrio formal establece el paralelismo y la sincronía de imágenes integradas en un círculo cerrado. El *Temno* se manifiesta en los cortes y transfiguraciones de la realidad. El *Teino* aparece de manera difusa en las tensiones y contorciones de la inestabilidad figurativa.

El caleidoscopio fue creado en 1816 por David Brewster con la intención lúdica de mostrar la transfiguración de las formas perceptible con una enigmática simetría. En el siglo la transfiguración caleidoscópica se convirtió en modelo estructural del tiempo. En Benjamín (2009) representó una evocación del carácter variado y multilateral de la historia. La multilateralidad se integró al desmontaje y la deconstrucción de la historiografía neobarroca. Los historiadores tardo-modernos —como Foucault M (1973) y Kosselleck R (1993)— comenzaron a combinar diversos elementos erráticos al acoplarse a las situaciones y las circunstancias de un juego simultáneo. La paridad temporal de lo heterogéneo trabajó mediante la yuxtaposición de tramas y devenires en perpetua simbiosis.

En el régimen discursivo de la temporalidad caleidoscópica excluye los parámetros unitarios y jerárquicos de la historia. El devenir histórico compone la coexistencia metamórfica y recíproca de lo heterogéneo. Los compuestos de diversa naturaleza interactúan en una multiplicidad integral de elementos convergentes y divergentes. La unión y la separación de las formas prioriza una superposición errática. La *estética del error* denota la armonía del caos frente a los desajustes del orden homogéneo. Las estructuras uniformes son invisibilizadas en un juego de contorsiones multifocales y polirítmicas.

La temporalidad caleidoscópica multiplica los recuerdos distorsionados y alucinantes de un pasado que coexiste en el presente de manera simétrica. El equilibrio

del antes y el después omite los órdenes causales e implicativos del ahora. El instante es el punto de convergencia de diversas modulaciones y transfiguraciones morfológicas. Las imágenes transfiguradas incitan al despliegue de acciones lúdicas y en armonía con lo múltiple. La nebulosa del porvenir disemina a los deseos de una diversificación creciente de escenarios y situaciones. Esto alimenta la esperanza de un mundo plurívoco y polisémico.



El caleidoscopio temporal des-multiplica a un conjunto de figuras disimiles en juego de montajes y superposiciones. Así crea “*la perfecta y cerrada simetría de las formas visibles desde su riqueza inagotable.*” (Didi-Huberman G, 2011 p. 190). No se agotan las metamorfosis incesantes una estructura maleable y omnipresente de una formación tubular con varios espejos inclinados en su interior. Lo múltiple se integra en lo uno bajo la sombra de una filiación antinómica entre pluralismo y monismo. La pluralidad monolítica reduce a los cuerpos al cruce de actos e intensidades de una deconstrucción visual de objetos irregulares. Las representaciones deconstruidas de la temporalidad caleidoscópica enmarcan a un sujeto por el tiempo polimórfico y multicolor de un sueño psicodélico.

En la narración de una experiencia con ácido lisérgico (década de los 60 del siglo XX) se logró extrapolar la siguiente expresión: “*Y fuuu... fantástica burbujas de neón subiéndoles del corazón a la cabeza ¡espejos craneales! de un caleidoscopio nipón.*” (Wolfe T, 1997 p. 206) La temporalidad caleidoscópica —en su versión más radical— modela a un sujeto que delira en una mezcla infinita de colores y formas transfiguradas (con o sin alucinógenos). Las transfiguraciones polimórficas engendran un performan distorsionado y correspondencia con las precipitaciones metales de la era psicodélica. La distorsiones performativa degeneran en una hibridación cultural e identitaria sin precedentes. Lo híbrido se soporta en el encuentro de lo mixto e impuro. La impureza perceptiva y la ausencia de referencia fija conducen a una simbiosis universal de delirios que pasan de las manifestaciones psicotrópicas a la pluralidad *mass-mediática* (último reducto del transfigurador temporal).

Las espirales traslativas

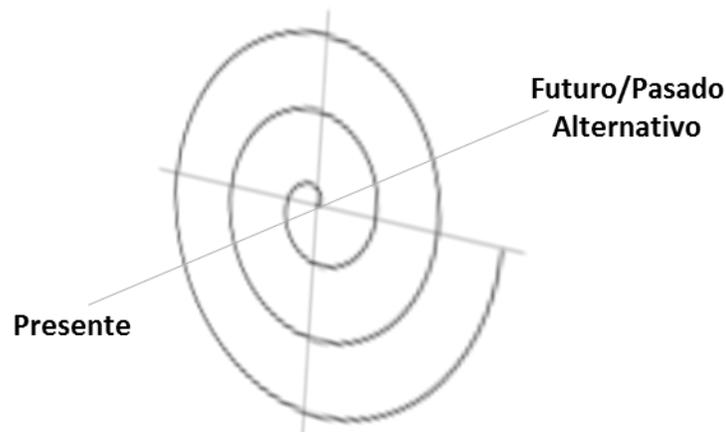
Las espirales traslativas metaforizan a una temporalidad de transferencias y renitencias cuánticas. Los cuantos de energía interactúan en la configuración de un tiempo de inmersión y transporte multidimensional. Los intercambios entre dimensiones hipotéticas travisten el arquetipo de una circularidad radial con una intercepción perpendicular en su centro. Las intercepciones recrean el modelo de un traspaso de materia entre distintos planos geométricos. El *Temno* interfiere en una realidad para interactuar con otra. El *Teino* patentea el vértigo de la extensión entre dos mundos paralelos.

Las civilizaciones antiguas han utilizado a las espirales transitivas como símbolo de trascendencia de la realidad hacia una instancia superior (paso de lo profano a lo espiritual). En la sociedad moderna alimentaron el imaginario tecno-científico del a partir del estudio de los corpúsculos microfísico de la teoría cuántica. “*La resolución de las ecuaciones cuánticas de ondas permite establecer la probabilidad de encontrar una partícula en distintos lugares.*” (Gott R, 2014 p. 18) Esto condujo a la tesis de los universos múltiples: un mundo paralelo en cada lugar donde se encuentra una porción mínima de materia. El paralelismo de este multiverso ha intentado ser traspasado de la

esfera subatómica a la intelección científica y ficcional del macrocosmos. La referencia más emblemática ha sido el intento de abrir portales o vórtices electromagnéticos para interactuar con otros mundos.

En régimen discursivo de las espirales transitivas excluye la universalidad unitaria y a las predeterminaciones mecánicas. La superación de mecanicismo deviene del cuestionamiento de la idea de certidumbre. El *Principio de Incertidumbre* de Heisenberg W (1959) estableció que no se puede medir a la vez la posición y la velocidad de una partícula con precisión. Es imposible predecir la trayectoria real de las unidades mínimas de la materia y los procesos macrofísicos. Esto conduce a la exteriorización de múltiples parajes y dimensiones desde un vector de posibilidades infinitas. La historia única es sustituida por la existencia de una infinidad de mundos paralelos y realidades alternativas que pueden llegar a converger en los movimientos en espiral de un eventual vórtice electromagnético.

El pasado de la temporalidad transitiva es un mundo paralelo desarrollado como historia fáctica (sigue sucediendo lo sucedido) o ucrania (reconfiguración del sentido). En el pretérito se confabula el olvido cuántico de acontecimientos no-consumados o en estado potencial que siguen influyendo de manera solapada sobre la actualidad relativa. El presente se focaliza en la coexistencia subyacente de realidades alternativas (direcciones bifurcadas) y escenarios fallidos (sucesos no-acaecidos). Las acciones concretas están enmarcadas en el imaginario de la teletransportación y la interacción cuántica (material o mental). El futuro indeterminado se inscribe en el vector de posibilidades de trayectorias potenciales donde orbitan los deseos y la esperanza. El paralelismo limita al tiempo a una función de traslado entre un antes y un después deconstruido por los parajes de un multiverso complejo e incierto (experiencia evocada en el disco *Zeit* de Tangerine Dram).



En el imaginario de las espirales transitivas el tiempo opera desde diversos planos y ángulos de un multiverso. Los universos múltiples constituyen una estructura anárquica e indeterminada en la cual no es posible la linealidad. Las líneas rectas son abandonadas en función de una temporalidad de intercambios entre presentes equidistantes a partir de la aceleración de partículas o el aprovechamiento de elevadas concentraciones de masa. La equidistancia de la presencia reduce a los cuerpos a su cualidad de observador esposito (espectador) y materia transportable con cierta confluencia subatómica. Los tránsitos entre parajes alternos constituyen a un sujeto interdimensional y paradójico. Las paradojas sin resolución de los mundos paralelos y las realidades alternativas afectan la identidad de los entes-humanos (descentramiento cuántico).

Davies P (1993) proyecta en su análisis sobre los universos múltiples: “...*el mundo que nos rodea parece dirigirse de manera inevitable a una crisis de identidad.*” (p. 10) Los parámetros identitarias de los entes-humanos son desarticulados en la emergencia de un multiverso heterotemporal. El tiempo entendido como una espiral transitiva entre mundos paralelos modela a un sujeto sin realidad estable donde aposentar su conciencia. La actividad consciente es desintegrada en el vértigo y la turbulencia de un caos macroscópico. Un estado amorfo e indeterminado produce diversos pasados y

porvenires que se desarrollan en simultáneo sobre un presente confuso. Lo perplejo y enigmático se impone en la cobertura multifocal de lo real.

Morfologías Amorfas

Sinopsis preliminar: Las morfologías amorfas (oxímoron semántico) operan a partir de un esquema de figuras inconsistentes y estructuras disolutas. La inconsistencia degenera en momentos de flacidez y distorsión relativa. La consistencia blanda y la inconsistencia líquida se imponen en un paraje de desenvolvimientos volubles. Una circulación multidimensional transfigura y deforma a un devenir sin sostén ni gravedad. Los acontecimientos circulan sin una dirección gracias a la ausencia de canales y polos de atracción. La forma de lo informe constituye el oxímoron donde el sujeto se derrite y evapora.

Los relojes blandos

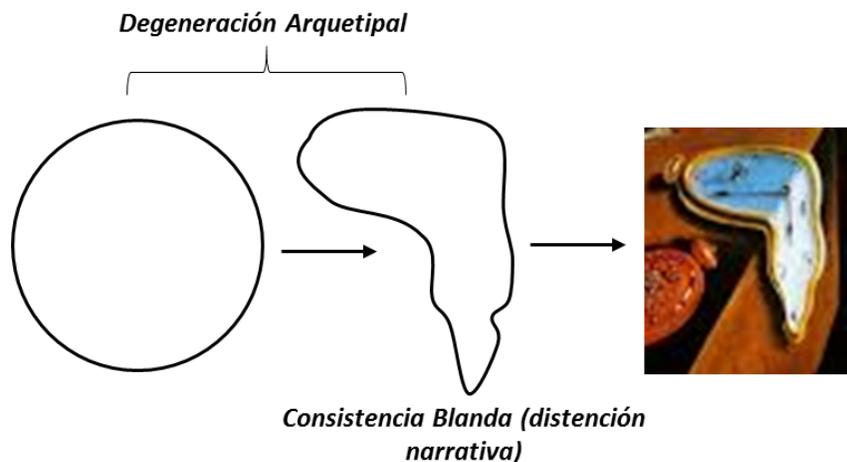
La anamorfosis de los relojes blandos metaforiza una realidad derretida y distorsionada. Las distorsiones son expresión de un tiempo en continuo discurrir y desmaterialización. La pérdida de consistencia material traduce una degeneración arquetipal de la circunferencia. El arquetipo analógico del reloj mecánico es desdibujado por un estado de flacidez. El *Temno* irrumpe con una tendencia a la desintegración parcial. La tensión del Teino se ve afectada hasta el extremo de disolverse.

En 1926 Salvador Dalí pintó la *Persistencia de la memoria* y recreó la anamorfosis de los relojes blandos. Esta trasposición onírica ha sido interpretarse como una manifestación pictórica de las distorsiones del espacio-tiempo enmarcadas en la Teoría de la Relatividad. El derretimiento de las piezas de relojería también expresaron —en una segunda lectura— la pérdida de tensión narrativa en la trama socio-histórica y las rutinas cotidianas (instantes de improductividad). Amabas interpretaciones sólo han sido aproximaciones de una figuración cuyo numen aparente fue la observación de un queso derretido. Estos desplazamientos surrealistas evocaron a un tiempo onírico

donde la composición morfológica se volvió laxa e indefinida. El inconsciente codificado termina fundiendo y licuando la percepción de la realidad.

El régimen discursivo de los relojes blandos excluye la solidez y la estabilidad del tiempo. La flacidez temporal opaca los movimientos rígidos y las regularidades mecánicas. La secuencialidad del mecanicismo es suplantada por un devenir derretido y agotado. La agonía de lo devenido es producto de influjo voluble y genuflexo de un consciente codificado. La representación onírica exalta la disolución y la consumación continua de la temporalidad. El pasado y el futuro se deslizan en una profunda distensión narrativa.

La memoria de la temporalidad emblanecida trata de persistir en la flacidez del pasado. En este pretérito sin consistencia se olvida la solidez de los valores y los ideales. Las acciones presentes están focalizadas en una actualidad informe y sin parámetros definidos. La indefinición degenera en una praxis indisciplinada y carente de reglamentaciones. Los deseos destilan en las pulsiones de un futuro onírico y representativo. La esperanza trata de sostener la consciencia ante el advenimiento de un implacable hundimiento psíquico.



Los relojes blandos operan desde la degeneración de una estructura persistente. La solidez estructural del reloj mecánico es sometida a un proceso de fundición. La circunferencia derretida traduce un desplazamiento de la realidad. Cuando un ente real

es desplazado se produce una anamorfosis (Sarduy, 1990). Estos cuadros anamórficos reducen a los cuerpos a estados de deformidad y desproporción. Un devenir informe temporaliza a un sujeto disipado en las sombras y los espectros de su consciencia (destellos oníricos del inconsciente).

La imagen de los relojes blandos modela a un sujeto desdibujado y endeble. La falta de claridad y precisión define a esta corporeidad deformada. La irregularidad se derrite y licua en la agonía existencial. La debilidad se expresa en un carácter desprovisto de temple y firmeza. La forma y el volumen no son capaces de sostener su praxis vital. La connotación moribunda e informe discurre en la vida plena de los automatismos inconscientes.

La liquidez evanescente

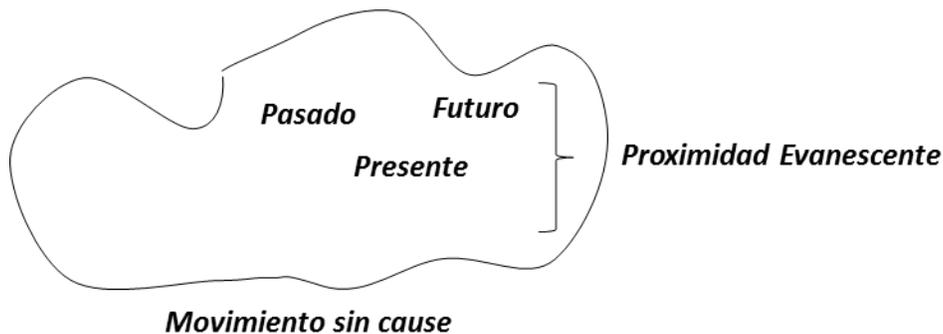
La liquidez evanescente metaforiza a una temporalidad soluble e inconsistente. La falta de consistencia es expresión de un tiempo adaptativo y ligero. La poca gravedad de esta morfología discurre en un arquetipo indefinido y amorfo. La falta de forma es resultado de la inexistencia de diques y canales fluviales. La acuosidad sin cause relativiza aminora la tensión del *Teino*. El *Temno* se desde la ausencia de conductos direccionales y mediaciones contentivas.

La metáfora de la liquidez evanescente comenzó cuando las obligaciones y exigencia irrelevantes del cálculo racional son derretidas. El derretimiento de las consistencias solidas implicó la superación de la alta gravedad mecanizada y la rigidez administrativa. La gestión flexible de la tardo-modernidad no implica fluidez que pensó Bauman P (2004). Los movimientos fluidos requieren una estructura o un cause capaz de patentar su direccionamiento (ejemplo singular del dominio de *Teino*). Desde finales del siglo XX la condición acuosa del tiempo se riega y se evapora sin un curso predeterminado. La intermisión y la evanescencia se diluyen en un núcleo de inconsistencia radical.

El régimen discursivo de la temporalidad liquida excluye la severidad y el rigor institucional. Los constructos societales opacan la estandarización y la verticalidad del

modelo disciplinario. La disciplina mecánica es sustituida por la flexibilidad. El carácter flexible se acopla a las funciones adaptativas y miméticas de la economía de mercado. Los imperativos de la oferta y la demanda emulsionan a la sociedad conforme a un devenir disoluto. Lo estable se disuelve en los estados de irregularidad e indeterminación programática.

La memoria de la temporalidad líquida se evapora en el olvido inmediato de los momentos y procesos pretéritos. Los influjos causales son omitidos y disueltos. El presente se encuentra ceñido a focos de actualidad sin compas rítmicos ni duración. Lo duradero sede ante acciones genuflexas y consumadas en el instante (no hay período de gestación). El futuro pende en voliciones coyunturales y desprovistas de programas sólidos. La esperanza queda regada en el horizonte incierto y sin proyecciones fiables (ausencia de parámetros coercitivos).



La liquidación del tiempo opera desde una estructura sin definición formal ni secuencia rítmica. Los movimientos acompañados pierden cabida en un mundo de sustancia disipadas en una superficie carente de canales direccionales. La operatividad social gotea y se consume en el instante. En los intervalos de consumación los cuerpos son reducidos a su función pulsiónológica. El orden de las pulsiones exige una satisfacción inmediata y no conoce órdenes programáticos (sólo en los límites de percepción obnubilada).

La liquidez modela a un sujeto en constante esparcimiento y evaporación. El orden y la regularidad acelerada ceden ante la ligereza instantánea. “*Las personas que se mueven... más rápido, las que más se acercan a la instantaneidad del movimiento son ahora las más demandadas.*” (p. Bauman Z, 2004 p. 124) En el instante evanescente sólo hay espacio algoritmos de operaciones específicas y sin una programación histórica. El carácter se deslastra de su solides para plegarse a las voliciones inmediatas del consumo. La consumación de los entes hace que la praxis de las unidades corporales desaparezca en una inconsistencia dinámica. Las prácticas inconsistentes y pulsionales encarnan el imaginario del hombre post-disciplinario.

Morfologías efusivas

Sinopsis preliminar: Las morfologías efusivas operan desde un esquema de desborde e implosión. El tiempo vulnera la realidad al rebasar sus límites. Las demarcaciones y fronteras son franqueadas por una excedencia de potencias. El poder excedentario libera energías destructivas. El devenir se exalta desde un proceso de intensificación praxiológica. La praxis intensa deviene en una radicalización de las posturas vitalistas. Los sujetos transgreden las fronteras de los humanos.

El desborde

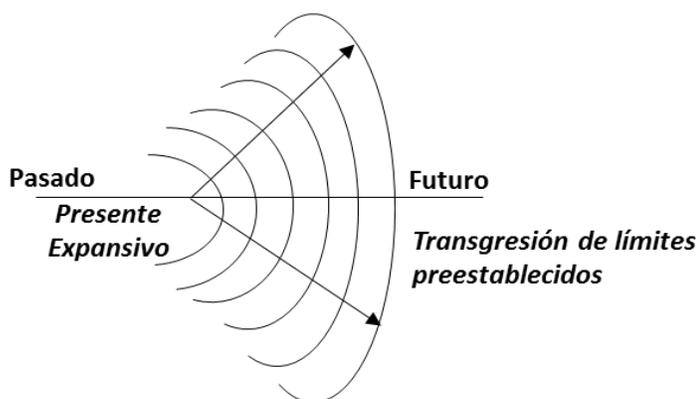
El desborde metaforiza una temporalidad de excesos y derrames de sentido. La superación de los límites fijados o previstos es expresión de un tiempo de potencias irritadas y exacerbadas. Los excesos son arquetipo de una formación tensa y expansiva. La extensión energética de esta formación temporal violenta los parámetros y patrones estatuidos. El *Temno* predomina en la transgresión de las barreras prescriptivas. El *Teino* opera desde una intensificación de fuerzas en continuo desarrollo destructivo.

Los derrames de significados y sentidos de la era neobarroca es el germen de la temporalidad desbordada. El tiempo se desbordó en las inscripciones anarco-deseantes del Mayo francés y el despliegue de la filosofía post-estructuralista. Pensadores como Deleuze G y Guattari F (1998) han colocado en el centro de su construcción conceptual a los excesos y precipitaciones del deseo esquizoide (motor revolucionario). En menor

medida, Foucault M (2003) ha sido promotor de la desestabilización de la racionalidad moderna por medio de la visibilización de la locura y las experiencias-límite. En la ruptura de las limitaciones y fijaciones de las instituciones disciplinarias emergió la embriaguez de un devenir excesivo e irracional. Todas estas manifestaciones desbordantes son herederas directas de las efusiones y sobresaltos de la *voluntad de poder* de Nietzsche (2008).

El régimen discursivo de la temporalidad desbordante excluye a la moderación y el equilibrio. La simetría de lo medio (signo de mediocridad) y estandarizado es sepultado. Lo estándar es eclipsado por la exaltación de la saturación y el desenfreno. Una fuerza ilimitada y sin prefiguraciones funcionales implosiona para bordear las fronteras de la locura y lo sobrehumano. El ideal del ultra-hombre supone un excedente de cargas energéticas y volitivas. Las voliciones arrasan con todo lo establecido en el mundo exterior y desprenden al sujeto de su propia interioridad.

El pasado de la temporalidad desbordante configura la memoria de los límites excedidos y devastados (mundo desplazado). La devastación deriva en el olvido de las barreras y prescripciones institucionales. El presente confabula a un proceso de derrame de fuerzas e impulsos destructivos. La desintegración de las formas preexistente induce a la ejecución virtuosistas y vanguardistas (en un sentido estético). El futuro se desplaza en un brote de voliciones temerarias y persistentes. La persistencia estimula una esperanza signada por las disrupciones tácticas de una realidad sedentaria y normada.



El desborde temporal opera desde la cadencia de la embriaguez y la insuflación dionisiaca. Las turbaciones pasajeras de potencias corporales constituyen un estado ideal para exceder los límites. Lo extremo y exagerado se impone ante cualquier destello de medida. La transgresión del orden racional coloca a los cuerpos en el punto máximo de su potencial. Las potencias corporales del sujeto son liberadas hasta enajenar su ánimo en el continuo desplazamiento de las series de base (Deleuze).

El desborde y las precipitaciones del tiempo modelan a un sujeto hiperbólico. La hipérbole de la subjetividad patenta la contención y el derrame de fuerzas embriagadoras. La embriaguez es “*el desarramamiento del lugar mismo; lo absoluto, lo disoluto, expandido fuera*” (Nancy, 2014, p.45) La fuga y el desplazamiento de lo externo componen un performan extasiado. El éxtasis supone detenciones y movimientos extremados. Los excesos de la contemplación y la movilidad propagan una serie de operaciones capaces de llevar a la temporalidad su mayor nivel de expresión (la trascendencia del antes y el después).

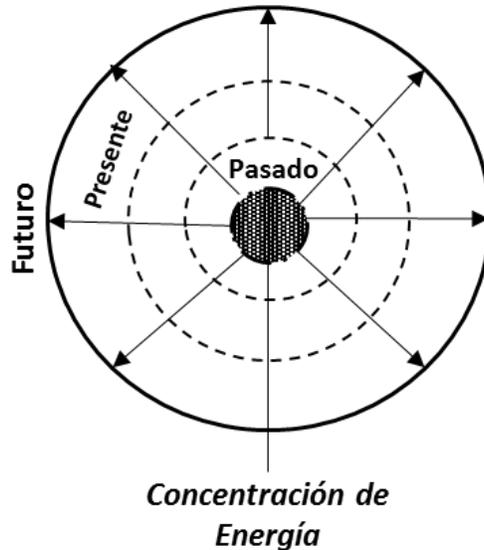
La explosión

La explosión metaforiza una temporalidad violenta y expansiva. La expansión temporal es expresión de un tiempo enervado y amenazante. La connotación temeraria denota el arquetipo de un estallido y una liberación de energía. La propagación energética parte un punto nuclear y se extiende hasta los bordes extremos. El *Temno* predomina en la democión y el hundimiento de estructuras. El *Teino* se subordina a las tensiones de una demolición progresiva.

La crisis de los valores modernos estalló en el advenimiento de expresiones efusivas y nihilistas. El nihilismo negativo le dio al tiempo una connotación transgresora. La temporalidad violentó y subvirtió a la realidad desde la voluntad de poder. El voluntarismo sujetó a lo temporal a las efusiones de un devenir cósmico. El cosmos connotó el caos devenido de una explosión en constante expansión. La duración explosiva sólo buscaba consumir el progreso de lo destructivo e impredecible.

El régimen discursivo de la temporalidad explosiva excluye las estructuras conservadas y estables. Los momentos de estabilidad se muestran como ficciones de una historia petrificada y monumental. Los monumentos históricos declinan frente a la exaltación de lo subversivo e iconoclasta. Los signos y símbolos establecidos son ilusiones insostenibles ante el paso de un devenir disruptivo. Las rupturas operativas y las vulneraciones procedimentales son la causa final del estallido. El tiempo estalla en la realidad para pulverizar lo estatuido.

La memoria de la temporalidad explosiva arrasa con el recuerdo de un pasado estable. El pretérito patenta el olvido de los tránsitos e intervalos devastados por las ondas expansivas. El presente estalla y desaparece en un instante psicopático e incendiario. La psicopatía traduce el desencadenamiento de acciones excesivas e impulsivas. El porvenir moviliza las voliciones repentinas de una serie de parajes desintegrados y desplazados. Los desplazamientos del mañana estimulan la esperanza en el surgimiento de lo nuevo tras la abolición definitiva de la realidad concreta.



La explosión temporal opera desde la estructura del éxtasis y la saturación energética. La liberación de energía es siempre brusca y repentina. Lo imprevisible y desapacible ocasiona un efecto de catarsis colectiva. Los sentidos orgánicos se purifican ante el carácter violento y súbito del devenir. El sujeto se reduce a un cumulo

de respuestas agresivas ante el caos devenido. Esta agresividad se caracteriza por una impulsividad titánica y demoledora.

Nietzsche (2009) afirmó en “El crepúsculo de los ídolos”: “*Los grandes hombres, lo mismo que las grandes épocas son explosivos en los cuales está acumulada una fuerza enorme*” (p. 44) Cuando la tensión de masa se ha vuelto excesiva: “...*basta con el estímulo más fortuito para hacer surgir el genio, la acción, el gran destino*” (Ídem). La explosión de la temporalidad modela la fisiología de un sujeto excedentario y aniquilador. La faculta destructiva de estas unidades corporales deviene de la contención y el ahorro de energía durante un lapso de tiempo prolongado. La concentración energética transfunde sus límites y estalla para construir lo inédito desde la destrucción de lo decadente (valores milenarios del ideal ascético). Así emerge la base performativa del mito voluntarista e irracionalista del Ultra-hombre nietzscheano.

Morfologías reductivas

Sinopsis parcial: Las morfologías reductivas operan a partir de un esquema de disminución de la duración y dislocación de la continuidad. Lo discontinuo se emerge luego de una serie de cortes temporales. El tiempo que cercenado gracias a una serie de rupturas violentas. Las disrupciones trasgresoras se enmarcan en una inutilización sistémica de los plexos conectivos y asociativos de múltiples dinámicas procesuales. Los procesos no pueden ser entendidos por la conciencia fragmentada de los sujetos. La conciencia luce amputada.

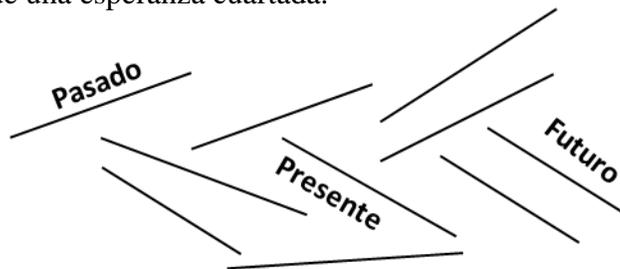
La mutilación

La mutilación metaforiza a una temporalidad cercenada y dividida. La división es expresión de un tiempo dislocado y cercenado. La desarticulación morfo-temporal traduce la fractura y el desmembramiento del arquetipo de la línea recta. Las líneas amputadas atentan contra el desenvolvimiento de lo duradero. El *Temno* se impone al cortar y fragmentar la duración. El *Teino* se pliega a la dilatación limitada del poco espacios dejado por la fragmentación.

La mutilación de la duración ha sido un sueño de la tecnociencia moderna. La aceleración informática del último tercio del siglo XX permitió acortar los intervalos temporales a casi cero. Con la crisis de las utopías colectivas y el triunfo del mercado de consumo individual empezó una desarticulación tensional de la temporalidad. El tiempo desarticulado eliminó los vínculos entre el pasado y el futuro en favor del presentismo sin narración posible. En la era post-narrativa no existen los compases rítmicos ni las secuencias causales. La intelección de la causalidad fue sustituida por una masa de datos sin orden ni dirección (dataísmo post-histórico).

El régimen discursivo de la temporalidad mutilada excluye y suprime los marcos categoriales. El pasado y el futuro son aminorados en función de una presentificación. El predominio del presente supone “*una amputación del volumen de tiempo*” (Bifo F, 2010 p. 185). Lo temporal es imposibilitado y anulado conforme al carácter efímero de las tendencias de actualidad. La emergencia de lo actual se exalta sin mayores vínculos ni conexiones históricas. La historia es cercenada en un caos de noticias y sucesos sin trascendencia.

La memoria de la temporalidad mutilada se limita a los registros anecdóticos y a la conservación de reliquias sin conexión procesual (mercado de la museografía). La intelección de los procesos históricos se hace imposible ante el quiebre de los plexos conectivos y asociativos de la linealidad. El presente divaga en las turbulencias y los desenfrenos de un collage de fragmentos. La fragmentación de la presencia exige acciones coyunturales y de corta duración. El futuro es atinado por la ambigüedad y la crispación de eventos estocásticos. Los hechos repentinos del porvenir desarticulan las fabulaciones de una esperanza cuartada.



La mutilación de la duración opera desde la segmentación de instantes. Cada momento del presente compagina un segmento aislado. El aislamiento de los segmentos de tiempo está desprovisto de continuidad. La discontinuidad domina la percepción temporal y condiciona las acciones corporales. El cuerpo queda reducido estados de amnesia y dislexia. El sujeto es constituido por una serie de enunciados desprovistos de memoria y carente de una concatenación coherente.

Para Sennett (2005) es imposible comprender el derrumbe de una carretera “*si creemos que toda la historia de una vida sólo es una colección de fragmentos*” (p. 104). El tiempo fragmentario modela a un sujeto incapaz de entender las dinámicas procesuales en las cuales se encuentra inserto. Los procesos requieren del carácter continuo de las tensiones narrativas y las secuencias causales. El orden post-narrativo y post-causal de la temporalidad mutilada condena a los cuerpos a divagar en una perpetua agregación de datos inconexos. El caos informático cercena la experiencia de duración y amputa las capacidades perceptivas. La percepción de la realidad termina dividida entre los campos dilemáticos y las disyuntivas espectrales de un horizonte discontinuo.

La destrucción

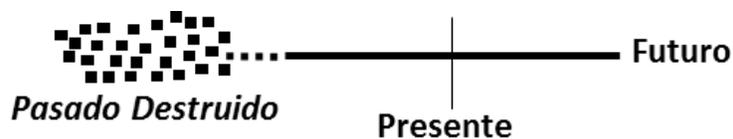
La destrucción metaforiza a una temporalidad en continua demolición e inutilización. La realidad demolida es expresión de un tiempo de trastornos y disipaciones. La disolución progresiva se ajusta al modelo de la desintegración de los sentidos y trayectos lineales. El arquetipo de la línea recta luce como una mecha en continuo acabamiento. El *Temno* se impone en un acortamiento incesante. El *Teino* constituye la duración limitada de extensiones condenadas a ser reducidas.

El hombre moderno se obsesionó con el aspecto destructivo de los fenómenos temporales desde finales del siglo XVI (Whitrow G J, 1990). La observación de los relojes de arena contribuyó a apreciar la realidad como una duración en continuo acabamiento. Shakespeare W (1951) veía al tiempo como devorador de juventudes en *La violación de Lucia*. La temporalidad entendida como consumación de la vida se

vincula con la conciencia de finitud. Lo finito fue visualizado —con mayor énfasis— desde la lógica de la destrucción a partir de los postulados de la Segunda Ley de la Termodinámica. La entropía traducía la degradación indefectible de la materia y logró ser interpretada desde la negatividad de la demolición.

El régimen discursivo de la temporalidad destructiva excluye lo continuo y edificante. La noción constructiva del tiempo invisibilizada en favor de la desintegración. El devenir se desintegra en un implacable proceso de entropía negativa. La materia se degrada y la existencia de los entes es degradada. Existir supone asumir el destino trágico de la demolición. En el azar y la violencia de los fenómenos temporales nada puede conservarse ni petrificarse (anti-tradicionalismo implícito).

El pasado de la temporalidad destructiva orbita en la memoria de los escombros y ruinas dejadas por un paso temerario e implacable. Los vestigios del pretérito transan con el olvido programático dentro de su estructura interna. El presente se focaliza y consume en el vértigo del acabamiento. El instante en fase de consumación exige acciones diligentes y expeditas. El futuro moviliza los deseos fatalistas y nihilistas de una destrucción total. La imagen del final sólo alimenta la esperanza del rejuvenecimiento y las regeneraciones no-lineales.

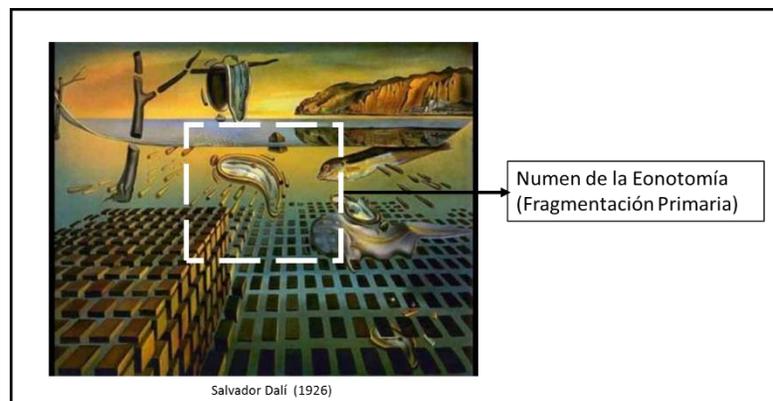


La destrucción temporal opera desde la lógica del despeje y la limpieza. La pulcritud de las ruinas aparece como el fin último del tiempo. El devenir aspira a la reducción perfecta de la realidad concreta. El carácter reductivo sólo está direccionado a la armonía y la simplicidad de un cuerpo desintegrado. Lo simple no puede ser alcanzado si la totalidad de los seres y entes no desaparecen. Detrás de la fatalidad se ocultan enunciados con protenciones depurativas y revitalizantes.

En una interpretación desconcertante de Benjamín W (1989) “*El carácter destructivo es joven y alegre. Porque destruir rejuvenece... aparta del camino las huellas de nuestra edad*” (p. 159) El tiempo destructor modela a un sujeto anti-conservado y signado por la mirada trágica de la destrucción perfecta: “*una erradicación de las situación en que uno se encuentra*” (Ídem). En los espacios erradicados se retorna a la juventud de un “nuevo comienzo” sobre un paraje despejado y simplificado. El camino hacia el despeje total busca la impersonalidad de las unidades corporales. Los cuerpos despersonalizados asumen su condena trágica desde el ángulo de la finitud extrema y la promesa de una ausencia de rostro-póstumo (despeje total).

Transición morfológica: la eonotomía

En *La Desintegración de la Memoria* de Dalí: los relojes blandos se desintegraban de manera parcial. En el primer plano aparecía una profusión de formas cubicas en columnas ordenadas. El orden se relativizaba ante la fragmentación primaria de la percepción temporal. El tiempo se descomponía y fracturaba en una distensión narrativa (ya presente en la flacidez de las piezas de relojería). Las evocaciones oníricas distorsionaban a una conciencia cercenada e invadida por el *Temno*. El reconocimiento de la realidad termina fragmentado por un proceso singular: la *eonotomía*.

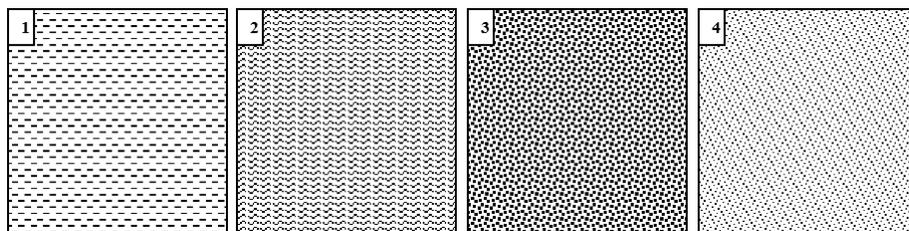


La eonotomía es un proceso de corte e incisión sobre la duración en función de las demandas y requerimientos de la operatividad social. El tiempo proyectivo es mutilado y reducido a los intervalos de una colección de fragmentos. La temporalidad

fragmentaria desintegra los hilos y puentes narrativos de la existencia. Una polisemia de tramas discontinuas deviene en una serie de tensiones concéntricas (puntos) y reticencias ambiguas. Lo incierto y dudoso se imponen en la caosmosis de un devenir reductivo.

El tiempo se reduce a una serie desordenada e irregular de instantes. La reducción de la duración es producto de un éxtasis concéntrico tanto de tensión como de distención estructural. La concentración tensional deviene en el retorno a una serie de formas geométricas básicas (puntos) y las estructuras distendidas caducan en la disolución de los patrones de consistencia morfológica (gotas). Ambos procesos pueden ser sincronizados y enlazados en un diagrama de coexistencia funcional. Lo pulsiológico se impone en este plexos de situaciones y circunstancias que se desenvuelven sobre los restos de una sucesión organizada de acontecimientos. Las unidades de sentido de la trama socio-historia son pulverizadas y reducidas hasta el mínimo de su volumen.

La disminución de los volúmenes geométricos del caos posee diversas manifestaciones fortuitas y escenarios aleatorios dentro del orden programático de la eonotomía. Los cortes e incisiones sobre el tiempo proyectivo están expresados en una serie de modalidades sujetas a cruces y mezclas eventuales: 1) La *fragmentación primaria* de líneas rectas en las cuales se mantiene cierto margen de tensión narrativa con objetivos heterogéneos y de corta duración. 2) Las *ondulaciones fragmentarias* de una pérdida progresiva de tensión narrativa y niveles de persistencia praxiológica. 3) Los *puntos cuadrículados* de una sucesión de presentes abiertos y dispersos. 4) Los *puntos circulares* de una sucesión desordenada de instantes volcados sobre sí mismos.



Desde la fragmentación primaria hasta los puntos circulares se impone la lógica tecnocientífica de la aceleración (primera instancia) y la instantaneidad (fase definitiva). Ambos son una derivación extrema e inmediata del proceso de taquiarquía. El imperativo de la rapidez buscaba la supresión de los límites espacio-temporales y desemboca en una serie de instantes cerrados sobre sí. El encierro del momento se acentúa con las interrupciones programáticas en la regularidad de la vida cotidiana. La fractura de la duración y la continuidad de los procesos colocan en un primer plano. La existencia de los sujetos se disuelve en un círculo de tramas y estremecimientos contingenciales.

El carácter circular de la última modalidad provoca y consolida una *claustrofobia del instante*: la angustia producida al desenvolverse en un lapso de tiempo sucinto y cerrado. Los sujetos quedan confinados en la contingencialidad del momento. Las acciones expeditas y sin dilación nacen de las dinámicas asfixiantes propias de una singularización espasmódica de las circunstancias. El predominio de lo circunstancial degenera en las conmociones internas de una situación de colapso engendrada y codificada por un sistema de programación crisiológica. Las crisis inducidas y desmoronamiento prolongado del orden establecido se convierten en el proto-modelo de la eonotomía. Las incisiones sobre la duración devienen en la atemporalidad disgregaria y autodestructiva de un estado de supervivencia generalizado (orden planificado del desorden).

Morfologías puntuales

Sinopsis preliminar: Las morfologías puntuales operan desde el esquema de la desintegración y la dispersión temporal. Los procesos se disipan en una serie de quiebres aleatorios. Las disrupciones del azar y la contingencialidad producen metáforas disolutivas de la temporalidad. El tiempo luce eclipsado por el caos. Este devenir de puntos desordenados desemboca en una profunda ambigüedad direccional. Las direcciones se pierden en extravío histórico y la ofuscación de la consciencia.

Los puntos dispersos

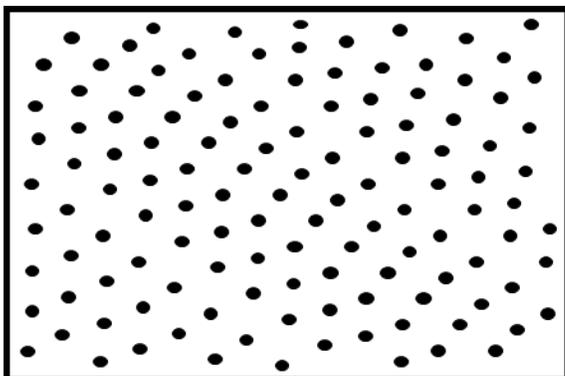
Los puntos dispersos metaforizan una temporalidad caótica y desestructurada. Esta caosmosis es expresión de un tiempo pulverizado y desorientado. La falta de orientación connota el arquetipo de la desintegración total de las formas. Las morfologías desintegradas han sido disminuidas al mínimo de su unidad: *el punto*. El *Temno* predomina en un nivel máximo de quiebre y fragmentación. El *Teino* declina en la interioridad tensional de los remanentes formales.

La linealidad y el concierto teleológico comienza a desintegrarse desde finales del siglo XX. Los puntos dispersos representó —de manera implícita— la clausura direccional de la historia. El tiempo mostró síntomas de agonía con el auge de la instantaneidad. En el orden de lo instantáneo predomina un éxtasis temporal: “*más presente que el presente.*” (Baudrillard, p. 40) La efectividad técnica del instante se colocó por encima de la presencia duradera. Los campos de atracción de la duración se disiparon en el vacío de la virtualidad.

El régimen discursivo de la temporalidad puntual excluye a las dinámicas procesuales con duración y compás rítmico. La dilatación agencial y los movimientos acompasados son opacados por el caos pulsiológico de lo instantáneo. Las pulsiones del instante efectivo configuran un no-proceso con matices atemporales. En la conceptualización estética de Kandinsky (1993): “*el punto es la mínima forma temporal*” (p. 33). En el retorno a la figuración geométrica básica emergen indicios de una metáfora disolutiva. El límite inferior el tiempo atenta contra su estabilidad conceptual y ontológica.

El pasado de la temporalidad puntual está ceñido al despliegue de memorias externas y digitalizadas. Los dígitos de los ordenadores suplantando al soporte mnemónico de los entes-humanos de manera progresiva. El presente resume a una aglomeración de operaciones instantáneas y precisas. La exactitud es una exigencia de los instantes en los cuales se desarrollan acciones sin proceso. El futuro moviliza las voliciones hacia la consumación de los entes perecederos y efímeros que se desplazan

desde la lógica de la inmediatez pulsiónológica. La contigüidad de las aspiraciones solapa a una esperanza sumida en la ambigüedad de un conflicto de finalidades divergentes.



Presentes puntuales (cerrados dentro de sí)

La dispersión de los puntos temporales opera de la interrupción y la no-presencia. Las continuidades son cortadas y los cuerpos son aislados en la proximidad absoluta de las interacciones virtuales. Las acciones recíprocas de la virtualidad configuran el caos disolutivo de la temporalidad. La percepción del *antes* y el después se ciernen sobre una vacuidad nebulosa. La estructura sin fondo representa una aserción más taxativa de Kandinsky (1993): “*el elemento tiempo se encuentra descartado en el punto.*” (p. 34) Los escenarios atemporales transforman a los cuerpos en entes des-localizados de cualquier magnitud física duradera y secuencial.

En el ocaso del tiempo: lo instantáneo congrega la virtualidad de una proximidad absoluta. Según Baudrillard (2007) “*la instantaneidad total de las cosas es el fin de la interioridad*” (p. 97) La temporalidad puntual modela a un sujeto esquizoide y desinteriorizado. La pérdida de la dimensión intrínseca es producto de las contingencias de lo inmediato y la imposibilidad de percibir lo mediato en el orden del caos. La caotización y la desintegración de la duración programan cuerpos consumidos en la ambivalencia de los excesos de cercanía virtual sobre una distancia concreta. La separación de los instantes y los vínculos inter-corporales conmuta la dispersión dejada por los programas atemporales (instantaneísmo extremo).

La atomización

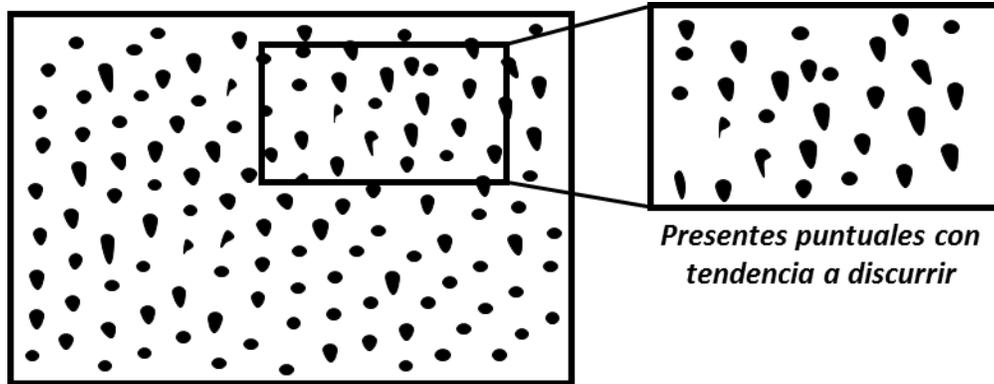
La atomización metaforiza a una temporalidad pulverizada y deformada. La pérdida de forma regular es expresión de un tiempo estocástico y vacío. La vacuidad denota el discurrir del arquetipo de los puntos dispersos. Las mínimas unidades temporales discurren en un caos multidireccional y desenfocado. El *Temno* predomina desde el acortamiento y la distensión narrativa del proceso. El *Teino* sólo se manifiesta de manera intermitente dentro de este dinamismo.

La sociedad de la información trascendió los límites de la aceleración. Los movimientos acelerados han sido relegados en jerarquía por la instantaneidad dentro de la revolución telemática. La lógica de lo instantáneo se filió con la crisis de las narrativas socio-históricas para generar una pérdida de sincronía. Para Chul-Han (2015) “*el responsable de la disincronía es la atomización del tiempo.*” (p. 9) La temporalidad carece de un curso ordenado. La falta de ordenación rítmica ha producido una dispersión temporal que impide la experiencia de duración.

El régimen discursivo de la temporalidad atomizada excluye a la historia y los conciertos teleológicos. El final discurre (punto deformado) sin un comienzo ni un proceso intermediario. El interludio entre el inicio y el colofón de las construcciones narrativas es suprimido. La tendencia post-narrativa exalta al caos y a la aglomeración de datos como paradigma social. El cataclismo informático esparce parámetros de duración vacíos y sin canalizadores direccionales. Las múltiples trayectorias de las redes telemáticas pulverizan la consistencia y la tensión de los hechos (goteos puntuales).

La memoria artificial de la temporalidad atomizada exterioriza un pasado aditivo y sin extensión procesual ni lapsos germinativos. Los no-procesos reglamentan un olvido estructurado desde la proximidad informática de lo *ya-consumado*. El presente está ceñido a acontecimientos sueltos y tendencia de actualidad con una saturación de ángulos de visión. La perspectiva multiangular degenera en acciones dubitativas y con escasa capacidad de conclusión. El futuro gotea en las disyuntivas de un cumulo de

disposiciones estocásticas. Los espectros de la catástrofe constituyen a una esperanza sometida a las contorsiones circunstancias y provisionales de un entorno amenazante.



La atomización temporal opera desde la lógica de la atomización y el esparcimiento viral. La viralidad implica la diseminación de tendencias de actualidad y hechos simulados. Los eventos virtuales se propagan en las redes telemáticas y desaparecen en el instante. La evaporación instantánea de las eventualidades reduce a los cuerpos a una condición instintiva. Los impulsos y reacciones de la unidades corporales orbitan en la multiplicación de un cumulo de datos fortuitos.

El carácter pulsiológico de la red de datos fortuitos modela a un *sujeto* “cuya atomización se acentúa con el distanciamiento respecto a los valores culturales y tradicionales que caen en desuso” (Le Breton, 1990 p. 14). La ausencia de unificación desarticula las comunidades de sentido fundadas en la memoria y las proyecciones históricas. La separación entre los soportes mnemónicos y las disposiciones volitivas engendra problemas de identidad (germen de las entidades anuladas). Las identidades atomizadas son producidas por un tiempo sin rumbo definido (Cruz, 2016). La indefinición se desplaza desde la especificidad de la esfera personal hasta la dimensión genérica de la especie. Los entes-humanos se convierten convierte en un collage biológico y tecnológico con una prospectiva difusa (condición post-humana).

Interludios

Desconcierto post-teleológico

Los escenarios del desconcierto post-teleológico se encuentran deconstruidas desde una estructura fragmentaria. Una colección de fragmentos inconexos acopla a los fines últimos y las causas finales a los diagramas caóticos de la eonotomía. Los instantes se separan y dispersan en un devenir incierto. La imagen de una fase indeterminada desarticula la concurrencia entre el pasado y el futuro. El porvenir adviene en una catástrofe de conmociones y contradicciones. Los desenlaces infaustos y bruscos deshabilitan la posibilidad de una narración coherente.

La historia post-teleológica es objetada desde la lógica de un orden narrativo y programático. La programación social contrasta con la idea de un desenvolvimiento espontáneo hacia una instancia indeterminada. Las trayectorias sin determinación aparecen como ficciones construidas por la ingeniería social. Los indicios a programación global de los acontecimientos son usados para delimitar la idea de un devenir caótico. Los algoritmos predictivos de la IA emergen como los mejores modelos para conceptualizar el decurso post-histórico. Los hechos fortuitos son socavados por una secuencia ordenada y finita de operaciones diagramáticas.

Escenario-I: *procesos sin finalidades*

Las fases sucesivas y puntuales se ejecutan sin un fin mayor. Las causas finales se encuentran extraviadas en un panorama de ambigüedad praxiológica. La praxis social se inserta en la operatividad de un orden post-histórico. La perspectiva global de la historia se encuentra ausente en el paso de un procedimiento a otro. Una cadena de algoritmos precisos y específicos reducen a la conciencia al orden de las funciones prescriptivas. Una lógica programática se despliega de manera aislada y segmentada.

Estructura de las objeciones: Los procesos sin finalidad histórica son estériles. La fecundidad de una determinada dinámica procesual depende de su integración en la proyectividad colectiva. Las operaciones aisladas perecen en una vacuidad nihilista. La

nada se apodera de las acciones específicas. Los sujetos se apegan a secuencias algorítmicas sin entender el diseño implícito detrás de cada paso y función. Los cuerpos se limitan a ejecutar movimientos preestablecidos bajo la premura y el agobio de la supervivencia individual.

Escenario-II: *finalidades sin proceso*

Los fines se concretan sin la mediación de fases sucesivas. Las causas finales se enmarcan en la precisión del instante. La instantaneidad aplica la eficacia del cálculo informático. Los ordenadores tratan de ejecutar un paso único en el cual la duración está excluida (al menos en un plano superficial). El *feed-back* cibernético expropia a la conciencia de su memoria y su perspectiva temporal. El tiempo es violentado por los *operaciones post-procesuales* de la computación cuántica y los aceleradores de partículas.

Estructura de las objeciones: Los fines sin proceso son entelequias atemporales. La muerte de la temporalidad implica la desaparición de la duración. Lo duradero es eclipsado por lo instantáneo. La eficacia técnica del instante atenta contra el desarrollo de la conciencia orgánica. Las acciones consientes requieren del compás de los pasos sucesivos y acompasados. El ocaso de la sucesión rítmica vierte al sujeto en el vacío.

Escenario-III: *el conflicto de las finalidades*

Los fines se multiplican y chocan entre sí. Las causas finales son atravesadas por diversas circunstancias y contingencia bélicas. Los diagramas tácticos y estratégicos de la guerra son aplicados al direccionamiento colectivo. Las direcciones se propagan en una dinámica de contrastes y divergencias. Las contradicciones de sentido obnubilan la conciencia. La actividad consciente se divide y desdobra en las fricciones entre ordenes programáticos.

Estructura de las objeciones: La multiplicación de los fines atomiza a la sociedad. La atomización es proclive a tendencias disgregatorias. La disgregación colectiva nubla el panorama histórico de hostilidades. Las desavenencias y discrepancias atentan contra la estabilidad de las estructuras operativas. Las operaciones concretas se anulan entre

sí sin una autoridad final. La conflictividad de los programas y designios desarticula la cohesión social.

Escenario-IV: *las finalidades catastróficas*

Las finalidades sólo pueden consumarse a partir de actos catastróficos. Un mundo caotizado determina a las causas finales. Los delirios y temores apocalípticos se manifiestan de manera espectral. Los espectros escatológicos configuran el paso de un orden regular a un panorama inestable. Ante los sucesos infaustos la conciencia es vulnerada por obsesiones paranoides y pesadillas nocturnas. Un “alerta roja” denota el inicio de una reordenación de los géneros y modos de vida de la especie humana.

Estructuras de las objeciones: Las finalidades catastróficas son síntoma de una imposibilidad resolutive. Los problemas sociales sólo pueden ser superados a través de la configuración del caos según éste esquema. Pero los escenarios caóticos no siempre son manejables para los órdenes programáticos. Las contingencias aleatorias pueden burlar y revertir los propósitos iniciales. La configuración del azar requiere de simulacros diseminados con amplios márgenes de procesión. Los cataclismos fuera de la planificación suelen sabotear los programas de manera incisiva y con consecuencias impredecibles.

Temporalización de la obra: *la disociación fragmentaria*

Matriz de inscripción: *El texto aforístico*

El texto aforístico conforma unas colecciones de sentencia breves y heterogéneas que configuran un hipertexto. La hilación hipertextual aspira recrear juicios transitorios y abiertos. La apertura de las ideas se inserta en las tramas discontinuas y quebradas de una época. Desde su contingencialidad histórica incendiar de destruir las coberturas y los velos de los problemas milenarios. El orden de estas prácticas incendiarias se ejecuta desde la a-sistematicidad y la fragmentariedad. La ausencia de un sistema general permite inocular y transfundir una multiplicidad de elementos disimiles.

La a-sistematicidad y la multiplicidad del contenido permiten desarrollar posturas personales. Las posiciones particulares suelen rechazar —salvo en algunas acepciones— la idea de objetividad y discernimiento absoluto. Los textos se desarrollan desde impulsos momentáneos y precipitaciones. El trabajo suele ser intermitente y lúdico (ideas de un caminante errante). La jerarquía de la estructura arborescente es suplantada por una imagen rizomática que posibilita múltiples lecturas. Ejemplo: *El crepúsculo de los Ídolos* de Nietzsche o *Investigaciones Filosóficas* de Wittgenstein.

Sonoridad: *El single*

El *single* conforma una pieza musical breve y asilada. Esta obra suele ser breve y accesible a un público extenso (patrón de los 3: 00 min). A la brevedad se le agrega la no integración en el concepto general de un disco. La estructura es sencilla y apegada a patrones estandarizados. Las pretensiones vanguardistas están excluidas en la mayoría de los casos. Los estándares seguidos procuran ajustarse a cierta tendencia de actualidad.

Las circunstancias creativas del momento definen al *single*. Los imperativos de lo efímero definen su accionar. La moda marca buena parte de su destino. El consumo inmediato de ritmos y melodías pegajosas es la única función que le concierne. La audición suele ser desinteresada y de poca exigencia mental. La poca carga cognitiva y conceptual les hace desaparecer con facilidad (no hay re-significación en el tiempo). Ejemplo: cualquier pieza anodina que esté en el *top ten* y a los seis meses desaparezca de las listas de reproducción.

Temporalización del Cambio-II: la reconfiguración total

Fase-I: *lo lineal*

Los cambios de la sociedad estaban asociados a un reordenamiento institucional. Lo estatuido era reconfigurado para modificar sus parámetros referenciales. La modificación de las referencias implicaba una inversión de los valores y esquematismos establecidos. La sociedad era remodelada de manera general. La

generalidad de las mutaciones implicaba la suplantación de las formas preexistentes por otras de nuevo tenor.

La reconfiguración total de la sociedad suponía generar nuevas condiciones para patentar el progreso. La progresividad traducía desplazamientos semióticos y somáticos en las estructuras operativas. Las operaciones comenzaban a ejecutarse con ritmo renovado y una direccionalidad inédita. Los sentidos eran canalizados por impulsos violentos de la revolución o los consensos parciales de la reforma. La linealidad debelaba el rumbo emprendido de la lógica de la continuidad. No había espacios para interrupciones o detenciones.

Fase-II: *lo puntual*

En la modernidad tardía los cambios se encuentran asediados por la imagen de una *reconfiguración total*. Reconfigurar la totalidad del mundo conocido supone una interrupción estocástica de los procesos y operaciones de la trama socio-histórica. La continuidad es cortada y desintegrada en función de un estremecimiento generalizado. Las alteraciones y los sobresaltos ocasionados vulneran los patrones de la vida cotidiana. La catástrofe se convierte en el punto medular de las transformaciones y mutaciones radicales de una escala mundial. El mundo queda sitiado por un *estado de guerra* donde prolifera el silencio y el desasosiego sobre una cortina de noticias estridentes.

La reordenación transversal del mundo requiere del caos programático de una crisis inducida. Las programaciones crisiológicas quebrantan las regularidades de la existencia cotidiana de los sujetos. Múltiples movimientos acelerados y repetidos desintegran la linealidad en función de un la dispersión puntual. Los puntos buscan y se dirigen a la abstracción del año "0" (en relevo de "3" del orden teleológico). El "cero" es neutralidad o nada que aspira salirse de la historia para encuadra la Historia (Duque, 1995) —jerarquía de *h* a *H*. El campo dilemático de este proceso reside en la posibilidad de una extinción de la especie en su intentado de redefinirla y depurarla (reducción parcial de la población).

Conversiones Mórficas-II

Las conversiones mórficas del dominio del *Temno* están transversalizadas por el imaginario informático y consumista. Las redes telemáticas y el mercado de consumo masivo operan como códigos ópticos y performativos de los sujetos. La definición de la puesta en escena está determinada por una consistencia blanda y escurridiza. Lo sólido y lo rígido se encuentran excluidos del proceso de cronoplasia. Un ente hiperactivo y fluido brota en función de los imperativos de la simbiosis: eficacia-instantaneidad. El “tiempo” instantáneo estimula las pulsiones esquizoides y nómadas hasta el extremo de disolver la identidad de los cuerpos.

La resistencia de los sujetos con impulsos esquizoides y nómadas es limitada. La multi-focalización telemática y el régimen de lo efímero devienen en estados de desorientación. El cuerpo desorientado carece de coordinación y orientación definida. La atención se desarrolla de manera dispersa y pulsiónológica. La radiografía de las pulsiones garantiza la eficacia y la instantaneidad. Pero la capacidad de generar efectos en el instante posibilita una transgresión polisémica y mimética.

El esquizoide-hiperconectado

El sujeto se convierte en un sujeto desdoblado por las mediaciones telemáticas. El performante esquizofrénico se soporta en desplazamientos pulsionales y multifocales. Los múltiples focos conectivos e informáticos de su accionar degeneran en problemas de atención. La incapacidad para sostener la conciencia en una sola actividad perece en una intensa disociación psíquica. La mente disociada asume una polivalencia performativa. Las actuaciones polivalentes se insertan en el orden de la personalidad *Bordeline*.

Resistencia hipotética: El esquizoide hiperconectado resiste mediante su polivalencia performativa. La multiplicación de sus actos le permite asumir roles disímiles y contradictorios. La auto-negación genera patrones ambiguos en su conducta. La ambigüedad de su personalidad puede burlar los algoritmos predictivos de las redes telemáticas. La existencia de este sujeto se vuelve impredecible y difusa. La

imposibilidad de proveer el curso de sus acciones lo convierte en un agente difícil de controlar.

El personaje-nómada

El sujeto se convierte en un actor en conste mudanza de roles. Su performan nómada se soporta en desplazamientos rápidos y escurridizos. Él discurre en una vasta fluidez identitaria. Las identidades fluidas perecen en una indiferenciación personal (campo acentuado en la orientación sexual). Al no tener definición desarrolla amplias facultades transfigurativas. El cambio constante de su figura se consolida con la imagen de las *transpecies*.

Resistencia hipotética: El personaje nómada resiste mediante sus capacidades transfigurativas. La figura cambiante de su imagen personal le permite emprender tácticas miméticas. La mimesis posibilita su adaptación a diversos entornos sin ser detectado como un agente transgresor. La violencia y la efectividad de su accionar reside en su constante movilidad. La sedentarización y los caracteres fijos le son ajenos. El cambio sin intermitencia define a su existencia.

El maniquí-ambulante

El sujeto se convierte en un armazón de exhibir prendas de vestir. El performan exhibicionista se soporta en un desplazamiento segmentado y fotográfico. La imagen fija de sus operaciones corporales se enmarca en los reductos efímeros de la moda. La fugacidad de las tendencias actuales demanda a un sujeto petrificado en su superficialidad perceptiva. La percepción superficial se alcanza por medio de sus estereotipos estilísticos. El apego a los modelos provisionales de estilo generan en su marcado impulso anoréxico.

Resistencia hipotética: El maniquí-ambulante resiste mediante el refinamiento de sus estereotipos estilísticos. La sensibilidad del estilo puede engendrar una semiosis corporal dotada de conceptos transgresores y vanguardistas. El cuerpo opera como una superficie de rupturas estéticas y performativas. Esta puesta en escena se alimenta de los patrones establecidos y las tendencias de actualidad. Lo efímero es revestido y

resinificado para contravenir al sistema desde adentro. Sus posibilidades se limitan a los reductos de la apariencia y la frivolidad.

El átomo sin rumbo

El sujeto asume el destino de un corpúsculo sometido al principio de incertidumbre. El performan cuántico se soporta en sus desplazamientos aleatorios y multidireccionales. Las múltiples trayectorias de sus operaciones corporales se enmarcan en una programación del azar. Este orden fortuito demanda de su capacidad para coexistir con el caos. La caosmosis de su accionar degenera en un profundo extravío existencial. El desorden y la carencia de sentido culminan en su estado depresivo.

Resistencia hipotética: El átomo sin rumbo resiste mediante su capacidad de coexistencia con el caos. La armonía con el orden caótico supone sobrevivir desde la ambigüedad. La intelección difusa de la realidad cuando se asume al principio de incertidumbre como única condición existencial. Sobrevivir en lo incierto es una de sus capacidades con mayor calado transgresor. El arte de violentar la realidad adquiere efectividad cuando él logra acoplarse al carácter fortuito de los acontecimientos. El azar y la ausencia de un sendero que seguir fungen como un detonante de subversiones inéditas e impredecibles (a pesar de la ausencia de programas fijos).

La cronoplasia en las dubitaciones de los cuerpos desorientados

El dominio morfo-temporal del *Temno* modeló a un cuerpo desorientado. La desorientación resultó de la fragmentación caótica y abrupta de la temporalidad. Los imperativos de la sociedad informática insertaron a las unidades corporales en el tránsito extraviado de un tiempo puntual. Los puntos dispersos de la era post-narrativa operaron mediante la sicalipsis del mercado de consumo masivo. La consumación de los entes se consolidó en una serie de no-lugares con intermediaciones virtuales. La virtualidad del totalitarismo global indujo a la modelación de una serie de sujetos atomizados por los efectos del proceso de eonotomía.

La atomización deviene en trayectos dispersos e irregulares. La irregularidad se reduce a movimientos indeterminados y flexibles. La flexibilización de los desplazamientos implica inconsistencia y libertad en despliegue de las extremidades. La motricidad asimétrica e in-exacta fue acompañada de una disposición volitiva constreñida por diversas dubitaciones producidas por el éxtasis de las opciones disponibles. La ambivalencia en la toma de decisiones no afecta al orden ambiguo y contradictorio de la temporalidad fragmentaria. La fragmentación temporal se cimenta en la indefinición axiológica y performativa de una series de cuerpos desorientados.

Los cuerpos desorientados desarrollan una atención multifocal ante el torbellino de lados y estímulos de la sociedad de la información. La informatización de los entes despliega una perspectiva individual y personal de las funciones parciales de la operatividad social. Los roles provisionales dinamizan una percepción particular y atomizada de la noción de cambio. Las transformaciones de la realidad trabajan desde los ángulos y modelos de la cibernética. La idealidad del ordenador patenta una visión polisémica e ilimitada de la existencia. Un conjunto de miradas multiplicadas y sin límites disuelven su atención focal en los algoritmos de la realidad virtual.

La virtualidad de la memoria ha sido asistida y redimensionada por los dispositivos digitales. Las redes integradas de datos se colocan por encima de las funciones y operación mnemónicas de los entes-humanos. El olvido se impone como requerimiento operativo de una comunidad de entes artificiales. La IA dinamizan las operaciones productivas y de consumo con relativa independencia de la cognición orgánica. Las facultades intelectivas de los cuerpos son cosificadas por los algoritmos predictivos de una serie de programas antropotécnicos. La antropotecnia se materializa y afianza con la implantación de extensiones electrónicas que permiten diagramar los biorritmos corporales.

La implantación de extensiones electrónicas en los cuerpos direcciona a los deseos hacia la consumación de los entes por medio de algoritmos predictivos. La cronoplasia de la era informática ínsita a la liberación de las voliciones que patenta el placer personal desde el cálculo de disposiciones y estados emocionales. Las unidades

corporales se someten al dominio de las pulsiones y las inclinaciones primarias. Los ideales hedonistas se vulgarizaron e integraron a la temporalización ingenieril del dataísmo. Los datos configuran un devenir inmediato y requieren de la exteriorización personal de los sujetos para acrecentar su volumen aditivo. La personalización de los instantes cotidianos trata de subsanar los efectos de la atomización temporal y el desconcierto post-teleológico.

Las actividades personalizadas llenan los vacíos dejados por la ausencia de dirección histórica e individual. Los cuerpos desorientados se encuentran en la misma situación de Roger Warters (1973) en la canción “*Time*” —de Pink Floyd: “*dando vueltas en un pedazo de tierra... esperando que alguien o algo muestre el camino...*” (A los 20 años). La esperanza de encontrar una brújula para emprender un trayecto existencial se ven frustradas: “*no hubo quien te dijera cuando debías comenzar correr...*” (A los 28 años). En una temporalidad fragmentada no existen referencias orientativas ni momentos de inicio: la vida esta desprovista de rumbo certero y la culpa invade a destiempo (sinopsis). Los senderos se encuentra ausentes y los minuterios del reloj siguen su curso. Los sujetos se desintegran mientras la psiquis se hunde entre la duda y la perplejidad de una entidad anulada (último producto de la ingeniería social).

CAPÍTULO V

CONSIDERACIONES FINALES

Las Ilusiones Cerradas

El tiempo evoca y constituye una ilusión cerrada. En su círculo ilusorio se han desarrollado y consolidado múltiples sistemas de oclusión de la consciencia. La actividad consciente de los sujetos está ocluida en los reductos figurativos de una serie de espacios semióticos en los cuales se hacen inteligibles los movimientos e interacciones de la realidad. La intelección temporal ha germinado de un juego de signos y símbolos que envuelven al mundo sensible. La sensibilidad por los fenómenos temporarios se ha recreado de un afluyente de analogías y modelos primarios. Metáforas y arquetipos transportan los diversos sentidos de la temporalidad de una serie morfológica a otra.

El carácter ilusorio del tiempo no representa ni denota irrealidad. Lo real es estructurado desde un cumulo de aspiraciones y estados potenciales. Lo temporal no constituye un engaño a la intelección y la percepción de la realidad. Las sensibilidades del mundo concreto se soportan en la *voluntad de ilusión* que dinamiza al entramado metafórico-arquetipal. En los interludios de estos reductos figurativos se construyen y potencian las esferas tangenciales de la existencia. En los módulos existenciales de la temporalidad no es posible distinguir entre las representaciones figuradas y la concreción operativa.

La ilusión del tiempo se inscribe en un carácter y una estructura multiforme. Los diversos ángulos y focos de visión del observador-esposito (espectador) denotan el encierro perceptivo de la actividad consciente. La conciencia temporal se columpia entre la representación de lo existente y la prefiguración de lo potencial. Las figuraciones y las anticipaciones de la temporalidad crecen en una contorsión de fuerzas modélico-analógicas. Las relaciones de poder determinan la metaforización del tiempo y la modelación de los sujetos. La cronoplasia aparece en el escenario como

una referencia transversal en los programas y configuraciones de la trama socio-histórica.

La modelación simbólica y operativa de los sujetos imposibilita la autenticidad del *Dasein* heideggeriano. El *Codiert-sein* es dinamizado por la ilusión del tiempo para controla la enunciación y la praxis de los cuerpos-sujetados. Los adjetivos y las copulaciones que se adhieren a las corporeidades predeterminan los despliegues de su existencia. El arte de existir se pliega a los códigos ónticos y performativos de la temporalidad. Las unidades corporales se adaptan a los significados y sentidos de su cautiverio morfo-temporal. Las coordenadas preestablecidas en los espacios semióticos obliteran e imposibilitan los destellos de una indeterminación existencial.

Los cautiverios morfo-temporales son núcleos de enfoques divergentes y convergentes. La cautividad ilusoria de la temporalidad no es ajena a los embates propios de las conflagraciones de significados que se gestan entre los distintos espacios semióticos de la trama socio-histórica. La semiosis temporal de la existencia se sitúa en las trasposiciones y contrastes de la relatividad social del tiempo. Las nociones absolutas chocan en la imposible totalización de los reductos figurativos y los influjos del inconsciente semántico. *Teino* y *Temno* han sido campos inseparable en los desplazamientos laterales de la temporalización ingenieril de los sujetos modernos. Las dilataciones y las rupturas se mezclan en los galimatías de un laberinto morfológico.

Las morfologías temporales son contrastadas en un una estructura laberíntica. El laberinto morfológico represente las múltiples bifurcaciones y posibilidades de la ilusión del tiempo. La temporalidad encierra a los sujetos en una diversidad de reductos figurativos de una intersección de formas entrecruzadas. Los sujetos modernos están transversalizados por una collage de maneras de entender y afrontar al devenir (la tendencia de acrecienta cada día más). Las nociones temporarias se yuxtaponen y cruzan unas a otras en un panorama impredecible. Es imposible prever el decurso de un *Codiert-sein* ataviado por los sortilegios retóricos y poéticos de una temporalización ingenieril construida en innumerables recintos cerrados.

La prisión del tiempo

El tiempo era para Borges (1973) una ergástula determinada por procesos históricos y culturales. Los márgenes de maniobra de este recinto eran escasos y la única forma de resistencia residía en las hendiduras del Kairós. El influjo ergastulario de la temporalidad resulta indefectible. Las morfologías temporales pueden ser entendidas como las prisiones motrices y perceptivas de los sujetos. Los cuerpos-sujetados están condenados a vivir en un cautiverio morfo-temporal del cual es imposible escapar. La única forma de salir de un entramado metafórico-arquetipal en recluyéndose en otro.

El entramado metafórico-arquetipal de la temporalidad condena a los sujetos a determinados géneros y modos de vida. La praxis vital se encuentra recluida y apisonada en la atmosfera claustrofóbica de los espacios semióticos. Los sistemas de signos de los campos epistémicos encierran a la existencia de los sujetos en un acervo de predeterminaciones y prescripciones temporaria. El tiempo es la prisión enunciativa con la cual las conciencias orgánicas e inorgánicas asimilan y entiende su realidad aparente. Lo real se vuelve inteligible por medio de las celdas apriorísticas de las nociones del antes y el después. La enunciación del pasado y el futuro antecede a las acciones e intenciones de las unidades corporales.

El apriorismo de la prisión del tiempo antepone y condiciona el devenir de los sujetos. El *a priori* de la ergástula temporal reside en la historia y no en la subjetividad (como aducía Kant, 2007). Las condiciones epistémicas de una época determinada prefigura la manera de concebir en pasado y el futuro bajo la mediación del presente. La temporalidad representa y modula una prefiguración transversal de la existencia de los cuerpos-sujetados. En esta connotación pre-figurativa no existe dualismo entre interioridad ni exterioridad. Las apreciaciones intrínsecas y extinticas de las unidades corporales se encuentran atravesadas por las líneas de código de su cautiverio morfo-temporal.

En los cautiverios morfo-temporales el *Ser* es codificado desde las celdas apriorísticas de la historia. El *a priori histórico* del tiempo constituye los límites y las

fronteras de los sentidos figurados. Las direcciones alegóricas de los sujetos están atrapadas en la dinámica asfixiante y opresiva de la temporalidad. La intermediación entre el pasado y el futuro recluye a los cuerpos en los espacios semióticos de su praxis vital. La vida orgánica es semiotizada a través de las líneas de código de la prisión del tiempo. La temporalización ingenieril es la expresión concreta y consciente de este dinamismo.

La temporalización ingenieril determina la manera como los sujetos se sitúan en el devenir. La prisión del tiempo moderno ha condicionado la colocación de los cuerpos-sujetados en dos regímenes cruciales en la evocación del *Sistare*: 1) La *per-sistencia*: connotó en las acciones firmes y constantes del dominio del *Teino* (principio de repetición). El motor perpetuo de los hombres-máquina fue su punto de mayor idealidad. 2) La *dia-sistencia*: denotó las acciones separadas y momentáneas del dominio del *Temno* (principio de des-colocación). El procesador cuántico del esquizoide-hiperconectado fue su culminación.

Los sujetos se sitúan en el devenir bajo los términos y restricciones de un accionar anticipado. El *apriorismo* histórico de la prisión del tiempo estructura la colocación y la des-colocación de los cuerpos en un devenir tan caótico como programático. Los márgenes de maniobrabilidad son escasos ante este horizonte. El sujeto es prisionero de la temporalidad y sus nudos epistémicos. Las morfologías temporales imponen y circunscriben las experiencias sensibles de las unidades corporales. Los movimientos y percepciones carecen de una realidad fuera de una cautividad morfo-temporal donde las rendijas o fisuras son improbables.

Las simulaciones residuales

Las simulaciones residuales recrean y dinamizan procesos que no tienen lugar. Tras la muerte de una determinada morfología temporal surgen modelos virtuales destinados a representar sus procedimientos conjuntivos. Los movimientos de conjunto comienzan a ejecutar operaciones y actividades sin un fondo real. Así surgen representaciones post-operativas de horarios y cronogramas desprovistos de un efecto concreto. Las

acciones consumadas sólo aspiran cumplir los formalismos y las coberturas de un compendio de prescripciones institucionales. Los planos tangenciales son suplantados por secuencias y encadenamientos inexistentes.

La secuencialidad de los procesos sin lugar recicla los residuos y remantes de cautiverios morfo-temporales que han sido abandonados. La desidia de algunas morfologías temporales debela la desarticulación operativa y funcional de instituciones en desuso. La inutilización de las prácticas estatuidas ha degenerado en una proliferación de simulacros normativos y procedimentales. La temporalidad simula rememoración y proyecciones sin concreción efectiva. El pasado y el futuro orbitan den la virtualidad de rutinas programadas desde un lógica post-procesual.

La lógica post-procesual programa líneas de código suspendidas en una ingravidez representativa. La falta de gravidez de las representaciones operacionales conmuta un conglomerado de máximas y preceptos sin repercusiones praxiológicas. La praxis de los sujetos divaga en una *persistencia espectral* y en una *dia-sistencia concreta*. Los actos repetitivos y regulares son doblados desde una colocación separada e indiferenciada. Las unidades corporales se limitan un accionar de estampas y fotografías solemnes. El énfasis de las reproducciones virtuales opaca la constancia y la tenacidad de las concreciones efectivas.

La efectividad concreta se difumina en *secuencias no-procesuales* y en *procesos no-secuenciales*. De esta combinación de escenarios simulados surge la manía de llenar planillas y formularios que legitimen la usencia de operaciones concretas. La legitimación post-operacional busca sostener los códigos ónticos y performativos disipados en una transición morfológica. En el paso de una forma temporal a otra aparecen disrupciones y abismos que sólo pueden ser opacados mediante la proliferación de simulacros residuales. Los restos morfo-temporales continúan su curso desde la espectralidad de los ritmos y organigramas intangibles de una cronoplasia contraefectual.

En el tránsito del dominio del *Teino* a la hegemonía del *Temno* se ha fraguado una superposición morfológica con parámetros de coexistencia desigual. Esta asimetría se ha manifestado en las divergencias entre las vorágines concretas y espectrales de la deriva institucional de mundo moderno. Los principales escenarios son: 1) *Post-continuis*: recrea la continuidad simulada de una trama discontinua. Las fracturas y hendiduras de las unidades de sentido han sido recubiertas. 2) *Post-linialis*: escenifica los simulacros lineales de un horizonte atomizado. El caos y la dispersión direccional han quedado invisibilizados.

Los sujetos terminan sofocados en acciones des-colocadas y procesos fuera de sitio. La evocación semántica del *Sistare* persigue las inscripciones e identidades de un conjunto de parajes desérticos y paradójicos. Múltiples contradicciones e incongruencias surgen en las recreaciones y escenificaciones de los simulacros residuales. En plano situacional no se descarta el surgimiento de simulaciones de segundo y tercer grado. La realidad aumenta y los interfaces cerebro-ordenador se avizoran como los nuevos escenarios post-operativos. El tiempo es enarbolado desde un conjunto de operaciones virtuales que pasan de los despliegues performativos hasta los hologramas digitales de un orbe atemporal.

La emergencia ontológica de la atemporalidad

La atemporalidad significa una desconexión entre el entorno y sus procesos (Gonzales P, 2010). El bajo nivel de intelección procesual del sujeto tardo-moderno aniquila la noción de tiempo. La percepción temporal se desintegra en la desarticulación de los marcos categoriales. El antes y el después lucen disociados. El pasado y el futuro no logran una intermediación efectiva con el presente. Del presentismo se ha transitado al instantaneismo. Los instantes vacíos de sentido han provocado estados de amnesia y desorientación colectiva.

En la transición entre la taquiarquía y la eonotomía proliferaron metáforas disolutivas de la temporalidad. De la fragmentación parcial y re-combinatoria (rompecabezas anarco-episódico) se pasó a la atomización. Los presentes se diseminan

y esparcen bajo los esquemas de viralidad de un *hipo-tiempo social*. Los fenómenos temporales se debilitan en los no-procesos de los simulacros residuales y las interrupciones abruptas de las programaciones crisiológicas. Una crisis ontológica de la temporalidad adviene sobre los reductos figurativos de la sociedad moderna. Esto desemboca en una infinidad de cuadros psicóticos.

La psicomimesis es una derivación de la crisis y desintegración parcial de la temporalidad. Las morfologías temporales del dominio del *Temno* tienden a modelar sujetos con delirios y alucinaciones psicóticas. Los cuerpos son somatizados por la alternancia entre excitaciones y depresiones anímicas. Los estados maníaco-depresivos se han acrecentados con los cortes e incisiones procedimentales de la eonotomía. La focalización dilatada en los instantes fragmentarios liquida y distorsionan los parámetros temporarios de la mente colectiva. La estabilidad mental de la sociedad es inmutada esquemas atemporales.

La fase experimental de la psicomimesis atemporal de desarrolló en principio con la mentes individuales. Los experimentos de los servicios secretos soviéticos y norteamericanos constituyeron la matriz empírica. En 1984 declaró Altmeyer en una cadena de NBC: “*La CIA estaba interesada en la amnesia retrograda, borrando por un período de tiempo la mente de las personas.*” (p. 2) En estas operaciones los sujetos perdían dominio de sí y eran reprogramados con otras disposiciones volitivas. Como declaró una entidad-anulada “*era como si tuvieran un control completo sobre mí*” (p.1) La utilización de sustancia alucinógenas como la mezcalina y el LSD posibilitaban este proceso.

La psicomimesis atemporal había fue teorizada por Huxley A (S/F) (en *Las puertas de la percepción*) gracias a la disociación entre pasado y el futuro generada por los efectos de la mezcalina (apertura conceptual). Luego las sustancias alucinógenas consolidaron los estados atemporales de la conciencia orgánica en función de programas y proyectos secretos como el MK-Ultra (creado el 13 de abril de 1953). Comenzaron a desarrollarse técnicas de distorsión temporal con LSD en los cuales — según un informe desclasificado— (13/09/53): “*El tiempo parece pasar demasiado*

rápido o demasiado despacio” (p. 08) Esto era proseguido por un proceso de ideación acompañado de incongruencia enunciativas y un *presentismo absoluto* (elemento clave) donde los objetos eran percibidos de manera total e hiperbólica. Dichas prácticas luego se expandieron a la revolución psicodélica de la generación acuario (claro experimento de ingeniería social).

La fase química de la psicomimesis atemporal ha sido superada y redimensionada. La nueva atemporalidad psicomimética se basa en las condiciones inducidas y las crisis programáticas de la trama socio-histórica. Las supresiones procesuales y las interrupciones estocásticas de la eonotomía traspalan los delirios psicóticos de los individuos a las mentes colectivas (ya no es necesario el ácido lisérgico). La sociedad tardo-moderna declina en una amnesia retrograda y un *presentismo absoluto* que descompone la percepción temporal de los sujetos. La morfologías reductivas y atomizadas han metaforizado la semiosis sintomática del hundimiento ontológico de la temporalidad. La triada pasado-presente-futuro se disgrega en los umbrales y abismos de un cumulo de disyuntivas espectrales.

Referencias Bibliográficas

- Agambe (2001): *Infancia e historia*. Editorial Hidalgo. Buenos Aires
- Auge M (2003): *El tiempo en ruinas*. Gedisa. Barcelona
- Aristóteles (1995): *Tratados de lógica: órganon II*. Gredos: Madrid
- Aristóteles (2013): *Poética*. Alianza Editorial: España
- Arias F (2006): *El proyecto de investigación*. Editorial Episteme. Caracas
- Artaud A (1972): *El ombligo de los Limbos. El pesanervios*. Aquarius. Buenos Aires
- Borges J (1974): *Obras completas. Tomo-I*. Buenos Aires. Argentina
- Black M (1966): *La metáforas*. Editorial-Tecnos. Madrid
- Baxter R (1826): *Christiam Directory*. Richard Edwards. London
- Bataille G (2006): *La sociología sagrada del mundo contemporáneo*. Libros del Zorzal. Buenos Aires.
- Blanchot M (1990): *La escritura del desastre*. Monte Ávila Editores. Caracas
- Benjamín W (2008): *Tesis sobre historia*. UACM. México
- Benjamín W (2009): *Dialéctica en suspenso*. LOM Ediciones: Santiago
- Benjamín W (1989): *Discursos interrumpidos*. Taurus. Buenos Aires
- Baudrillard J (1994): *De la seducción*. Edición Cátedra. Salamanca
- Bauman Z (2004): *La modernidad líquida*. FCE. Buenos Aires
- Bauman Z (2007): *Tiempos líquidos*. Ensayos Tuquest: México
- Bergson H (1986): *La evolución creadora*. Aguilar. Madrid
- Bergson H (2010): *Materia y memoria*. Editorial Cactus: Buenos Aires
- Bloch M (2002): *La sociedad feudal*. Ediciones Akal. Madrid
- Cardín y otros (2006): *Historia del cuerpo (Tomo III): el siglo XX*. Taurus. España
- Corominas J (1974): *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*. Gredos. Madrid
- Comte A (2004): *Curso de filosofía positiva*. Liberador. Buenos Aires
- Comte-Sponville (2001): *¿Qué es el tiempo?* Andrés Bello: Barcelona

- Coriat B (2000): *El taller y el cronometro*. Siglo XXI Editores. México.
- Cortázar J (1977): *Rayuela*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires
- Cruz M (2016): *Ser sin tiempo*. Heder: Barcelona
- Chul Han B (2015): *El aroma del tiempo*. Heder: Barcelona
- Collingwood (1952): *Idea de la historia*. Fondo de Cultura Económico: México
- Del Búfalo E (2007): *Genealogía de la subjetividad*. Monte Ávila Editores. Caracas
- Deleuze G (1987): *Foucault*. Editorial Paidós. Buenos Aires
- Deleuze G y Guattari F (2002): *Mil mesetas*. Pre-textos. Valencia
- Deleuze G y Guattari F (1998): *Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Paidós: Buenos Aires
- Deivis P (1993): *Otros mundos*. Salvat Editores. Barcelona
- Darwin C (2005): *El origen de las especies*. Biblioteca Edaf. Madrid
- Duque (1995): *El sitio de la historia*. Ediciones Akal: Madrid
- Duque F (1997): *La estrella errante*. Ediciones Akal: Madrid
- Didi-Huberman (2011): *Ante el tiempo*. Adriana Hidalgo Editora. Buenos Aires
- Einstein A (1999): *Sobre la teoría de la relatividad espacial y general*. Ediciones Atalaya: Madrid.
- Eliade M (1974): *Tratado de historia de las religiones- Tom-II-* Ediciones Cristiandad: Madrid
- Foucault M (1973): *El orden del discurso*. Tusquets Editores. Barcelona.
- Foucault M (1979): *La Arqueología del saber*. Siglo XXI. México
- Foucault M (2003): *Yo minimalista*. La marca. Buenos Aires
- Franklin B (2006): *Autobiography*. Frank Woodworth Pine. Boston
- Heidegger M (1997): *Ser y tiempo*. Editorial Universitaria: Santiago
- Heidegger M (2008): *El concepto de tiempo*. Heder: Barcelona
- Heidegger M (2009): *Tiempo e historia*. Trotta: Madrid
- Heidegger M (2000): *Tiempo y ser*. Tecnos: Madrid

- Heisenberg W (1959): *Física y filosofía*. Ediciones la Isla. Buenos Aires
- Hegel F (2005): *Filosofía de la historia universal*. Tecnos: Madrid
- Hegel F (1971): *Fenomenología del Espíritu*. Fondo de Cultura Económico: México
- Huygens C (1723): *Horologivm Pscillatorivm*. Privilegio Regi. Paris
- Husserl R (1959): *Fenomenología de la conciencia del tiempo inmanente*. Editorial Nova. Buenos Aires
- Manrique A (2009): *Vocablos castellanos de origen griego*. El perro y la rana. Caracas.
- Marramao G (2008): *Kairós*. Editorial Gedisa: Barcelona
- Marx K (2006): *Las revoluciones de 1848*. FCE. México.
- Marx K (1975): *Manuscritos filosófico-económicos*. FCE. México
- Mumford (1992): *Técnica y civilización*. Alianza Editorial. Madrid
- Mechelip M (2000): *Vanguardias artísticas del siglo XX*. Alianza Editorial: Madrid
- Luc-Nancy J (2014): *La embriaguez*. EUG. Granada
- Newton I (1982): *Principios matemáticos de filosofía natural*. Alianza Editorial: Madrid
- Nietzsche F (1996): *Sobre la verdad en sentido extra moral*. Tecnos: Madrid
- Nietzsche F (2005): *Ecce Homo*. Alianza Editorial. Madrid
- Nietzsche F (2009): *El crepúsculo de los ídolos*. Alianza Editorial. Madrid
- Nietzsche F (2008): *Más allá del bien y del mal*. Alianza Editorial. Madrid
- Peña-Acuña B (2014): *Claves de la serie televisiva Lost*. Almanaque 5#. 32539714
- Piaget J (1999): *El estructuralismo*. Publicaciones Cruz. México
- Platón (1988): *Diálogos I-IV*. Gredos: Madrid
- Prigogine I (2006): *El nacimiento del tiempo*. Tusquets: Buenos Aires
- Prigogine I (1992): *Entre el tiempo y la eternidad*. Alianza Editorial: Buenos Aires
- Gott R (2014): *Los viajes en el tiempo y el universo de Einstein*. Metatema. Madrid
- Gonzales P (2010): *La humanidad virtualizada*. Gráficos Épsilon. Maracay

- La Pineda (2006): *Los mitos del gran tiempo y el sentido de la vida*. Biblioteca Nueva. Madrid.
- Lévi-Strauss (1974): *Antropología estructural*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Le Goff (1984): *Pensar la historia*. Editorial laia: Barcelona
- Le Breton (1990): *Antropología del cuerpo y modernidad*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- La Pineda A (2006): *Los mitos del gran tiempo*. Biblioteca Nueva: Madrid
- Levine R (2006): *Geografía del Tiempo*. Siglo XXI. Madrid
- Roca M (2013): *Diccionario etimológico de la lengua castellana*. Forgotten Books. Madrid
- Ricoeur P (2001): *La metáfora viva*. Editorial Gredos. Madrid
- Jung (2003): *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Piados: Barcelona
- Von Fanz M (1996): *Misterios del Tiempo*. Debate: Madrid
- Kandinsky (1993): *El punto y la línea sobre el plano*. Editorial Labor. Barcelona
- Kant I (2007): *Crítica de la razón pura*. Editorial Copenhue. Buenos Aires.
- Kant I (2004): *Filosofía de la historia*. Terramar. La Plata
- Kereny K (2006): *En el laberinto*. Ediciones Ciruela. Madrid.
- Kojeve A (2013): *Introducción a la lectura de Hegel*. Editorial Trotta. Madrid
- Kosselleck (2001): *Los estratos del tiempo*. Paidós: Barcelona
- Kosselleck (1993): *Futuro-pasado*. Paidós: Barcelona
- San Agustín (2010): *Confesiones*. Editorial Gredos. España
- Serna J (2009): *Somos tiempo*. Anthropos: Barcelona
- Shakespeare W (1951): *Obras completas*. Ediciones Aguilar. Madrid
- Jamenson F (1991): *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Paidós. Barcelona
- Thomson E (1995): *Costumbre en común*. Crítica. Barcelona
- Thoreau D (2014): *Walden. La vida del bosque*. Dorema. [Editorial digital]
- Spencer H (1969): *Social Statics*. Augustus M. Kelley. New York.

- Spengler (1966): *La decadencia de Occidente*. Espas-Calpe. Madrid
- Saussure (1945): *Curso de lingüística general*. Editorial losada. Buenos Aires.
- Sarduy (1995): *Simulación*. Monta Ávila Editores. Caracas
- Sennett (2005): *La Corrosión del Carácter*. Editorial Anagrama. Barcelona
- Webber (1969): *Ética protestante y capitalismo*. Ediciones Península. Barcelona
- Welton R (1995): *Husserl, mundo conciencia y temporalidad*. Editorial Almagesto. Buenos Aires.
- Wittgenstein L (2009): *Tratado lógico-filosófico*. Editorial Gredos: Madrid
- Whitrow G J (1990): *El tiempo en la historia*. Editorial Crítica: Barcelona
- Wolfe T (1997): *Ponche de Ácido Lisérgico*. Editorial Anagrama. Barcelona
- Vico G (2006): *Principios de una nueva ciencia*. Fondo de Cultura Económico: México

Documentos

- CIA (1953): *Research Date on D-Lysergic Acid Diethylamide (LSD-25) Date entail for BW and CW*. Switzerland. (Approved for Release: 2003/10/01: CIA-RDP-80-008009A50000200004-2)
- CIA (1984): *Radio TV Reports: NBC Nightly News-Mind Experiments*. Washington DC (Approved for Release: 2008/08/21: CIA-RDP-88-0107R000201380002-4)

Audiovisuales

- ABC (2004-2010): *Lost*. De la primera a la sexta temporada [DVD].
- Pink Floyd (1973): *Dark side of the moon*. Harvest
- Fink Floyd (1979): *The wall*. Harvest
- Tangerine Dream (1972): *Zeit. Ohr*